PEDRO PÉREZ

el cubil de peter

¿QUIÉN ES LA BICHA DE BALAZOTE?



Y OTRAS HISTORIAS ALUCINANTES SOBRE EL MUNDO DE LA ARQUEOLOGÍA

PLAN B

Pedro Pérez

(El Cubil de Peter)

¿Quién es la Bicha de Balazote?

Y otras historias alucinantes sobre el mundo de la arqueología

PLAN B

Este libro va dedicado a mi pequeño Pablo,
a quien le toca ahora,
pasito a pasito, descubrir el «tesoro» más alucinante
y emocionante que existe: la vida

PRÓLOGO

VAIS A DEVORAR ESTE LIBRO

Durante milenios, los seres humanos hemos mirado al cielo en busca de respuestas sobre nuestros orígenes. Así, achinando los ojos al contemplar el sol, preguntándonos a dónde iba la luna durante el día o maravillándonos ante el manto de las estrellas, intentamos darles una respuesta a dos preguntas clave: de dónde venimos y por qué estamos aquí. Lo curioso es que gran parte de esas preguntas han acabado por responderse no mirando hacia el firmamento, sino hacia abajo, hacia el subsuelo. Sí, estaban ahí todo el rato, esperando a que las desveláramos. Esperando a los arqueólogos.

En realidad, todavía no sabemos muy bien por qué estamos aquí, y quizá nunca podamos saberlo. Lo que sí podemos conocer con mayor exactitud es nuestro origen. Eso se lo debemos a los arqueólogos, los detectives de la historia. Soy profesor de Historia en Secundaria y siempre me gusta decirles a mis alumnos que la arqueología no es muy diferente a la labor que realizan esos sabuesos encargados de reunir las pruebas de un crimen de guante blanco. Es decir, al igual que estos, escudriñan el entorno, buscan pruebas, arman las piezas de un puzle y resuelven un misterio. Es por eso por lo que tal vez esa materia de las ciencias sociales, la arqueología, sea una de las más atractivas entre mis estudiantes. Y es por eso por lo que os aseguro que vais a devorar este libro que tenéis entre las manos, obra de mi buen amigo Pedro, a quien tal vez conozcáis como el dicharachero Peter de *El Cubil de Peter*.

Conocí a Peter hace ya un buen puñado de años, cuando ambos nos encontramos haciendo divulgación histórica en YouTube desde nuestros canales; el mío, llamado *La cuna de Halicarnaso* (permitidme el momento *spam*). Desde que vi un vídeo suyo por primera vez, no he dejado de admirar la maravillosa habilidad que Pedro tiene para divulgar sobre historia haciendo fácil lo que a veces resulta demasiado engorroso de explicar. Y él lo consigue con nota. Y, creedme, no es nada sencillo permanecer en YouTube durante tanto tiempo y mantener la imagen inmaculada que *El Cubil de Peter* tiene entre los internautas, que saben que en su canal

encontrarán Historia con mayúscula en la hache. Además, quienes conocemos a Peter lo suficiente sabemos que no es un divulgador acomodado y que le gusta reinventarse de vez en cuando. Quizá se deba a su espíritu crítico y al deseo de superarse, que demuestra en cada nuevo proyecto en el que se embarca. De hecho, YouTube —y en general el mundo de la divulgación en internet— no está hecho para los comodones, porque en un giro del volante acabas revoleado por la borda. Es por eso por lo que Pedro ha sabido adaptarse a ese mundo cambiante manteniendo siempre su compromiso con la divulgación histórica. Así fue como *El Cubil de Peter* comenzó a dar cobijo cada vez con mayor asiduidad a contenido sobre arqueología, y así fue como también abrió un segundo canal, *El Cronista de Alejandría*, con contenido especializado sobre ello.

Divulgar sobre descubrimientos arqueológicos puede parecer, en principio, algo fácil, pero exige un gran compromiso con la verdad. Un compromiso que, por supuesto, Peter demuestra tener en YouTube y también en este libro que tenéis entre las manos. ¿Por qué? Porque, ojo, resulta muy sencillo comenzar a hablar de arqueología y terminar contando magufadas sobre el descubrimiento de la Atlántida, la construcción extraterrestre de pirámides o vete tú a saber qué historia extraña y para nada veraz. Pedro nunca ha caído en esas cosas, como tampoco lo ha hecho en esta obra que estáis a punto de comenzar a leer.

Porque en *¿Quién es la Bicha de Balazote? Y otras historias alucinantes sobre el mundo de la arqueología*, su autor no necesita recurrir a atractivas magufadas para contarnos historias maravillosas relacionadas con la arqueología (ya sabéis, la ciencia de los detectives de la historia). Historias que van desde el origen de las primeras ciudades a momias insospechadas, observatorios solares, personas que murieron en lugares lejanos, tesoros submarinos y hecatombes tartésicas. Todo eso, os garantizo, contado con el rigor de un historiador de prestigio y con la habilidad comunicativa de quien ha reunido a más de 200.000 personas en su canal de YouTube.

Una vez un alumno me preguntó qué necesidad había de esforzarse por escarbar en busca de piedras o huesos antiguos. Suele ser una pregunta recurrente, y no solo de estudiantes adolescentes, sino de la sociedad en general. La arqueología es una ciencia que a menudo está en el punto de mira. ¿Que se ha descubierto un yacimiento bajo las obras de un flamante nuevo centro comercial? Pues no dejaremos de oír a quienes esgrimen que cuatro piedras antiguas no deberían frenar el progreso. ¿Que un pitero ha encontrado los restos de un poblado íbero? Bueno, no pasa nada; es un aventurero ávido de tesoros. Pues lo siento si vosotros también pensáis igual, pero no existe progreso si no sabemos de dónde venimos ni lo documentamos de manera rigurosa. Y esa es la base de la que parte Peter para desarrollar este libro: preguntas, anécdotas y responsabilidad sobre el pasado, viajando por la Historia a decenas de maravillosas historias de arqueología (y entre ellas, la de intentar saber de una vez quién demonios es la

Bicha de Balazote). Creedme, vais a devorar este libro.

José Antonio Lucero,
La cuna de Halicarnaso

INTRODUCCIÓN

Mi aventura en la divulgación comenzó hace ya unos cuantos años, cuando un buen día este humilde profesor que ahora os escribe tomó la decisión de compartir pequeñas pildoritas de historia en YouTube. Esas pildoritas empezaron a gustar y, poco a poco, hicieron florecer el proyecto que hoy en día es *El Cubil de Peter*.

Se trata de un espacio donde la historia es el eje vertebrador del contenido, pero donde la arqueología ha ido ganándose un peso cada vez más específico. Y no por pura casualidad. Pues he de reconocer que, durante mis años de estudiante en la universidad, mi interés y, sobre todo, fascinación por esta disciplina fue enorme. Una fascinación que nunca se marchó a pesar de que mi vocación por la comunicación y, especialmente, la educación, ganara la «batalla» interior que se libraba ante la inminente finalización de mi licenciatura y mi aterrizaje en el mercado laboral.

En realidad, tras acabar mis estudios, mi vinculación con esta disciplina nunca ha flojeado, sino todo lo contrario. De hecho, aunque pueda sonar contradictorio, fue después de licenciarme cuando descubrí algunas obras divulgativas clásicas como *Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram (seudónimo bajo el cual se escondía el divulgador alemán Kurt Wilhelm Marek), o *Introducción a la arqueología*, del arqueólogo e historiador del arte italiano Ranuccio Bianchi Bandinelli, que no hicieron más que confirmar mi enamoramiento con esta rama del saber.

En los últimos tiempos he querido aprovechar este «romance», utilizando mi humilde «altavoz» en redes sociales, para acercar al público de mi canal la historia y las características de algunos yacimientos importantes y, por supuesto, cuando se dan a conocer, las noticias sobre descubrimientos recientes que aportan nueva y valiosa información acerca del pasado humano.

Porque, ahora que lo pienso, ¿a quién no le resulta mínimamente atractiva esta disciplina? J. J. Priego, uno de mis grandes amigos dentro de este mundillo de la divulgación a través de redes sociales, siempre ha dicho que la historia y la arqueología son disciplinas sexis… y, qué queréis que os diga, no le falta ni un ápice de razón. Estas disciplinas son realmente atractivas, y si saben cómo contártelas, más aún.

No obstante, para mí (es mi opinión personal, que quede claro) la arqueología y el oficio de

arqueólogo en sí mismos guardan una mística que está por encima de la propia historia. Y esto, probablemente, sea fruto de las fantasiosas imágenes novelescas y cinematográficas que de dicha profesión se han proyectado. De hecho, casi todos los colegas arqueólogos —de esos que se ensucian los pantalones y las botas, que llevan la paleta a cuestas todo el día y que se pasan extenuantes jornadas excavando bajo el sol— estarán de acuerdo conmigo.

Pero, como recoge el dicho, lo cortés no quita lo valiente, y lo cierto es que muchas personas se han enamorado de la historia y de la arqueología gracias precisamente a esa aura enigmática y misteriosa que la envuelve. Pues el ser humano es curioso por naturaleza, y conocer los entresijos de nuestro pasado a través de los vestigios materiales que hemos ido dejando a través del tiempo es algo que, queramos o no, resulta muy seductor.

Y es de ese interés y curiosidad de donde nace este libro, que no está destinado a hablar de los grandes tesoros y yacimientos que, por hache o por be, se han convertido en lo más *mainstream* del universo arqueológico y que seguramente, sin decirte nada más, ya conoces, como por ejemplo las tumbas del Valle de los Reyes en Egipto o las ruinas de la ciudad romana de Pompeya. No. Este libro va a tratar de descubrirte lugares y, en algunos casos, objetos que, pese a ser relevantes por la gran cantidad de información que han aportado al conocimiento de nuestro pasado, no han gozado de toda la fama y relumbrón mediático que merecían.

De hecho, he intentado incluir yacimientos u objetos de todos los continentes, ya que uno de mis objetivos es intentar crear una imagen lo más global posible de la enorme riqueza y diversidad del fenómeno arqueológico. Por ese motivo, viajaremos por Europa para esclarecer el enigma que se esconde detrás de una momia que apareció congelada en los Alpes, daremos el salto a América para descubrir las particularidades de la asombrosa tumba del Señor de Sipán, nos sumergiremos en las cálidas aguas de Oceanía para conocer los primeros asentamientos del pueblo maorí, pisaremos Asia para desentrañar las particularidades del imponente recinto de Angkor Wat y acabaremos en el norte de África visitando una de las maravillas más desconocidas de los primeros tiempos de la civilización egipcia: Hieracómpolis.

Aunque, eso sí, durante esta intensa aventura internacional, como no podría ser de otra forma, haremos varias paradas en nuestro país, cuna de pueblos como los íberos o los tartésicos, y punto de reunión y disputa también de numerosas civilizaciones de la Antigüedad, como los fenicios, los griegos o los romanos. ¿Y por qué lo haremos? Pues para conocer, por ejemplo, la identidad tras el rostro de una de las esculturas más pintorescas que reposan en el Museo Arqueológico Nacional, como es la Bicha de Balazote; para analizar las particularidades de uno de los edificios funerarios más antiguos de Europa, conocido como la Naveta des Tudons; o para asombrarnos con los últimos resultados que ha arrojado la investigación en el fascinante yacimiento de Casas del Turuñuelo, en Badajoz.

OYE... Y ESTA ESPADA TAN GUAY ¿DE CUÁNDO ES?

Una pregunta que se hacen muchas personas, incluso un servidor, cuando observan por primera vez un objeto arqueológico es la que tiene que ver con la época de la que procede. Por ese motivo, como a lo largo de las siguientes páginas voy a mencionar un porronazo de fechas y etapas diferentes pertenecientes a la prehistoria y, cómo no, a la propia historia, antes de lanzarnos a la piscina creo que lo mejor es daros a conocer —en caso de que no lo sepáis ya— cómo ambas están organizadas y compartimentadas temporalmente. Porque cuando hablamos de esta rama del conocimiento —y, por supuesto, de arqueología, como una de sus disciplinas auxiliares— se hace esencial conocer su periodización.

Dicho esto, en primer lugar, la prehistoria es considerada, de forma tradicional, como el gigantesco espacio temporal que abarca desde el surgimiento de las primeras especies homínidas (que es la forma correcta de mencionar a nuestros primeros ancestros), hace aproximadamente unos 2,8 millones de años en el valle africano del Rift, hasta el surgimiento de la escritura en las primeras sociedades urbanas de Mesopotamia, más o menos hacia la mitad del cuarto milenio a. C. Como resulta lógico, un periodo tan extendido en el tiempo tiene que estar debidamente acotado para poder datar con cierta precisión toda la cultura material que hayan dejado nuestros antepasados. Explicadas de forma muy resumida, y con fechas siempre aproximadas, estas fases son las siguientes:

- **Paleolítico:** englobaría todo lo que sucedió desde hace 2,8 millones de años hasta hace aproximadamente 12.000. Y se divide en tres subperiodos:
  - ◊ Inferior: desde 2,8 Ma (del latín *Mega annum*, es decir, millones de años) hasta el 128000-125000 a. C.
  - ◊ Medio: desde el 128000-125000 hasta el 40000-30000 a. C.
  - ◊ Superior: desde el 40000-30000 a. C. hasta el 12000 a. C.
- **Mesolítico:** se denomina así a la relativamente breve etapa de transición entre el final del Paleolítico y el comienzo del Neolítico. Su datación es compleja, pues varía bastante en función de la zona geográfica a la que aludamos.

- **Neolítico:** su comienzo suele estar determinado genéricamente por la aparición de la agricultura y la ganadería, es decir, la domesticación de plantas y animales, y, por consiguiente, la sedentarización humana en Oriente Próximo (según los últimos hallazgos arqueológicos, en torno al 9000 a. C.). Este periodo también puede subdividirse entre la fase en la que aún no se había inventado la cerámica y la que sí: Neolítico precerámico (del 9000 a. C hasta el 7000 a. C.) y Neolítico cerámico (del 7000 al 5500-5000 a. C.), respectivamente. Su final suele marcarse con la aparición de los primeros utensilios fabricados con cobre. Como sucede con el Mesolítico, este periodo varía mucho cronológicamente a nivel geográfico, pues, por ejemplo, existieron regiones que desarrollaron su propio Neolítico de forma autónoma, como sucedió en América, con fechas un pelín más tardías. Así, de forma general, podemos establecer la siguiente cronología:

Cronología del Neolítico por zona geográfica	
Oriente Próximo	Del 9000-8000 a. C. hasta el 6500-6000 a. C.
Europa balcánica y mediterránea	Del 7000-6500 a. C. hasta el 5500-4000 a. C.
Europa atlántica y península ibérica	Del 5500-4500 a. C. hasta el 3000-2500 a. C.
Europa septentrional (Escandinavia)	Del 4000 a. C. hasta el 2000-1800 a. C.
Norte de África (Egipto)	Del 7000-6500 a. C. hasta el 4000 a. C.
Asia central y oriental	Del 9000-8000 a. C. hasta el 5500-5000 a. C.
América central y sur	Del 7000-6500 a. C. hasta el 1500 a. C.
Oceanía	Del 4500 a. C. hasta el 1000 a. C.

- **Calcolítico/Eneolítico o Edad del Cobre:** esta fase marca el final del Neolítico y se caracteriza por la aparición de los primeros utensilios, como aperos de labranza, joyas o armas, hechas con cobre. Sin embargo, no fue el único metal que se comenzó a trabajar con destreza, pues junto al cobre podemos nombrar otros como el plomo, el oro o la

plata. Como norma general, volviendo a tomar a Oriente Próximo como referencia (pues fue el primer lugar donde se documentó el manejo de este metal), se establece que este periodo comenzó en 5500-5000 a. C. y terminó en el 3300 a. C. (os recuerdo que siempre son fechas aproximadas). Tal y como sucede con el Neolítico, el desarrollo de esta primera etapa de la Edad de los Metales varía notablemente dependiendo de la región a la que atendamos, de forma que se abren horquillas que oscilan desde fechas muy próximas a ese 5500 a. C. —como, por ejemplo, en la región europea de los Balcanes—, hasta otras que se acercan más al 3000 a. C. —como en la península ibérica—. Por último, no se me puede olvidar recalcar que fue al final de este periodo cuando tuvo lugar el hito que marca, de forma tradicional, el paso de la prehistoria a la historia. Un hito que no es otro que la invención de la llamada escritura cuneiforme en Sumeria hacia el 3500 a. C., y que, *de facto*, dio paso a la primera de las grandes etapas en las que se divide de forma clásica la historia: la Antigüedad o Edad Antigua.

- **Edad del Bronce:** el desarrollo de la metalurgia trajo consigo la obtención de las primeras aleaciones, y la del bronce es el primer gran ejemplo. La mezcla de cobre y estaño dio como resultado un metal mucho más resistente y versátil, cuya fabricación y manejo sirvieron para definir la segunda de las edades de los metales. Esta comenzó en torno al año 3300 a. C., de nuevo en Oriente Próximo, y se desarrolló hasta el 1200 a. C. Sin embargo, como ya os imaginaréis, esta cronología solo sería aplicable al propio Oriente Próximo, así como a la gran mayoría del continente europeo. Otras zonas del planeta tienen sus propias cronologías, algunas de ellas bastante problemáticas, especialmente en lugares como Asia oriental o América.
- **Edad del Hierro:** el uso habitual del hierro como material para la fabricación de herramientas y armas tuvo lugar en torno al 1200 a. C. en algunas zonas concretas como la península de Anatolia, Canaán o Mesopotamia. Sin embargo, se ha documentado que en ciertos sitios, como el valle del río Indo, en Asia central, ya se utilizaba y forjaba este metal hacia el 1800 a. C. Sea como fuere, la referencia general para fechar esta fase la vuelven a marcar las civilizaciones de Oriente Próximo, que fueron las que expandieron el hierro por el norte y occidente de África y Europa entre el mencionado 1200 a. C. hasta el 600-550 a. C., cuando su uso se acabó generalizando en otros lugares como Asia oriental. Curiosamente, en otras áreas como América u Oceanía no se llegó a desarrollar una Edad del Hierro como tal.

Matizado lo anterior, también debo dejar claro que cuando se habla de Antigüedad se suele hacer desde las coordenadas marcadas por Oriente Próximo y Europa. Como sucede con todas las etapas en las que se divide la historia, para determinar el final de cada una de ellas, desde

hace siglos se usa una fecha y acontecimiento simbólico. En el caso de la Edad Antigua este momento es la deposición del último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo y, por consiguiente, la caída de dicho imperio en el año 476 a. C. Sin embargo, esta fecha no deja de ser una especie de comodín que se usa tradicionalmente para hacer más entendible y divisible algo tan denso y complejo como es la historia, pues quienes vivieron en los años en que se produjeron estos hitos no se acostaron siendo antiguos y se despertaron siendo medievales, ni se acostaron medievales y se levantaron modernos. El proceso de cambio de una etapa a otra fue un proceso gradual y lento (cuando digo «lento» me refiero a que duró décadas e incluso, a veces, siglos), tuvo innumerables implicaciones a nivel político, social, cultural o económico, y no se manifestó igual ni a la vez en todas las regiones del globo. Sirva de ejemplo el caso de América, lugar que visitaremos varias veces en este libro, donde su «Antigüedad» —si la queremos adecuar al modelo genérico— englobaría el final de lo que se conoce como su periodo arcaico (que va del 8000 al 1500 a. C.), todo su periodo formativo (del 1500 a. C. al 292 d. C.) y los primeros dos siglos de su periodo clásico (entre ese 292 d. C. y el 900 d. C.). Lo mismo sucede con la Edad Media, etapa cuya periodización (entre el 476 y el 1453, si tomamos como referencia la caída de Constantinopla, o 1492, si lo hacemos con el descubrimiento de América por los europeos), sí que adquiere un claro sesgo eurocéntrico, pero que, como en casos anteriores, varía notablemente según la región analizada.

Como conclusión, creo que con este esquema cronológico genérico que os he mostrado parece quedar más o menos claro que el desarrollo cultural y tecnológico no fue algo homogéneo en todo el planeta. Sin embargo, a pesar de que existan algunas diferencias en la periodización según el experto/a a quien se consulte, considero que estas pinceladas, aunque haya usado la brocha gorda, son más que suficientes para que no os perdáis en la apasionante aventura a través del tiempo que estáis a punto de comenzar.

CUADRO RESUMEN DE LA CRONOLOGÍA DE LA PREHISTORIA Y LA HISTORIA

<table>
<tr><td rowspan="6">Prehistoria</td><td rowspan="3">Paleolítico
2,8 Ma -
12000 a. C.</td><td>Inferior
2,8 Ma -
125000 a. C.</td></tr>
<tr><td>Medio
125000 -
40000/30000 a. C.</td></tr>
<tr><td>Superior
40000/30000 -
12000 a. C.</td></tr>
<tr><td>Mesolítico
12000 -
10000/9000 a. C.</td><td></td></tr>
<tr><td rowspan="2">Neolítico
9000 -
5500/5000 a. C.</td><td>Precerámico
9000 - 7000 a. C.</td></tr>
<tr><td>Cerámico
7000 -
5500/5000 a. C.</td></tr>
<tr><td colspan="2">Edad del Cobre o Calcolítico
5500/5000 -
3300 a. C.</td></tr>
<tr><td colspan="2">Invención de la escritura (3500 a. C.)</td></tr>
<tr><td rowspan="4">HISTORIA (ANTIGÜEDAD)
3500 a. C. -
476 d. C.</td><td rowspan="3">Edad del Bronce
3300 - 1200 a. C.</td><td>Antiguo
3300 - 2100 a. C.</td></tr>
<tr><td>Medio
2100 - 1550 a. C.</td></tr>
<tr><td>Final
1550 - 1200 a. C.</td></tr>
<tr><td>Edad del Hierro
1200 -
600/550 a. C.</td><td></td></tr>
</table>

1
KARAHAN TEPE, ¿EL NUEVO PRIMER SANTUARIO DE LA HISTORIA?

Una reflexión que me viene a la mente para dar comienzo a este apasionante recorrido por algunos de los yacimientos y objetos arqueológicos más curiosos y poco conocidos del mundo es que, cuando se les pregunta por este asunto, muchas personas afirman convencidas que la historia es algo exclusivamente adscrito al pasado.

Sin embargo, buceando por las revueltas aguas de Twitter, leí una frase que me abrió la mente. Venía a decir que «la historia no es algo que estudias, sino que la historia es algo que te pasa». Y vaya si tenía razón, porque nuestra primera parada nos lleva a un lugar cuyo hallazgo e interpretación pega un buen revolcón a lo que veníamos creyendo hasta ahora sobre las primeras sociedades humanas. Y, como veis, un hecho tan importante para la historia lo estamos viviendo en riguroso presente.

A finales de 2021, un equipo de investigación liderado por el profesor Necmi Karul, adscrito a la Universidad de Estambul, reveló al mundo los hallazgos que habían tenido lugar en Karahan Tepe, un yacimiento que, si bien se tenía localizado desde 1997, no se había excavado y estudiado en profundidad hasta mediados de 2019 —entre otras cosas, por estar ubicado en la región de Sanliurfa, en el sudeste de Turquía, muy cerca de la peligrosa frontera con Siria—. Curiosamente, Karahan Tepe está situado a apenas sesenta kilómetros de otro yacimiento espectacular e importante dentro de la historia reciente de la arqueología: Göbekli Tepe, el impresionante recinto megalítico excavado a mediados de los noventa por el arqueólogo alemán Klaus Schmidt, que tiene una antigüedad comprobada de al menos unos once mil años y que desde entonces había sido considerado por muchos expertos como el primer santuario de todos los tiempos. Hasta ahora. Sí, sí, hasta ahora.

Supongo que os preguntaréis por qué hago esta matización, ¿verdad? Pues porque, según los resultados preliminares que se han publicado, Karahan Tepe podría ser incluso varios siglos más antiguo que su admirado y famoso vecino Göbekli Tepe, cuya primera fecha de ocupación fue fijada en torno al año 9000 a. C. En este sentido, los primeros rastros de ocupación humana

que se han encontrado en Karahan Tepe se remontan, al menos, hasta el 9400 a. C. que, sumados a los más de dos mil que llevamos ya, lo elevarían a unos once mil cuatrocientos aproximadamente.



Beytullah eles, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Fotografía actual de los restos del santuario vecino de Göbekli Tepe, en la que se puede observar uno de los círculos rituales con los pilares grabados en forma de T.

Esta cronología, según el equipo de investigadores turco, pudo ser confirmada por los estudios estratigráficos del terreno y el análisis por **radiocarbono** de numerosos restos de madera, que pudieron pertenecer a rudimentarias edificaciones residenciales levantadas en torno al edificio principal y verdadero núcleo del yacimiento. Este, por sus particulares características, ha sido interpretado también, sin apenas dudas, como un centro de culto o un santuario.

La datación por radiocarbono o carbono-14 se inventó en 1949. Actualmente es la técnica de datación basada en la ley de decaimiento exponencial de los isótopos radioactivos —en este caso, de carbono— usada en arqueología para fechar muestras orgánicas que tengan menos de 50.000

años.

El motivo es que el esquema de construcción de dicho centro neurálgico de Karahan Tepe recuerda mucho, muchísimo, al de Göbekli Tepe. Y es que en el sitio se ha excavado una gran sala central en forma de círculo con dos grandes pilares de piedra en forma de T que sujetaban un hipotético tejado, probablemente construido con madera u otros elementos vegetales, hoy desaparecido por el obvio proceso de descomposición natural que el tiempo impone a todos los seres vivos y materiales orgánicos, excepto a Jordi Hurtado.

Bromas aparte, en este yacimiento han aparecido elementos particulares que lo convierten en un hallazgo igual de peculiar o, por qué no decirlo, incluso más que Göbekli Tepe.

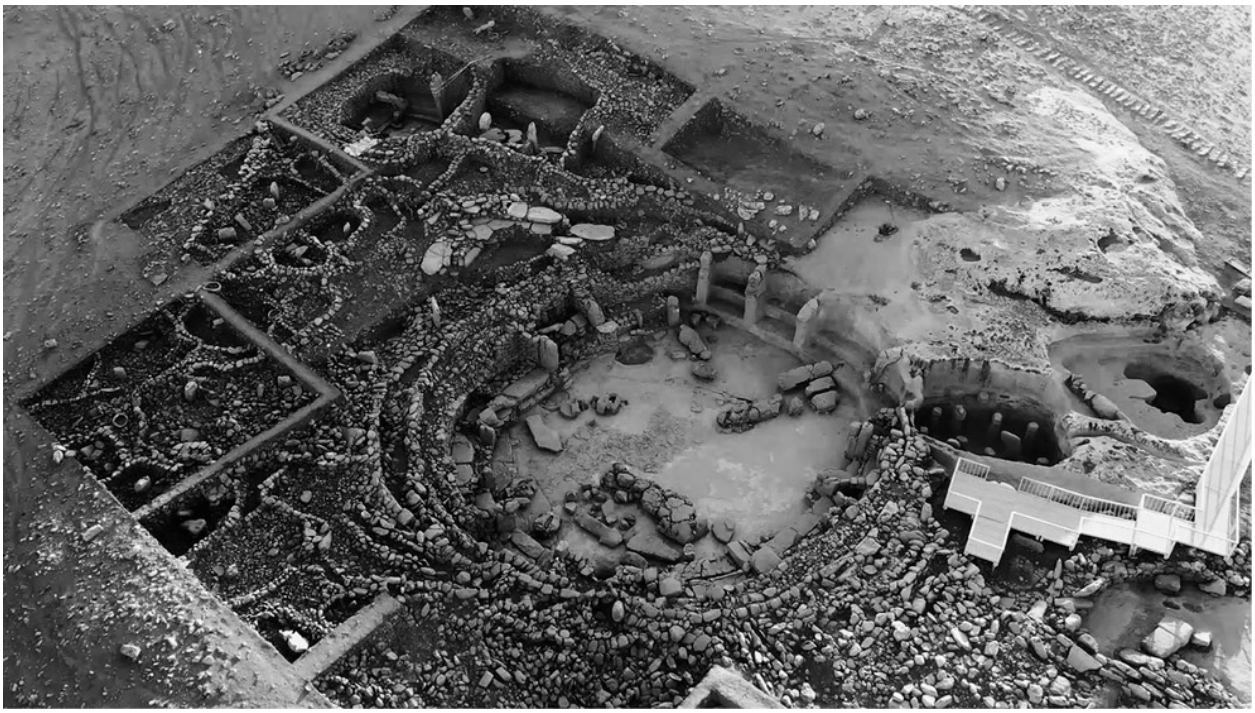
En primer lugar, algo que hace a Karahan Tepe muy especial es que, dentro de su recinto ceremonial, se han documentado cientos de obeliscos tallados, así como estelas de piedra caliza junto a otras tantas esculturas de diversa tipología. En este sentido, además de las piezas que representan grandes depredadores como leones o leopardos (algunas de un tamaño espectacular, como las que flanqueaban la entrada al santuario y que son muy parecidas a las encontradas también en Göbekli Tepe), las antropomorfas, es decir, las que tienen forma humana, son más llamativas e interesantes si cabe. Es importante resaltar en este punto que, hasta ahora, no se habían hallado en la zona representaciones de seres humanos completos, de pies a cabeza, de estas características.

De hecho, de entre todas esas figuras humanas, destaca una de la que se conserva solo su parte superior, en la que se observan detalles que han dejado ojipláticos y fascinados a los arqueólogos. Como, por ejemplo, la cinta que sujeta el pelo, las estrías que simulan el propio cabello y, por encima de todo, el hecho de que sea bicéfala. Es decir, que tenga dos puñeteras cabezas.

Evidentemente, gracias a la experiencia previa y al estudio comparativo con otras culturas prehistóricas, la figura ha sido interpretada en primer término como algún tipo de representación de una dualidad, como podría ser el bien y el mal o lo masculino y lo femenino, elementos muy presentes en las creencias y cultos humanos desde tiempos inmemoriales. La movida es que a la incógnita de la bicefalia se le suma el intrigante hecho de que a muchas de estas esculturas se las decapitó, se les amputó la nariz y se las colocó con sus rostros al revés, con la mirada hacia los muros y las paredes. ¿Qué? ¿Cómo os quedáis? Yo con el culete torcido.

En segundo lugar, el equipo a cargo de la excavación dio a conocer también que, en uno de los extremos de la gran sala del santuario con los pilares en T, se encontró lo que parece ser una especie de altar profusamente decorado con estelas y figuras totémicas de animales que,

según ellos, pudo estar destinado a que el líder o líderes religiosos de los grupos humanos que lo levantaron llevasen a cabo sus rituales o celebraciones junto al resto de la comunidad. Por otra parte, este espacio estuvo flanqueado por una especie de bancadas de piedra, donde probablemente la gente podía presenciar sentada la ceremonia.



© Yasin Dikme/Anadolu Agency vía Getty Images.

Vista aérea del yacimiento de Karahan Tepe, con su gran patio en el centro y la piscina anexa a su derecha.

Y en tercer y último lugar, anexo al recinto circular que preside el emplazamiento, sus constructores tallaron en la piedra una especie de piscinas que se llenaban recogiendo el agua de lluvia a través de unas rudimentarias canalizaciones, lo que plantea seriamente la posibilidad de que este líquido se articulara de alguna forma como un elemento con una simbología especial dentro de sus creencias.

De hecho, en muchas culturas y religiones antiguas —y no tan antiguas— el agua tiene un papel fundamental de una u otra forma. Ahí tenemos el ejemplo del bautismo en el cristianismo o la ablución en el islam. El asunto es que este grupo de piscinas, que ya de por sí hacen volar la imaginación, están presididas por una curiosa cabeza de rostro masculino que parecía vigilar con mirada impasible lo que ahí sucedía. De locos.

Sea como fuere, conviene poner de manifiesto, como sucedió ya en el caso de Göbekli Tepe, que este lugar fue levantado por una sociedad de cazadores-recolectores nómadas. Un hecho que, como comprenderéis, eleva aún más la importancia a nivel arqueológico y antropológico

del emplazamiento, ya que resulta lógico que, para levantar un tinglado de estas características y tamaño, tuvo que hacer falta muchísima mano de obra y, sobre todo, un nivel de organización social que se desconocía y no se creía posible para entonces. Máxime, vuelvo a repetir, cuando estamos hablando de pequeños grupos humanos que no tenían un punto de residencia fijo y que disponían de un nivel de desarrollo tecnológico realmente limitado.

Para sumar otro interrogante más, por si no hubiera ya suficientes, cuando Karahan Tepe fue abandonado en algún momento en torno al año 8000 a. C., tal y como sucedió también en el santuario vecino, sus últimos usuarios se tomaron la particular molestia de sepultarlo cuidadosamente para que no quedase rastro de él a la vista. Sí, lo sé, os estáis preguntando por qué demonios los que lo utilizaron para sus ritos hicieron eso. Yo también me lo pregunto. Y los investigadores que llevan trabajando sobre el terreno todo este tiempo también.

Lo que parece estar claro es que estos hallazgos, sumados a los de Göbekli Tepe, han obligado a los historiadores y arqueólogos a replantearse muchas de las teorías que permanecían asentadas desde hacía décadas sobre cómo tuvo lugar el nacimiento y organización de las primeras sociedades neolíticas en Oriente Próximo.

Porque, tal y como he dicho antes, el yacimiento de Karahan Tepe demuestra y confirma que hace casi doce mil años, es decir, aproximadamente tres mil antes de que surgiese la agricultura, y por extensión, la sedentarización humana (considerada como el paso esencial para el surgimiento de las primeras sociedades del modo en que las entendemos hoy), diversos grupos nómadas, que vivían en las zonas más septentrionales de la actual Turquía y el norte de Siria, hicieron florecer una cultura precerámica que compartió una serie de creencias que los llevó a ponerse de acuerdo para levantar majestuosos recintos ceremoniales de impresionante tamaño y riqueza decorativa.

Y esto es brutal porque conviene recordar que, para las fechas que estamos manejando, en otros lugares más conocidos para nosotros, como es la propia Europa, muchos de nuestros antepasados seguían viviendo en pequeños y humildes asentamientos temporales cercanos al cobijo que ofrecían las cuevas y abrigos rocosos frente a las inclemencias climáticas, especialmente el frío, y el peligro que representaban algunos depredadores como los lobos o las hienas.

LA COSA VA DE «TEPES»

A apenas doscientos kilómetros de Göbekli Tepe y Karahan Tepe, existe otro yacimiento en Turquía llamado Arslantepe («colina del león»), donde se encontraron los restos de un gran

asentamiento y complejo palacial cuya antigüedad se remonta, al menos, al quinto milenio a. C. y que, por su inmejorable posición geoestratégica, fue periódicamente conquistado y ocupado por diferentes civilizaciones de la Antigüedad presentes en esa zona, como los hurritas, los hititas o los romanos.

2
CHINCHORRO, LA CULTURA DE LAS EXTRAÑAS MOMIAS DE MADERA

Parece una obviedad decirlo, pero una de las cosas que nos ha hecho triunfar como especie es, sin duda, la enorme capacidad de adaptación que hemos demostrado a través del tiempo. Y de adaptación al entorno supo mucho una cultura que floreció y se desarrolló, aproximadamente, entre el 7020 y el 1300 a. C. en una de las zonas más inhóspitas del planeta, el desierto de Atacama, localizado entre el sur de Perú y la región de Antofagasta, en el actual Chile. Estoy hablando de la conocida como «cultura chinchorro», que estuvo formada por numerosos grupos de pescadores y recolectores que tuvieron como nexo de unión sus particulares rituales funerarios, basados en la momificación artificial de sus muertos.

Evidentemente, a muchos este dato no les parecerá relevante, pues la momificación artificial es un proceso bastante practicado a lo largo del tiempo por varias civilizaciones de diferentes partes del globo, como, por ejemplo, la egipcia. Sin embargo, hay un detalle que hace a esta especial: fueron los primeros grupos humanos de la historia (de los que tenemos constancia, claro está) que aplicaron esta técnica en sus enterramientos. Pero antes de meternos en el meollo del asunto y explicar las particularidades y características de sus momificaciones, que os aseguro que son bastante llamativas y, por qué no decirlo, extrañas, quiero construir la casa por los cimientos y empezar por el principio. Es decir, cómo fueron descubiertas las momias de la cultura chinchorro.

Es por ello por lo que debemos viajar al periodo comprendido entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Más concretamente al momento en el que el reputado arqueólogo de origen alemán Max Uhle comenzó a desarrollar diferentes campañas arqueológicas en Sudamérica, como la que le llevó al famoso yacimiento de **Tiahuanaco**, en Bolivia, o al de Huacas de Moche, en Perú. Gracias a estos trabajos lo acabarían nombrando director del Museo Nacional de Historia de Lima, lo que le permitiría fundar poco tiempo después el Museo de Etnología y Antropología en la misma ciudad. Tras este acontecimiento, por divergencias con el Gobierno peruano, se trasladó al norte de Chile. Fue ahí donde se lanzaría a excavar en la

zona de Arica, lugar donde encontraría el epicentro de lo que bautizaría como «cultura chinchorro», en honor al paraje homónimo donde él y su equipo descubrieron, analizaron y catalogaron en 1917 cientos de cuerpos humanos momificados de una forma jamás vista hasta entonces.

> *Tiahuanaco es uno de los yacimientos arqueológicos más importantes de América, donde se desarrolló ent re el 400 a. C. y el 900-1200 d. C. la conocida como cultura tiwanaku o tiahuanaco. Esta se caracteriza por su impresionante arquitectura monumental orientada astronómicamente y basada en el uso de grandes bloques de piedra, que dieron lugar a edificaciones como el impresionante recinto de Puma Punku o la enigmática Puerta del Sol.*

De hecho, lo que Uhle encontró puso patas arriba la concepción que se tenía sobre este tipo de procesos y rituales hasta la fecha, ya que la cultura chinchorro, como he dicho, comenzó a practicar sus primeras momificaciones aproximadamente hacia el 5000 a. C., es decir, casi dos mil años antes que los egipcios y de una forma en realidad impactante y dificultosa, incluso a ojos de los más experimentados arqueólogos. Este descubrimiento evidenció, en primer lugar, la tremenda importancia que para esta cultura tuvo el culto a la muerte, y en segundo, el nivel de conocimiento e ingenio que demostraron para conseguir diseñar varias técnicas de momificación que les permitieron conservar los cuerpos de sus difuntos de una forma bastante digna.

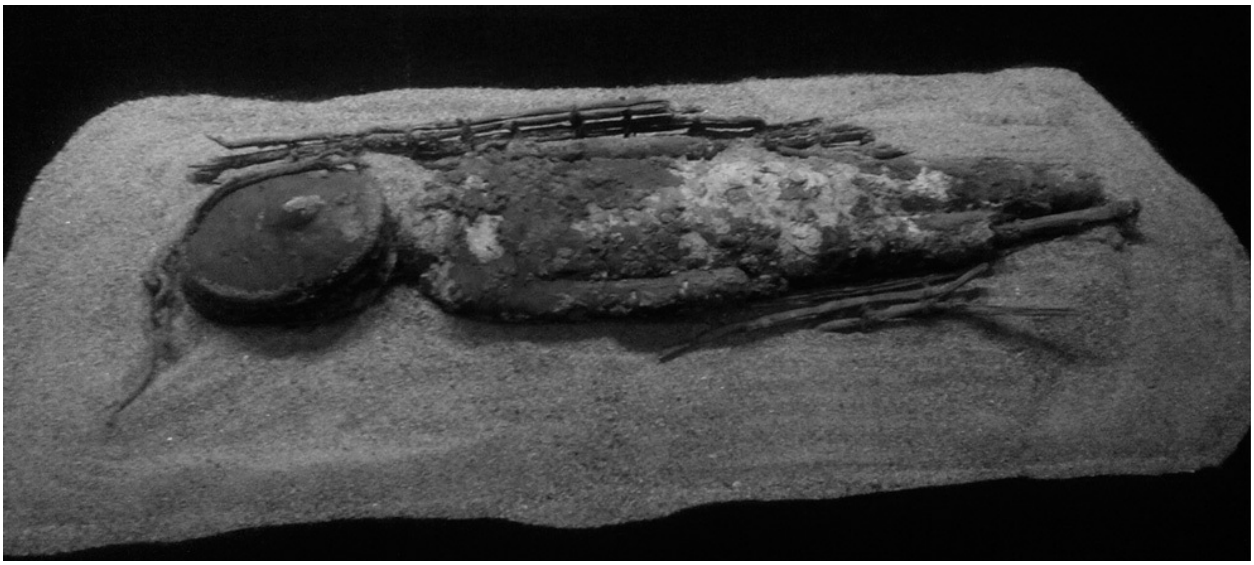
En este punto conviene recordar de nuevo que estamos hablando de pequeños grupos humanos seminómadas cuyo sustento de vida se basó en la pesca y la recolección, y que no desarrollaron una estructura social compleja y jerárquica como sí lo hicieron, por ejemplo, los antiguos egipcios. Un hecho que viene a demostrar una vez más una afirmación que suelo repetir a mis alumnos cuando les explico historia en clase: «Los humanos de la prehistoria y la Antigüedad, por ser más antiguos que nosotros, no eran imbéciles». (Sí, parece algo que cae de cajón, pero no viene mal recordarlo de vez en cuando). Porque, a lo largo de la historia, la especie humana, sobre todo cuando ha vivido en entornos hostiles y con recursos limitados, siempre ha mostrado una enorme capacidad para resolver y solucionar muchos de los problemas que se le presentaban en su día a día.

Pero volviendo a las momias, cabe decir que, ante la variedad de fórmulas para llevar a cabo su conservación, desde el mismo momento de su hallazgo los arqueólogos y científicos establecieron una serie de tipologías generales para clasificarlas. En el caso de las momias chinchorro, a grandes rasgos, fueron tres tipologías: momias negras, momias rojas y momias de

vendajes. Aunque han aparecido excepciones como las llamadas «de pátina de barro», debido a su gran rareza (pues solo se encontraron dos de este tipo), no han llegado a considerarse como una tipología propiamente dicha.

Las momias negras son las que, tras someterlas a pruebas de radiocarbono, han podido datarse como las más antiguas de todas. En este sentido, también fueron las que más presencia temporal tuvieron en esta cultura, ya que este tipo de momificación se desarrolló y perfeccionó durante más de dos milenios. ¿Y el sobrenombre de «negras» de dónde viene?, os preguntaréis. Pues del color negruzco o azulado que adquirían los cuerpos tras haber sido cubiertos con una fina capa de polvo de manganeso, un tipo de metal muy presente en el desierto de Atacama y que, curiosamente, ha sido muy usado también para diferentes menesteres (como pintar en cuevas o decorar cerámicas) por distintos grupos y sociedades humanas, durante la prehistoria y la Antigüedad.

En este caso, una vez extraídos los órganos, lo que hacían era dejar que el cuerpo del difunto se descompusiera hasta solo quedar los huesos. Llegado ese momento, los unían de nuevo utilizando amarres hechos con cuerdas de fibra vegetal y palos de diversas longitudes para, posteriormente, recubrir este «armazón» de hueso y madera con ceniza, imitando la forma que antes tenían los músculos. Si se había conservado la piel (algo que solía pasar, debido a la extrema sequedad y temperatura del entorno del desierto), esta se utilizaba para cubrir de nuevo el «cuerpo» fabricado con la ceniza, aplicándole la capa del manganeso que ya he mencionado. Este trabajo artesanal culminaba con la colocación de una peluca hecha con cabello humano y la cobertura de la cara con una máscara con rasgos faciales muy simples. Como dato final, hay que decir que, al principio, este ritual solo estuvo adscrito a niños y recién nacidos, pero con el paso del tiempo se abrió a todos los miembros de la comunidad.



WeHaKa, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Ejemplo de momia negra, en este caso, de un infante que no superaba los cinco años cuando falleció.

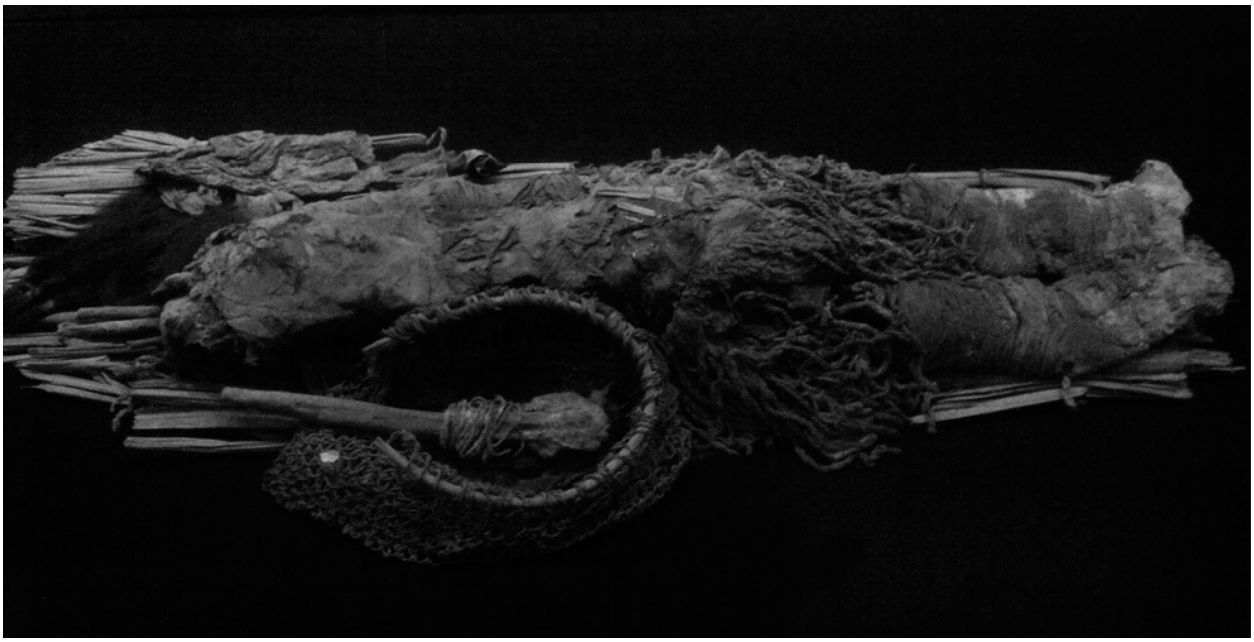
Las momias rojas sustituyeron a las anteriores y empezaron a aparecer como tipología dominante en torno al año 2500 a. C. Sin embargo, este estilo estuvo vigente mucho menos tiempo que el anterior, apenas cinco siglos (hasta el 2000 a. C., aproximadamente). Cabe destacar que esta tipología de momificación era mucho más agresiva con los cuerpos, ya que no esperaban a que se descompusieran y se secasen, como sucedía con la anterior.



Andrea021, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Ilustración de uno de los procesos de momificación, en este caso, el de las momias negras, llevados a cabo por la cultura chinchorro.

Lo que hacían era realizar unas incisiones con algún tipo de elemento afilado en zonas muy concretas del cuerpo (como el estómago, los hombros o las ingles) para extraer cuidadosamente por ahí los órganos y también la musculatura (lo sé, muy agradable no suena). Tras este primer tratamiento, para mantener la silueta original del fallecido, rellenaban el cuerpo con palos afilados (para conservar la rigidez) y con materiales como arcilla, tierra o plumas de ave (para recuperar el volumen). Por último, le cubrían la cabeza con una peluca de pelo corto humano, le tapaban la cara con una máscara cubierta de óxido de manganeso y le pintaban el resto del cuerpo con una capa de óxido de hierro que le otorgaba su característica apariencia rojiza.



WeHaKa, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Fotografía de una momia de tipo rojo, en la que se puede observar su vestimenta, así como la peluca de cabello humano (a la izquierda).

Por último, las momias vendadas son consideradas por los expertos como una variación de las rojas, ya que fueron coetáneas en el tiempo. En este caso se limitaban a cortar la piel del difunto para, una vez extraída y disecada, reponérsela en forma de vendajes circulares por todo el cuerpo, excepto la cabeza, que se dejaba como estaba.

El asunto es que, entre el 1500 y el 1300 a. C., los miembros de esta cultura abandonaron este ritual funerario de forma súbita, lo que ha llenado de interrogantes a los profesionales que los estudian, ya que no se ha encontrado hasta la fecha ni un solo indicio que permita entender el porqué de un cambio tan radical y abrupto en unas prácticas mortuorias que llevaban realizando durante milenios. Sea como fuere, lo que queda claro con el ejemplo de la cultura chinchorro es que la enorme complejidad de sus ritos fúnebres confirma indudablemente otra cosa, y es su intrincado sistema de creencias, que lo más probable es que tuvo enormes implicaciones en la vida diaria de sus comunidades. En ellas el «recuerdo» de los muertos, a través de la conservación de sus siluetas, se llegó a convertir en un arte que ha logrado trascender hasta nuestros días.

AMÉRICA, TIERRA DE MOMIAS

Hablando de momias, pese a que la fama se la lleve Egipto, América es el continente donde se han documentado más modalidades de momificación artificial en el mundo. De hecho, desde el norte hasta el sur, se pueden enumerar decenas de yacimientos arqueológicos, de numerosas culturas y civilizaciones que no coincidieron ni en el espacio ni en el tiempo, donde han aparecido numerosos difuntos a los que se les aplicó este tipo de rituales.

3
ÇATALHÖYÜK, LA MILENARIA URBE SIN CALLES

Desde que me interesé por primera vez por la historia, cuando era un canijo, siempre me hacía preguntas curiosas relacionadas con ella. Y como urbanita que soy, una de estas fue preguntarme cómo habían surgido las primeras ciudades. Por ese motivo, ahora toca hablar de la que es probablemente una de las primeras ciudades de la historia de la humanidad, si no la primera: Çatalhöyük**.**

Para empezar, nuestro destino vuelve a estar en Asia. Y en concreto de nuevo en la península de Anatolia, que, como ya sabréis —o si no, os lo digo ahora—, constituye la mayor parte del territorio de la actual República de Turquía. En este sentido, hay que precisar que desde el mismo descubrimiento de este yacimiento a finales de los años cincuenta del pasado siglo XX existe cierta controversia con el tema de su antigüedad. Y más si hablamos de la prehistoria, periodo sobre el cual existen todavía hoy multitud de cuestiones sin resolver que, por x o y, la ciencia sigue intentando responder. Sin embargo, gracias a pruebas hechas a varios objetos cerámicos que se encontraron allí usando las técnicas del carbono-14 y de **termoluminiscencia**, se ha podido establecer con bastante precisión que este lugar fue levantado en torno al año 7300 a. C. y que estuvo habitado, al menos, hasta el 5700 a. C, es decir, durante casi dos mil años.

Hilando con lo anterior, su hallazgo es un tema en el que hay mucha tela que cortar. Debo, pues, hablar de James Mellaart, el arqueólogo británico al que se atribuyó el descubrimiento y el encargado también de comenzar con las excavaciones en el lugar a principios de los sesenta. Un profesional que, pese a su hallazgo y trabajo posterior, por increíble que parezca, acabó siendo expulsado de Turquía acusado de haber hecho cosas muy poco legales. Sí, me imagino lo que estáis pensando: ¿qué demonios me estás contando, Peter? Pues esperad, que vais a flipar.

La termoluminiscencia es un método de datación que se usa para conocer la edad de objetos que hayan sido sometidos a calentamiento, como puede ser la cerámica. Se basa en la medición de los cambios o alteraciones en la estructura cristalina de algunos minerales, como el cuarzo, por la exposición a los rayos cósmicos y la radiación emitida por el sol. De esta manera, la antigüedad de

dicha pieza será igual a la cantidad de radiación absorbida por el objeto desde su horneado dividida por la cantidad de radiación que ha recibido en un año.

Mellaart, después de haber descubierto junto con su equipo más de ciento cincuenta edificaciones diferentes hechas de arcilla, un montón de murales, cientos de restos de cerámicas e incluso numerosas esculturas y figurillas y ser considerado una especie de «héroe» por ello, vio como su aventura en tierras otomanas acabó como el rosario de la aurora.

A modo de resumen, os cuento que Mellaart, tras un tiempo excavando allí, empezó a pelearse públicamente con otros colegas de profesión a la hora de plantear una hipótesis para explicar el surgimiento de este emplazamiento y su uso durante casi dos milenios (lo hizo dialécticamente, claro, que alguno igual se ha imaginado al tipo repartiendo puñetazos a lo Rocky Balboa). Estos enfrentamientos subieron tanto de tono que incluso llegaron a la prensa de la época y obligaron al presidente por aquel entonces, Cemal Gürsel, a chapar el yacimiento y mandar a todos para casita. No obstante, la gota que colmó el vaso fue la investigación por la cual la policía turca llegó a la conclusión (aunque, eso sí, sin pruebas sólidas) de que el arqueólogo británico había traficado con unos objetos de la época neolítica hallados en Esmirna. Unas pesquisas que no acabaron en juicio pero que, como he dicho, se saldaron con la expulsión definitiva del país de Mellaart a finales de la década de los sesenta.

Tras estos acontecimientos tan desagradables, Çatalhöyük permaneció cerrado a la investigación casi tres décadas, hasta principios de los noventa, en concreto hasta 1993. En ese año se reabrió y la investigación se retomó de nuevo de la mano de arqueólogos como Ian Hodder, de la Universidad de Cambridge, o Colin Renfrew, profesor de la Universidad de Sheffield e ilustre miembro de la Academia Británica de Humanidades. Como resulta lógico, desde ese momento los descubrimientos y hallazgos empezaron a multiplicarse exponencialmente, y los nuevos datos que se fueron conociendo sobre aquel sitio comenzaron a fluir como lo hace el agua en un géiser: a chorrón.



Murat Özsoy 1958, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Panorámica de una parte del yacimiento de Çatalhöyük, hoy cubierto para evitar el deterioro provocado por la erosión.

Como dije antes, ya se sabía que allí había unas ciento cincuenta edificaciones construidas con ladrillos hechos de adobe, todas juntitas y apelotonadas en varias alturas, sin calles ni pasadizos entre ellas, algo que, por otra parte, es básico en las ciudades de hoy en día. Es más, os invito a que imaginéis vuestra ciudad sin calles, ¿a que cuesta hacerlo, eh? Pues también se sabía que casi todas esas casas tenían forma rectangular, un tamaño prácticamente similar y que su entrada, ojo, se hallaba en el tejado. Un tejado que estaba construido con vigas de madera y esteras fabricadas con fibras vegetales que eran unidas por barro a modo de argamasa.

¿Y por qué la urbe estaba levantada de esa forma? Pues debéis saber que existen varias teorías para explicar esta construcción y el acceso tan inusual a las viviendas, aunque la que más aceptación tiene entre la comunidad científica es la que afirma que este entramado urbano tan particular se construyó de este modo como mecanismo de defensa. Es decir, al no existir calles ni pasadizos, y solo tener acceso por un lugar, el asentamiento en su conjunto, de alguna forma, podría considerarse como una especie de fortificación, muy primitiva, eso sí.

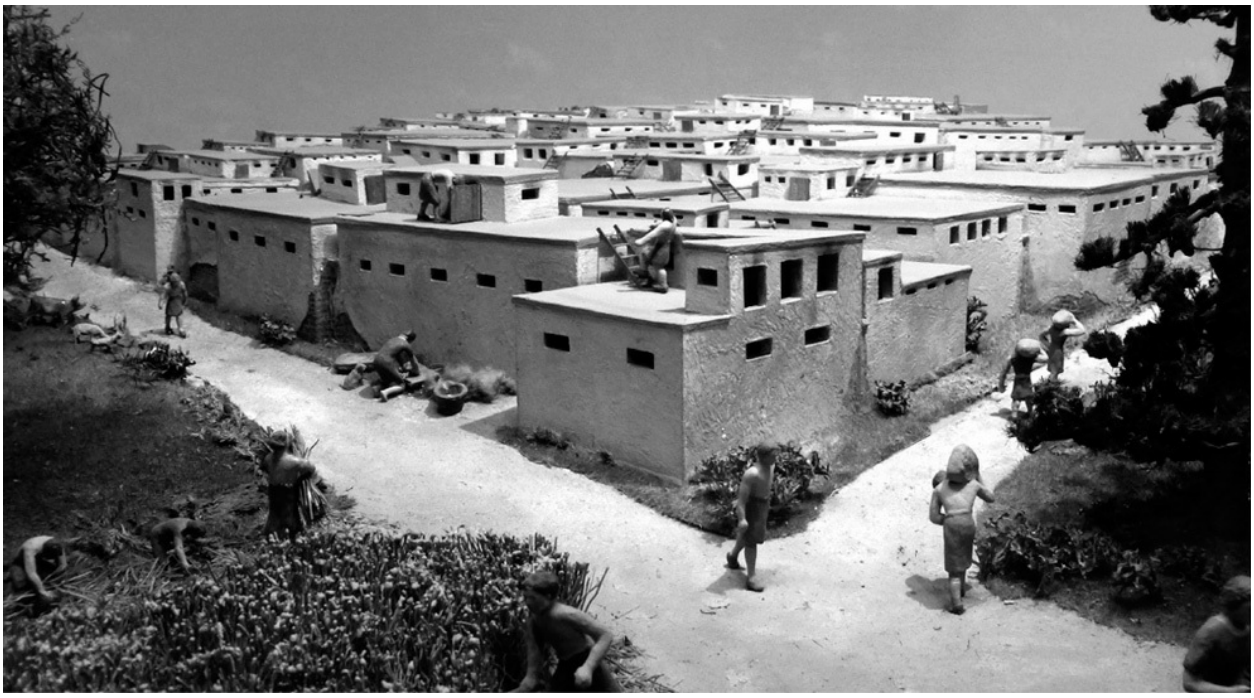
Construir la entrada a los hogares de este modo probablemente fue ideado para dificultar el paso al interior de enemigos o depredadores presentes en la zona en aquella época, como es el caso del leopardo. Y este sistema debió de ser efectivo, porque, hasta el día de hoy, los arqueólogos no han encontrado evidencia alguna de que Çatalhöyük sufriera ningún tipo de ataque o saqueo durante todo el tiempo que estuvo en uso.

¿A que habéis flipado ya con alguno de los datos que os he contado? Pues esperad, que todavía tengo cositas para vosotros. Por ejemplo, el hecho de que casi todos los edificios

tuviesen las mismas dimensiones, unos seis metros de largo por cuatro y medio de ancho, hizo que algunos expertos planteasen que todos los habitantes del lugar tuvieron una posición social y económica similar. Aunque, como siempre, existió alguna excepción, ya que aparecieron unas cuantas casas con un tamaño bastante superior y en las que casualmente se encontraron las pinturas y los relieves más currados y llamativos (en los que se representaban figuras femeninas dando a luz y animales como toros, cabras u osos). Esto, siguiendo con esa idea de sociedad igualitaria, invitó a pensar en que estos recintos tan especiales pudieron servir como posibles centros de reunión o de culto para la comunidad dentro de la ciudad. Aunque esto no es lo más sorprendente, pues se descubrió también que los habitantes de Çatalhöyük enterraban a sus muertos bajo el suelo de sus casas. Sí, tal cual lo habéis leído.

Una de las particularidades que desde siempre más ha llamado la atención de este yacimiento es precisamente esa. Puede que, derivado de lo que comenté antes sobre sentirse seguros y evitar estar expuestos a posibles ataques, quién sabe, la tradición de inhumar los cuerpos de los difuntos bajo los cimientos de las casas se generalizó en todo el asentamiento. Aunque en la actualidad aún no se tiene una teoría definitiva de por qué lo hicieron. A ver, seguro que alguno de vosotros ve esto como algo turbio y macabro, pero, insisto, estamos hablando de hace miles de años y de personas con un sistema de valores, ideas y creencias radicalmente diferente al que existe hoy en día. No seáis tan duros con ellos.

Y hablando de creencias, gracias a la gran cantidad de restos y objetos que se han conseguido desenterrar, se ha podido interpretar que la mayoría de las pinturas murales, por no decir todas, así como muchas de las figuritas de arcilla y piedra que se han encontrado allí tenían un claro sentido religioso. Por ejemplo, cuando se descubrió el sitio, muchas de las estatuillas halladas en ese momento fueron las que representaban figuras femeninas con atributos exagerados, aludiendo probablemente a la fertilidad. Sin embargo, desde la reapertura del yacimiento en los noventa, han aparecido miles de estatuillas más, casi dos mil, que en su gran mayoría representan a animales. Por eso, investigadores como Hodder han propuesto que, con la gran variedad de evidencias encontradas, no se podría establecer una conclusión única sobre el tipo de fe que profesaban, aunque sí que esta estuvo muy conectada con los elementos de la naturaleza. A pesar de esto, lo que sí parece claro, por la riqueza y diversidad de todas estas representaciones, es que su sistema de creencias tuvo que ser complejo y organizado.



Wolfgang Sauber, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Maqueta que recrea la posible apariencia de Çatalhöyük en sus tiempos más prósperos.

Y si lo fue, se debió precisamente a que Çatalhöyük era una ciudad muy populosa. Es más, se ha hecho una estimación aproximada de los habitantes que pudo tener en sus mejores tiempos y se ha apostado por un número que oscilaría entre los seis mil, en sus horas más bajas, y los ocho mil, en su época dorada. Sí, seguramente a alguno ocho mil personas le pueden parecer pocas, porque si lo comparamos con la actualidad, hay megalópolis que tienen decenas de millones. No obstante, aunque suene sorprendente, esta cifra es una auténtica barbaridad para la etapa de la que estamos hablando, es decir, el Neolítico. Para que se pueda poner en una perspectiva mejor, sin irnos muy lejos, en esa misma época los asentamientos en la península ibérica, que ya os digo yo que eran muy pocos, no superaban las decenas de personas.

Para concluir, y relacionado íntimamente con lo anterior, también se han podido conocer cosillas muy interesantes sobre las condiciones de vida de los propios «çatalhöyükenses» (no sé si el gentilicio sería este, pero, bueno, queredme igual). Por ejemplo, tras analizar en el laboratorio los restos humanos encontrados en las tumbas, se ha podido establecer que la esperanza de vida de los que allí vivieron estuvo entre los veintinueve y los treinta y cuatro años, aunque se han encontrado casos —muy raros, eso sí— de personas que consiguieron llegar hasta casi los sesenta. Junto a lo anterior, se ha podido saber, también gracias a los análisis del ADN de los cuerpos, que muchos padecieron enfermedades como la malaria, la artritis y la anemia.

Llegados a este punto, te das cuenta de que este tipo de yacimientos arqueológicos son auténticas minas de información que nos permiten conocer y comprender muchísimos detalles de cómo era y se organizaba la vida de los seres humanos en épocas realmente tempranas. Y, qué queréis que os diga, a pesar de que este lugar deja empachada a la gente de tanta información, estoy seguro de que la vieja Çatalhöyük seguirá brindándonos alguna que otra nueva sorpresa en el futuro.

¿LA «CIUDAD» MÁS ANTIGUA DE LA HISTORIA?

Uno de los grandes debates que ha generado Çatalhöyük desde su aparición es si puede ser considerada como la primera ciudad de la historia. En este sentido, hay personas que aseguran que este título debe concedérsele a Jericó, pues afirman que sus ruinas tienen más de diez mil años. No obstante, al carecer Jericó de muchos rasgos asociados a la vida urbana como tal, la visión tradicional ha otorgado este honor a la ciudad mesopotámica de Uruk, fundada en torno al 6000 a. C.

4
EL CÍRCULO DE GOSECK: ¿UN OBSERVATORIO SOLAR MILENARIO?

Cuando pensamos en algún yacimiento prehistórico dedicado a la observación de fenómenos astronómicos, a muchos nos viene a la mente, casi de forma instantánea, Stonehenge. El famosísimo e imponente recinto circular megalítico localizado a pocos kilómetros de la ciudad de Salisbury, en el sudoeste de Inglaterra, que probablemente fue utilizado como lugar de celebración de eventos relevantes para muchas culturas y pueblos neolíticos y calcolíticos, como es el caso del solsticio de verano.

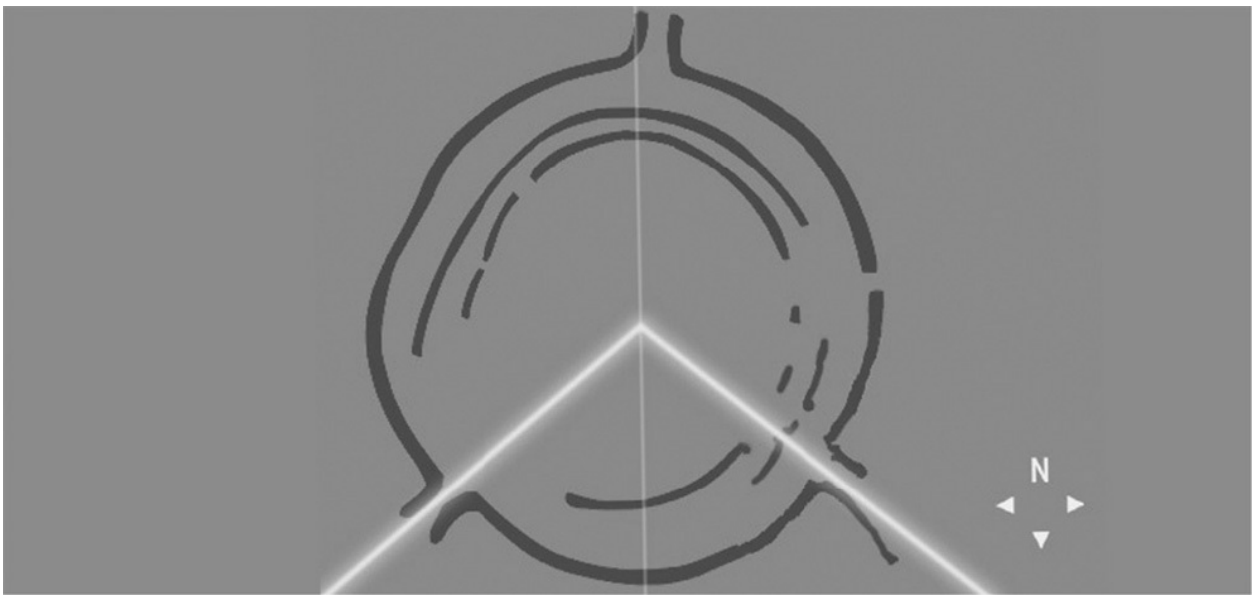
Sin embargo, existen otros emplazamientos que, quizá sin ser igual de espectaculares por su monumentalidad y tamaño, son igual de importantes por las implicaciones sociales, culturales y religiosas que tuvieron para las sociedades que los levantaron. Ese es el caso del conocido como Círculo de Goseck, un emplazamiento que debe su nombre a la localidad homónima localizada en el estado de Sajonia-Anhalt, en el centro de la actual Alemania.

Este lugar fue descubierto por casualidad en el año 1991 por un equipo liderado por el arqueólogo Otto Braasch mientras realizaba una serie de prospecciones aéreas sobrevolando los campos de trigo que dominan el paisaje de esa zona. La forma de dar con él fue muy curiosa, ya que el azar quiso que el sondeo se realizase durante una época en la que dicha región padecía una asfixiante sequía. Por fortuna, esta circunstancia permitió observar con relativa nitidez las «marcas» dejadas por la estructura en el suelo que ocupaban los cultivos. Unas marcas a todas luces artificiales, pues evidentemente su forma circular invitó a pensar desde un inicio que en su creación tuvo que intervenir, sí o sí, la mano del ser humano.

No obstante, pese a este hallazgo, el sitio se dejó como estaba por más de una década. En concreto hasta 2002, momento en el que los también arqueólogos François Bertemes y Peter Biehl, ligados ambos por aquel entonces a la Universidad Halle-Wittenberg, decidieron rescatarlo del ostracismo y liderar una excavación que sacó a la luz un gran recinto de unos setenta y cinco metros de diámetro formado por cuatro círculos concéntricos, de los cuales solo dos (los interiores y, por lo tanto, más pequeños) estuvieron delimitados por cercas

hechas de madera, en las que se habilitaron tres puertas: una de entrada, orientada hacia el norte, y otras dos, hacia el sudoeste y el sudeste. Tras analizar su localización sobre el terreno, se llegó a la conclusión de que dicha disposición pudo tener relación con la alineación de los rayos solares en dos momentos clave durante el año: el solsticio de invierno y el solsticio de verano.

De hecho, en el interior del emplazamiento, donde no se encontró ningún indicio de otro tipo de edificaciones, existe un pequeño montículo desde donde sus constructores pudieron observar en primera persona cómo, mientras tenía lugar este fenómeno astronómico, la luz del Sol quedaba perfectamente en sintonía con el estrecho pasillo que formaban las ya mencionadas puertas durante el amanecer y el atardecer del 21 de diciembre y el 21 de junio.



Rainer Zenz, dominio público, vía Wikimedia Commons.

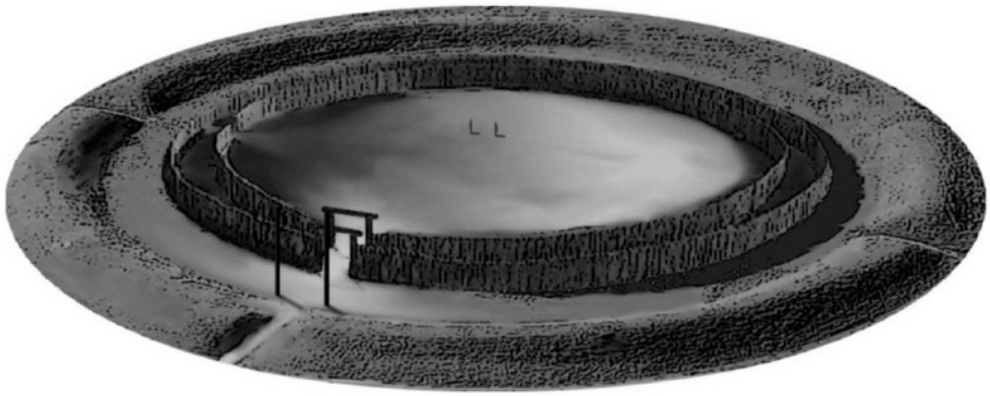
Ilustración que representa el esquema de construcción del Círculo de Goseck, cuyo punto central está alineado con la salida y puesta de los rayos solares en días concretos. En este caso, en el solsticio de invierno.

Y hablando de sus constructores, ¿quiénes fueron? Pues unas cuantas evidencias arqueológicas que se han encontrado en los alrededores, como fragmentos de utensilios de uso cotidiano fabricados en cerámica, sugieren que su autoría pudo corresponder a los miembros de la conocida como «cultura de cerámica de bandas». Se trata de una cultura heredera de la llamada «lineal» que se extendió por gran parte de Europa central entre el 5500 y 4500 a. C., y se caracterizó entre otras cosas, como su propio nombre indica, por la creación de diferentes piezas de cerámica decoradas con motivos en forma de volutas o meandros, y por la construcción de poblados fortificados con casas de aspecto trapezoidal como lugares de

residencia.

No obstante, en el caso que nos ocupa, gracias al análisis de carbono-14 sabemos que los restos cerámicos hallados en Goseck fueron elaborados en torno al año 4700 a. C., lo que los convierte en un caso insólito, ya que retrotrae casi un siglo el inicio de su presencia en esta región europea. Sin embargo, el estudio de la propia edificación con el mismo método de datación determinó con bastante exactitud que el sitio había sido levantado mucho antes, concretamente en una fecha próxima al 4900 a. C., convirtiéndolo, *de facto*, en el observatorio prehistórico más antiguo del que se tiene evidencia física. Ahí es nada.

Además, estos datos constataron que aquel lugar estuvo en funcionamiento al menos durante más de dos siglos, lo que permitió a los investigadores recabar nuevos indicios sobre los modos de vida y creencias de las primeras comunidades neolíticas que se asentaron en Europa central y de las que, hasta entonces, se sabía bastante poco. Así, gracias al descubrimiento del Círculo de Goseck y de cerca de ciento cuarenta emplazamientos parecidos más en lo que hoy son la propia Alemania, Eslovaquia, República Checa y Austria, se ha podido plantear la hipótesis de que el Sol gozó de un papel capital en el día a día de sus gentes, y probablemente era visto como el origen de la vida y el responsable de los cambios de estación.



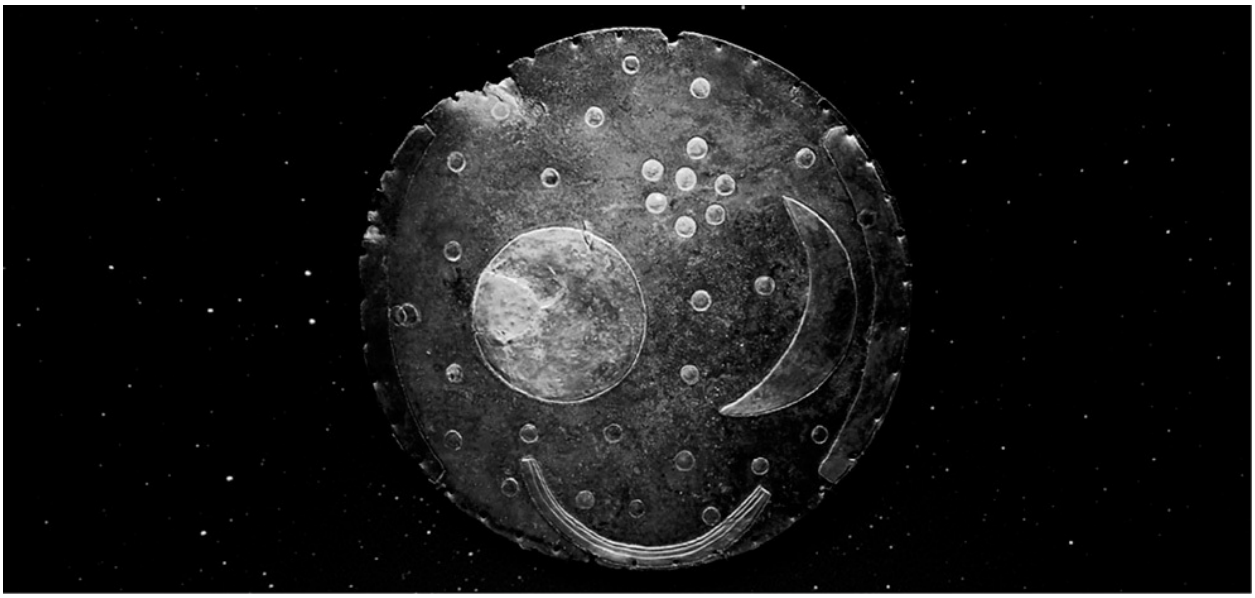
Kenny Arne Lang Antonsen, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Reconstrucción del aspecto del observatorio neolítico de Goseck en su momento de apogeo.

Sin embargo, a pesar de la importancia que debió de tener en su momento para dichas comunidades, el lugar se abandonó de forma súbita entre el ya mencionado 4700 a. C. y el 4600 a. C. ¿Los motivos? Siguen siendo una incógnita difícil de responder por la ausencia de pistas que permitan dar una explicación sólida al respecto.

Pero si pensabais que la historia de este sitio se acababa aquí, error. Os habéis equivocado, pues existen varios expertos que han relacionado este círculo con uno de los objetos

arqueológicos más fascinantes y extraños que se han descubierto hasta la fecha. Estoy hablando del llamado «disco celeste de Nebra», una placa de bronce de casi dos kilos de peso y treinta y dos centímetros de diámetro datada en el 1600 a. C., aproximadamente, en cuya superficie se halla una de las representaciones más antiguas que se conocen de la bóveda celeste.



Frank Vincentz, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons (retocada).

Imagen actual del disco celeste de Nebra.

En dicho disco, hallado en el monte Mittelberg, situado a apenas treinta y dos kilómetros de Goseck, se puede observar la representación del Sol o la Luna en diferentes fases, así como la posición de un grupo de estrellas en el firmamento que han sido interpretadas por muchos **arqueoastrónomos** como las Pléyades, perfectamente observables en el cielo desde los tiempos en los que se levantó el círculo y muy ligadas a los ciclos agrarios en muchas culturas de la antigüedad.

> *La arqueoastronomía es una disciplina derivada de la arqueología que trata de estudiar cómo interpretaron y qué significado dieron a los fenómenos astronómicos los seres humanos en el pasado, y cómo estas interpretaciones influyeron en su acervo cultural y material. Para llevar a cabo sus análisis, la arqueoastronomía se ayuda de los conocimientos adquiridos de otras disciplinas como la propia astronomía, la probabilidad, la estadística y, cómo no, la historia.*

Pero, matizado lo anterior…, ¿dónde estaría la vinculación entre el Círculo de Goseck y el disco de Nebra? Pues en el ángulo de ochenta y dos grados que formaban las puertas que permitían ver los rayos del solsticio de invierno y de verano, ya que son exactamente los mismos que marcan las líneas del horizonte reflejadas en el disco y que se corresponden con el ángulo que formaban la salida y el ocaso solar entre el solsticio de invierno y el de verano en la región en la que este fue encontrado.

Para rematar la movida, debéis saber que, casualidad o no, el yacimiento de Stonehenge y el del Círculo de Goseck se hallan casi exactamente en la misma latitud, con solo un minuto de longitud más al norte en el caso del segundo (que, traducido a metros, serían tan solo mil). Y esto es importante porque ambas estructuras están ubicadas en el punto exacto donde el amanecer y el atardecer en el solsticio de verano se alinean en ángulo recto con la puesta más al norte y la salida más al sur de la Luna. Flipante, ¿a que sí?

Todo ello demuestra que estas primitivas comunidades neolíticas europeas, pese a que aún estaban empezando a dominar la agricultura, domesticar animales y a constituirse poco a poco en sociedades cada vez más complejas, contaban con conocimientos realmente avanzados en campos tan particulares como la astronomía.

OTRO CÍRCULO LLAMADO WOODHENGE

Otro de los yacimientos circulares más importantes del mundo es Woodhenge, que está localizado a apenas tres kilómetros al noreste de Stonehenge. Constituido por casi ciento setenta troncos de madera que formaban seis anillos ovalados concéntricos, lo que lo hace más especial aún es que se construyó con la misma orientación y en la misma época que su vecino de piedra, por lo que la conexión entre ambos parece bastante clara.

5
EL IMPACTANTE DESCUBRIMIENTO DEL ORO DE VARNA

Imaginad por un momento que os encontráis tranquilamente trabajando. Pongamos que como operador, conduciendo una retroexcavadora en unas obras cerca del puerto de vuestra ciudad. Y en una de tus rutinarias jornadas, removiendo la tierra para construir un tendido eléctrico, dais por casualidad con una tumba repleta de objetos de oro. Pero no objetos cualesquiera, sino cuentas, pulseras e incluso un peto hecho enterito de ese metal precioso. ¿Cómo se os quedaría el cuerpo? Y más si a lo anterior le añadimos que el descubrimiento se convertiría a la postre en uno de los más importantes de la historia. De piedra, ¿verdad? Pues eso fue lo que le sucedió a un joven, de nombre Raycho Marinov, el 22 de octubre de 1972 mientras llevaba a cabo sus tareas en las proximidades de la localidad búlgara de Varna.

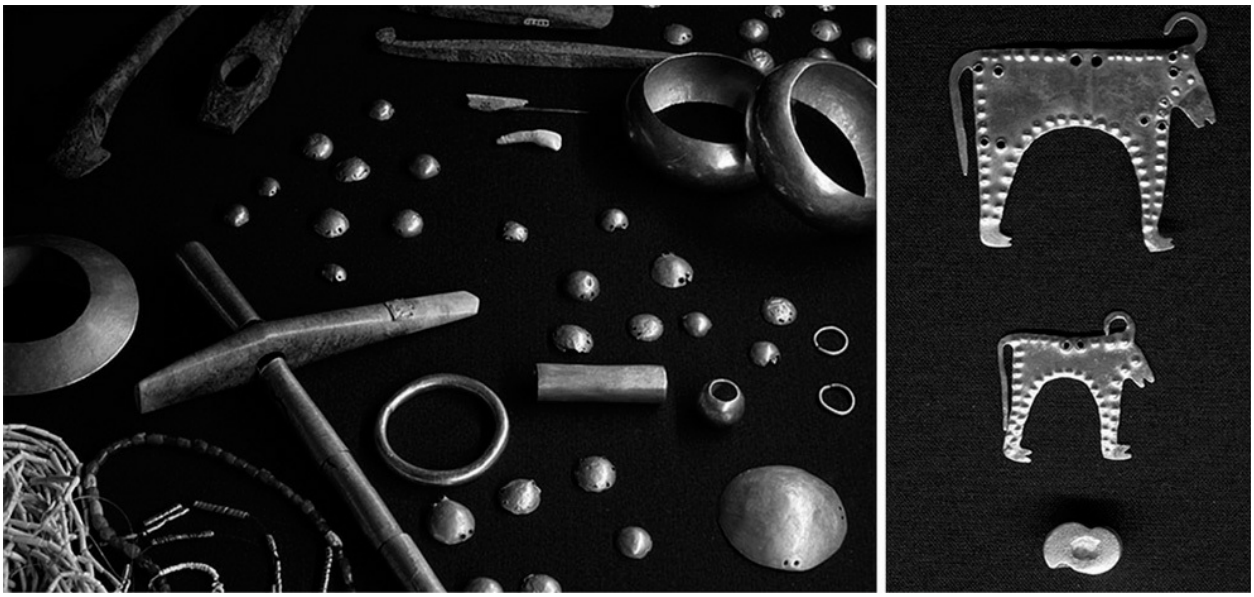
Según parece, en un primer momento el chaval, fascinado por su descubrimiento, guardó los objetos de oro que encontró en una caja de cartón y no informó a nadie. No obstante, al continuar con las obras en los días posteriores, aparecieron más enterramientos y se confirmó que aquel lugar podría ser un cementerio. Para evitarse un lío, Marinov decidió entregárselos al director del museo arqueológico local, que informó rápidamente a las autoridades soviéticas. Unas autoridades que, por otra parte, no tardaron en personarse en el lugar, pues conviene recordar que, en las fechas de las que estamos hablando, Bulgaria era uno de los países del este de Europa que permanecía bajo la órbita y control político de la extinta Unión Soviética.

El asunto es que, al percatarse las autoridades de que lo que había aparecido frente al lago de Varna era algo excepcional, se tomó la decisión de poner al mando de la excavación a los reputados arqueólogos Mijail Lazarov, primero, e Iván Ivanov, después. Durante sus campañas —que en conjunto duraron casi veinte años—, estos profesionales sacaron a la luz la nada desdeñable cifra de 294 tumbas. En 2006 todas ellas fueron datadas, usando una vez más la técnica de radiocarbono, aproximadamente entre los años 4600-4550 y 4200 a. C., es decir, en el periodo conocido como Eneolítico o Edad del Cobre, la primera de las edades de los metales en Europa.

Dicho esto, en cuanto a su forma, a pesar de ser estructuralmente iguales, los enterramientos sí que mostraron abismales diferencias en lo que a sus ajuares respecta, yendo desde los más humildes, compuestos por apenas un par de vasos o vasijas cerámicas, a otros «asquerosamente» opulentos, formados por abrumadoras colecciones de objetos fabricados en oro y otros elementos muy valorados por aquel entonces como el sílex, la obsidiana y las conchas de *spondylus* (una especie de molusco muy común en el cercano mar Egeo).

De entre todos esos enterramientos, solo unos pocos se ganaron la atención desde el principio por lo que apareció en su interior. Es el caso de la conocida como «tumba n.° 36», que contaba con nada más y nada menos que 857 objetos de oro diferentes, entre los que destacan una tiara, varios brazaletes, decenas de cuentas, anillos, pendientes, pulseras, un bastón, un posible bumerán (sí, como lo estáis leyendo), un martillo y dos llamativas placas con forma de animal, probablemente un macho cabrío (por la forma de su cornamenta). También destacó la tumba n.° 4, en la que fueron hallados 339 objetos, entre los que sobresalieron un martillo de piedra pulimentada con una vistosa empuñadura de oro, un peto y varias placas fabricadas con ese mismo metal, además de numerosos collares, cuentas con forma de concha, anillos y varias herramientas más fabricadas en cobre.

Con todo, a pesar de su espectacularidad, la que dejó a los arqueólogos con la boca abierta al puro estilo Jim Carrey en *La máscara* fue la tumba n.° 43. Se trata de una inhumación donde se documentaron los restos del cuerpo de un hombre que medía 1,75 metros de altura y que, al morir, tendría entre 40 y 45 años. Sin embargo, ¿qué fue lo que la hizo especial?, os preguntareis. Porque tumbas de hombres de estatura media hay a patadas por todo el mundo, ¿verdad? Pues el hecho de que este señor apareciera ataviado y rodeado de una abrumadora cantidad de lujosos objetos, la gran mayoría de ellos, cómo no, de oro. En concreto se hallaron 990, que en total pesaban más de un kilo y medio. Algo que no es baladí, ya que esa cantidad de oro era superior a la que se había descubierto en total en todo el mundo por esas fechas. No sé a vosotros, pero esto a mí me parece simplemente brutal.



(Izquierda) Gabriele Burchielli from Seville, Spain and Italy, CC BY 2.0, vía Wikimedia Commons; (derecha) Zde, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Ajuares encontrados en las tumbas 4 y 36 de Varna, donde se observa la gran variedad y cantidad de objetos diferentes de oro, o de cobre recubierto de oro, que se encontraron en su interior.

Sea como fuere, entre los objetos hallados en ese sepulcro destacaron varias piezas cerámicas, como cuencos y vasos, herramientas como un cincel y un punzón de cobre, así como brazaletes hechos de concha de *spondylus* revestidos de oro, un hacha de piedra pulimentada con bastón de oro también, y numerosos colgantes, plaquitas, pendientes, cuentas y abalorios, entre los que destacó uno con forma tubular que apareció situado muy cerca de lo que algún día fueron sus atributos masculinos. De ahí que se acabase denominando a dicho objeto como «funda de pene». Una fundita de pene… hecha de oro. Sí, lo sé, cómoda no parece, pero, oye, era su cultura, y hay que respetarla.

Como resulta lógico, Ivanov, ante tal colección de elementos áureos, propuso que los restos probablemente tuvieron que pertenecer al líder o, en su defecto, a una de las personas más importantes e influyentes de aquella comunidad, pues su ajuar denotaba de una forma muy obvia una posición social muy por encima de la de los demás. Esta teoría se vio reforzada por el análisis químico y de los **isótopos** de los huesos de esa y de unas pocas tumbas más (concretamente las más ostentosas), que demostraron que su dieta fue mucho más variada y completa que la de los individuos de los enterramientos más modestos, una alimentación en la que según parece se consumieron diversas especies marinas de mariscos y pescados. Estos manjares, tal y como arrojaron los resultados, parece que solo estuvieron al alcance de las personas más poderosas y pudientes del lugar.



Philip Kromer from Austin, TX, USA, CC BY-SA 2.0, vía Wikimedia Commons.

Recreación de la ostentosa tumba n.º 43, que se puede visitar en el Museo Arqueológico de Varna.

> *El análisis de los isótopos (átomos de un elemento con una cantidad diferente de neutrones) estables, aplicado a la arqueología, permite reconstruir varios aspectos relacionados con el sujeto analizado. Así, gracias a los isótopos del carbono y el nitrógeno, es posible conocer la dieta que tuvo el individuo; a los del oxígeno, el origen geográfico del mismo, y a los del estroncio o el plomo, los movimientos migratorios o la movilidad estacional del grupo humano al que perteneció.*

Por si fuera poco impactante todo esto, en la necrópolis de Varna también se documentó una práctica fúnebre bastante atípica en esas lejanas fechas: los cenotafios. Es decir, tumbas simbólicas en las que no hay cuerpo pero en las que, en su lugar, se depositan diversos objetos para honrar la memoria del difunto. De hecho, del total de 294 enterramientos, 44 fueron de este tipo, y en el interior de algunos aparecieron extrañas máscaras hechas de barro que simulaban las facciones del rostro del fallecido sobre las que se colocaron joyas y abalorios de oro que probablemente le pertenecieron. ¿Qué, a que os quedáis con el culo torcido?

En este sentido, la teoría que se ha propuesto al respecto es que las personas a las que se les rindió homenaje de ese modo en estos sepulcros perdieron la vida lejos de allí y, ante la

imposibilidad de transportar sus cuerpos, por el motivo que fuese, se les honró de esa forma tan insólita (y por qué no decirlo, llamativa).

El caso es que, a pesar de que lo más vistoso para el espectador sea la gran cantidad de oro encontrada en este lugar, que demuestra la enorme especialización, perfeccionamiento técnico y destreza que tenían sus artesanos en el trabajo con ese metal, lo cierto es que la necrópolis de Varna es uno de los yacimientos más relevantes de la historia de la arqueología, porque ha permitido conocer y documentar de forma extremadamente gráfica la jerarquización social existente en dicha cultura. En ella existió una pequeña élite guerrera que acumuló gran poder (reflejado en el oro presente en sus tumbas), un grupo intermedio de artesanos especializados que también fueron inhumados con objetos y herramientas de gran valor, y uno inferior, que englobaba a la gran mayoría de la población y que probablemente estuvo formado por agricultores y ganaderos que solo pudieron aspirar a enterramientos simples con ajuares formados por objetos de escaso lustre.



Ann Wuyts, CC BY 2.0, vía Wikimedia Commons (recortada).

Ejemplo de máscara mortuoria de barro de un cenotafio de la necrópolis de Varna, con su tiara, pendientes, cuentas y lo que parece ser una especie de adorno para la nariz.

A modo de conclusión, lo más llamativo de todo esto es que, en los alrededores del cementerio, no se ha encontrado ningún rastro de asentamiento, ni siquiera una aldea. Por ello, se ha planteado la posibilidad de que el lugar o lugares de residencia de los allí enterrados pudo estar en los terrenos hoy anegados por el lago de Varna, que se estima que, en el quinto

milenio a. C., estaba varios metros por debajo de su nivel actual. Por ese motivo, la respuesta a este último interrogante posiblemente espera escondida bajo el agua y el lodo.

CULTURAS NEOLÍTICAS QUE DESAPARECIERON MISTERIOSAMENTE

Algo que caracteriza a la cultura de Varna y a otras muy relacionadas con ella surgidas alrededor del río Danubio, como por ejemplo la de Karanovo o Vinca, es que desaparecieron de golpe a finales del cuarto milenio a. C. Una desaparición que ha intentado ser explicada por diversas causas, como una epidemia desconocida o algún cambio climático repentino que las abocó al colapso. No obstante, la más aceptada, debido a la evidencia arqueológica, es la que propone que estas comunidades fueron desplazadas o aniquiladas por la llegada a Europa desde las estepas euroasiáticas de un nutrido grupo de pueblos guerreros a caballo: los kurganes.

6
EL ENIGMA DE ÖTZI, LA MOMIA CONGELADA DE LOS ALPES

Ahora es momento de conocer en detalle uno de los casos más enigmáticos y que más investigaciones ha suscitado entre historiadores, arqueólogos y científicos en los últimos tiempos. Estoy hablando del protagonizado por Ötzi.

Para encontrar el comienzo de esta historia solo debemos remontarnos en el tiempo apenas tres décadas, concretamente hasta el 19 de septiembre de 1991. Este día Erika y Helmut Simon, un matrimonio de experimentados alpinistas, tras haber coronado el pico Finialspitze (situado a más de tres mil seiscientos metros de altura en los Alpes de Ötztal), en el descenso se toparon con el que probablemente haya sido el descubrimiento más extraño, macabro y, por qué no decirlo, espectacular de su vida. Mientras bajaban por las escarpadas y peligrosas lomas heladas de la montaña, ambos observaron a lo lejos una especie de mancha marrón que destacaba entre el predominante color blanco perpetuo del lugar. Al acercarse, descubrieron que aquello que habían visto en la distancia se trataba ni más ni menos que de un cadáver humano congelado junto a una serie de herramientas bastante anticuadas.

Informaron del hallazgo a las autoridades pertinentes, es decir, a la policía austriaca e italiana, ya que la casualidad quiso que el cuerpo apareciese muy cerca de la frontera entre ambos países. Los primeros en llegar fueron los austriacos, que a la mañana siguiente se trasladaron hasta la zona en helicóptero. Allí, uno de los agentes trató de liberar el cadáver del hielo, sin éxito, utilizando una taladradora mecánica, pero lo único que consiguió con esa «animalada» fue atravesarle la cadera y destrozar parte de sus ropajes.

Como suele pasar con este tipo de cosas, la noticia corrió como la pólvora y en los días siguientes, empezaron a aparecer por el lugar multitud de curiosos que trataron de «ayudar» en las labores de extracción usando sus propios piolets y bastones, provocando más daños irreparables en los restos de nuestro protagonista. Sin embargo, entre aquel descontrol acabó emergiendo la figura de Reinhold Messner, un alpinista italiano que alcanzó fama mundial por haber sido el primero en ascender en solitario al Everest sin botellas de oxígeno y el primero

también en conseguirlo en el resto de ochomiles que hay repartidos por el planeta. Este tipo, curtido por mil experiencias en la montaña, en las que por desgracia había tenido que ver a unos cuantos compañeros fallecidos, al inspeccionar los restos llegó a la conclusión de que, en esta ocasión, lo que tenía frente a él era algo que no había visto nunca antes. Messner se percató de que la piel del cadáver estaba curtida como le sucede al cuero y, además, cerca de él yacían varios utensilios, como un hacha y un arco, con un aspecto muy rudimentario. Esto le llevó a pensar irremediablemente que aquella desafortunada persona llevaba muchos años enterrada en el lugar. Bastantes más de los que se pensó en un inicio.



© Helmut Simon, vía Wikimedia Commons.

Fotografía de cómo yacían los restos de la momia en el momento del hallazgo por los montañeros alemanes.

Esta visión del asunto que aportó el reconocido montañero acabó llegando a oídos del director del Instituto para la Prehistoria de Innsbruck, Konrad Spindler, quien empezó a mostrar un enorme interés por conocer más detalles sobre tan fascinante descubrimiento. Un interés que pudo saciar debido a que los restos rescatados del hielo finalmente fueron trasladados al Instituto de Medicina Forense de dicha ciudad.

Una vez allí, y observando de primera mano cómo el frío y el hielo habían favorecido su momificación natural, le asaltaron varias preguntas obvias, que seguro que a vosotros también os llevan rondando la cabeza un rato: ¿quién era esa persona?, ¿cómo narices había llegado hasta allí?, y sobre todo ¿cuándo y por qué murió en ese preciso (y extraño) lugar?

Pues, para resolverlas, Spindler y su equipo se centraron en el análisis de los objetos que llevaba encima y que aparecieron cerca de él, y para cuya datación se usó una vez más la técnica del carbono-14. Este estudio determinó que tanto las herramientas como el cuerpo tenían poco más de cinco mil años. Por tanto, se situaba el momento de su muerte en una fecha muy cercana al año 3300-3200 a. C., es decir, en plena era neolítica en Europa.

Junto a esto, se pudo determinar también, gracias al minucioso estudio comparativo de las piezas e indumentaria, que Ötzi debió de pertenecer a alguna primitiva comunidad de agricultores o pastores que vivió en el valle de Val Venosta, situado en la región italiana de los Alpes, debido básicamente a la enorme similitud que había entre el hacha, la daga y las puntas de flecha que portaba, con otras que se habían encontrado años antes en varios enterramientos en la zona datados en esa misma cronología. Además, el lugar donde fue descubierto está en medio de un camino usado desde hacía milenios para la trashumancia, algo que a los investigadores no les pareció casual y que vino a reforzar la hipótesis de que esta persona probablemente se pudo dedicar a esa actividad. Para llegar a esta conclusión ayudó, sin duda, la **paleobotánica** (la rama de la paleontología que estudia las plantas fósiles), pues gracias a ella se pudo determinar que, entre los pliegues de la ropa y la suela de sus sandalias, hechas con paja y piel de oso, había diminutos restos de espigas de una especie primitiva de trigo que, según los científicos, fue cultivada por las primeras comunidades neolíticas que habitaron aquella región.

> *La paleobotánica es la ciencia que combina, como su propio nombre indica, la paleontología y la botánica, para estudiar los vestigios vegetales, especialmente fósiles, que vivieron y se desarrollaron en épocas remotas. En algunas ocasiones también permite estudiar y reconstruir cómo pudo ser el clima y el medioambiente en el pasado.*

No obstante, pese a todo lo expuesto hasta ahora, que ya es de por sí muy interesante, lo que más llamó la atención a los investigadores fue que su vestimenta era bastante deficiente y la gran mayoría de sus útiles estaban en muy mal estado. Algo extraño teniendo en cuenta que sus restos se encontraron en medio de una montaña a más de tres mil metros de altitud.

Motivado por estos hallazgos y con el fin de resolver más enigmas sobre el caso, Spindler se embarcó en la tarea de investigación del propio cuerpo, sometiéndolo a mediciones, varias radiografías e incisiones que permitieron conocer aún más detalles. Sin embargo, algunos de ellos, más que ofrecer respuestas, generaron muchas más preguntas, pues, para sorpresa de varios antropólogos forenses que integraban el equipo, se pudo saber que, cuando falleció, Ötzi tenía varios golpes por el cuerpo, así como cuatro costillas rotas y un notable corte en su mano que aún no estaba curado. Aunque, ojo, ninguna de estas heridas habría sido mortal a corto plazo.

Toda esta información, sumada a lo que he comentado de que iba muy mal vestido y con su equipo descuidado, llevó al científico austriaco a plantear una hipótesis algo macabra pero

posible: Ötzi fue perseguido por alguien, quien le obligó a huir apresuradamente hacia la montaña, un lugar que conocía pero donde, por algún motivo aún desconocido, encontró la muerte.

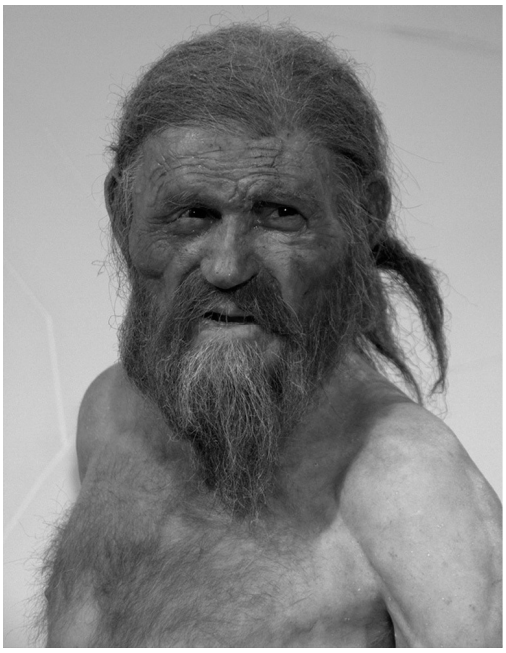
Casualmente, fue en este momento cuando un sonado conflicto diplomático entró en juego para dar un nuevo giro de tuerca a la historia. Las autoridades italianas, desde la aparición del cuerpo, denunciaron públicamente que este se había encontrado en su lado de la frontera y que los austriacos lo habían sustraído (por decirlo de una manera fina) para llevárselo a Innsbruck. Dicha acusación acabó confirmada por un auto judicial que estableció que, en efecto, los restos reposaban desde hace milenios por poco más de noventa y tres metros en territorio italiano y, por lo tanto, debían ser devueltos inmediatamente a Italia, lo que sucedió sin demora y puso punto final a la investigación de Spindler.

De esta forma, Ötzi dio con sus huesos, y nunca mejor dicho, en el Museo de Arqueología del Tirol del Sur, situado en la localidad italiana de Bolzano, lugar donde reposa desde entonces. Sin embargo, esto no significó que las investigaciones para aportar luz sobre todo este asunto terminasen. Ni mucho menos. Ya que los años siguientes se sometió el cuerpo a más pruebas, como TAC o **análisis de ADN mitocondrial**, que permitieron conocer nuevos datos, como que nuestro protagonista tenía cuarenta y seis años, pesaba unos cincuenta kilos y medía 1,59 metros; que su grupo sanguíneo era 0+, tenía los ojos marrones y padecía algunas enfermedades como intolerancia a la lactosa, problemas cardiovasculares y artritis.

> *Las muestras de ADN antiguo son aquellas que pertenecen a individuos que vivieron hace cientos o miles de años, que, por su propio envejecimiento, tienen peor calidad que las obtenidas de sujetos recientes, y cuyo análisis nos permite conocer la composición genética de las poblaciones humanas del pasado. Sin embargo, en ocasiones existen numerosas limitaciones en su estudio por la mala conservación de las muestras por factores como la temperatura, la presencia de agua o, lo más obvio, su antigüedad.*

Aunque la siguiente gran revelación llegó en 2001, cuando Paul Gostner, radiólogo asociado al museo de Bolzano, analizando de nuevo los restos, descubrió algo que había pasado desapercibido a los ojos de los investigadores durante casi una década: una punta de flecha totalmente incrustada en su omóplato izquierdo. Este hallazgo obligó a pensar de forma inmediata que alguien le había atacado por la espalda, reforzando de esta forma la hipótesis austriaca de la persecución y agresión. Por lo tanto, se pudo establecer, casi con total seguridad, que la famosa momia congelada de los Alpes había muerto de forma violenta,

convirtiéndose automáticamente en uno de los casos más antiguos de asesinato que se conocen. Imaginad por un momento la cara de estupefacción de Gostner al encontrarse esto. Probablemente igual que la vuestra si no conocíais este caso. No lo neguéis, es así.



Pixabay.

Reconstrucción del posible aspecto físico que pudo tener Ötzi en sus últimos días antes de morir.

Pero si todo lo que ya he narrado es fascinante, que sepáis que la cosa no acabó aquí, ya que en 2010 se volvió a someter a la momia a una autopsia para entender y resolver el enrevesado rompecabezas de su muerte. De esta forma, se intentó extraer la punta de flecha para obtener información sobre su posible procedencia, aunque sin éxito, pues la posición y el estado de conservación del cuerpo lo hizo imposible, al menos por el momento. Pese a esto, analizando la trayectoria que debió seguir el proyectil, sí se pudo determinar que ese disparo le atravesó una arteria pulmonar que degeneró en una hemorragia prácticamente mortal. A este nuevo dato se sumó otro incluso más perturbador: Ötzi también sufrió un severo traumatismo en la cabeza, pues se hallaron en la parte posterior de su cráneo restos de lo que en su día fue un gran coágulo de sangre, no se sabe si provocado por una hipotética caída derivada del impacto del flechazo o por un golpe de gracia que le propinó su verdugo.

Y para dar un último y desconcertante volantazo, gracias al análisis de los restos fosilizados de comida que había en su estómago e intestinos, se pudo saber que antes de morir comió carne de íbice, una especie de cabra salvaje, pero con un pequeño detalle: aún estaba sin digerir. Esto parece indicar que probablemente estaba comiendo o justo acababa de comer cuando

sucedió todo, lo que descarta parcialmente la hipótesis de la huida. Porque, como es lógico, si alguien te está persiguiendo para matarte, no creo que te pares a hacer fuego para cocinar y comer un chuletón a la brasa, ¿verdad?

Por esta razón, la última teoría que se ha propuesto al respecto, y que prevalece hoy en día, es que este hombre estaba en la montaña comiendo tranquilamente, o descansando justo tras haberlo hecho, cuando fue sorprendido, atacado y asesinado por la espalda.

A este caso, que parece sacado de la mente de Agatha Christie, le quedan aún muchas incógnitas por resolver. Como, por ejemplo, quién o quiénes le dieron muerte, por qué lo hicieron o cuál fue el motivo por el que sus herramientas y su indumentaria estaban tan descuidadas. Unas preguntas que pondrían la guinda del pastel, pero que tristemente son imposibles de responder por el momento.

EL LINAJE SIGUE VIVO

Aunque os pueda parecer ciencia ficción, un estudio llevado a cabo por la Universidad Médica de Innsbruck en una muestra de tres mil setecientas personas determinó que, en la región austriaca del Tirol, existen al menos diecinueve individuos que comparten relación genética con Ötzi. Ver para creer.

7
LA MACABRA SORPRESA DE LAS TUMBAS REALES DE UR

Como afirmé en la introducción, hay una serie de yacimientos arqueológicos a nivel mundial que siempre han estado en boca de todo el mundo, como por ejemplo las impresionantes pirámides de Giza. Unos monumentos que llevan recibiendo, desde hace mucho tiempo, la admiración y la atención no solo de los cientos de miles de turistas que los visitan, sino también de medios de comunicación, divulgadores, novelistas e incluso, cómo no, amantes del misterio. Sin embargo, hay otros lugares que en su día fueron igual de famosos y admirados, pero que, por avatares del destino, fueron quedándose cada vez más atrás en popularidad pese a su espectacularidad y grandiosidad. Es el caso de la ciudad sumeria de Ur, una de las más excavadas de la historia. Localizada a apenas veinticuatro kilómetros de Nasiriya, en el actual Irak, es el sitio donde, durante las primeras décadas del siglo XX, se encontraron algunos de los tesoros mesopotámicos más importantes de todos los tiempos.

De esta ciudad se podrían destacar muchos emplazamientos, como su imponente y gigantesco zigurat (un tipo de edificación religiosa de forma piramidal, típica de esta civilización) consagrado al dios lunar Nannar, y que fue reconstruido por orden del dictador Sadam Hussein en la década de los setenta del pasado siglo, o su majestuoso *Gipar* (otro recinto sagrado de menor tamaño) dedicado a la diosa lunar Ningal, esposa y consorte del ya mencionado Nannar. No obstante, nos detendremos en el monumento que despertó la mayor atención de su descubridor en 1926, el experimentado arqueólogo de origen británico Leonard Woolley. Estoy hablando de las bautizadas como tumbas reales de Ur, que fueron localizadas en el interior de un enorme cementerio en el que aparecieron más de mil ochocientos enterramientos diferentes.



Internet Archive Book Images, sin restricciones, vía Wikimedia Commons.

Fotografía del cementerio real de Ur durante el inicio de las excavaciones a inicios del siglo XX.

A este respecto, contrario a lo que pueda pensarse (pues habitualmente no solían estar mezclados), en dicha necrópolis se documentaron desde humildes sepulturas con cuerpos introducidos en esteras de mimbre (práctica muy común entre las gentes pertenecientes a las capas más bajas de la sociedad) hasta grandes y opulentos sepulcros abovedados levantados con ladrillos de adobe a los que se entraba bajando antes por una empinada rampa.

En cuanto a su cronología, gracias a numerosas referencias encontradas en objetos hallados en varias tumbas, se las ha podido datar en el que se conoce, dentro de la historia de la civilización mesopotámica, como periodo Dinástico Arcaico, que se desarrolló entre los años 2900 y 2334 a. C., y en el que supuestamente gobernaron, entre otros, reyes semilegendarios como Lugalbanda, Mesanepada o Istubar (que, según parece, inspiró la figura de Gilgamesh, héroe protagonista de la epopeya que lleva su nombre y que es considerada como la primera obra literaria de la historia).

Explicado lo anterior, y con todo el respeto a la gente humilde allí enterrada (no os vayáis a pensar que soy una especie de hombre de hielo insensible), debemos fijar la atención en las tumbas más grandes y ostentosas, un total de dieciséis. A ellas, por ese preciso motivo, Woolley las bautizó como «tumbas reales». No obstante, el arqueólogo británico se centraría en cuatro de ellas por lo que halló en su interior y que fue lo que realmente generó salseo histórico (y del bueno).

En primer lugar, habría que hablar de la más humilde de las cuatro en cuanto a tamaño. Esta

se ha conocido en ámbitos académicos como «tumba PG 755» y fue asociada en un principio al lugar de reposo eterno del rey Meskalamdug, que gobernó Ur en fechas desconocidas. Una conclusión a la que se llegó por la aparición, entre un montón de objetos de oro, de un majestuoso casco fabricado en ese mismo metal precioso con una inscripción con dicho nombre. No obstante, desde ese mismo momento, Woolley y los investigadores posteriores que lo han estudiado siempre han dudado de que la persona allí sepultada fuese ese monarca por varios motivos, como que el tamaño de su sepulcro no era el que se esperaba para una persona de dicha condición; que en la mencionada inscripción del casco no se le identificaba como rey, y sobre todo, que en la llamada tumba «PG 1054», asociada a Nibanda, una esposa del propio Meskalamdug, apareció un sello de oro en el que, ahora sí, se le identificaba como tal.

Me imagino que en este punto os estaréis preguntando quién narices era entonces el tipo que tenía en su tumba el espectacular casco de oro asociado al rey, ¿verdad? Pues las opiniones de los expertos en esta civilización mesopotámica van orientadas hacia la idea de que el personaje que allí se enterró fue algún tipo de príncipe o familiar ligado al propio Meskalamdug. Así de simple.

Bien. La segunda de las tumbas en las que nos debemos parar es la conocida como «PG 800» y que fue asociada a Puabi, de la que se teoriza que pudo ser la segunda esposa (y por lo tanto reina consorte) de Meskalamdug. Se trata de un lugar donde Woolley encontró un fabuloso ajuar formado por decenas de vistosas joyas, como anillos, brazaletes o un espectacular tocado, y extraordinarios objetos entre los que destaca una lira decorada con cabezas de toro con barba (sí, así como suena) y una carroza ceremonial con cabezas de leona, todos ellos fabricados de nuevo en materiales preciosos como el oro, la plata y el **lapislázuli**.

Sin embargo, lo que dejó más sorprendido e intrigado al arqueólogo y a su equipo no fue la abrumadora colección de objetos que acompañaban a la reina. Y entonces ¿qué fue? ¿Qué otra cosa pudo hacer que la mandíbula del británico se quedase aún más desencajada? Pues la aparición en el suelo del corredor de acceso a la sala real de los cuerpos de seis bueyes (los que tiraban de la carroza) y… veintiséis personas. Sí, veintiséis personas más, que fueron identificadas como el séquito de sirvientes de la reina en vida, y que fueron enterrados allí también para servirla en el más allá. Lo tétrico del asunto es que a la muerte de la reina probablemente estaban todos vivos, de modo que fueron asesinados, por envenenamiento u otros métodos, antes de ser encerrados en el sepulcro, pues alguno de los cráneos de los sirvientes presentaba signos de violencia.

El lapislázuli es una gema formada por la combinación de varios minerales (lazurita, sodalita, calcita y pirita), muy presente en muchas zonas de Eurasia y América, que posee una particular e hipnótica tonalidad azul. Fue realmente codiciada en algunas civilizaciones de la Antigüedad como la egipcia o mesopotámica, donde fue usada para obtener pigmentos para decorar, elaborar joyas o fabricar potajes o ungüentos con finalidades curativas.



(Izquierda) Osama Shukir Muhammed Amin FRCP(Glasg), CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons, (centro) JMiall, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons, (derecha) Jack1956, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

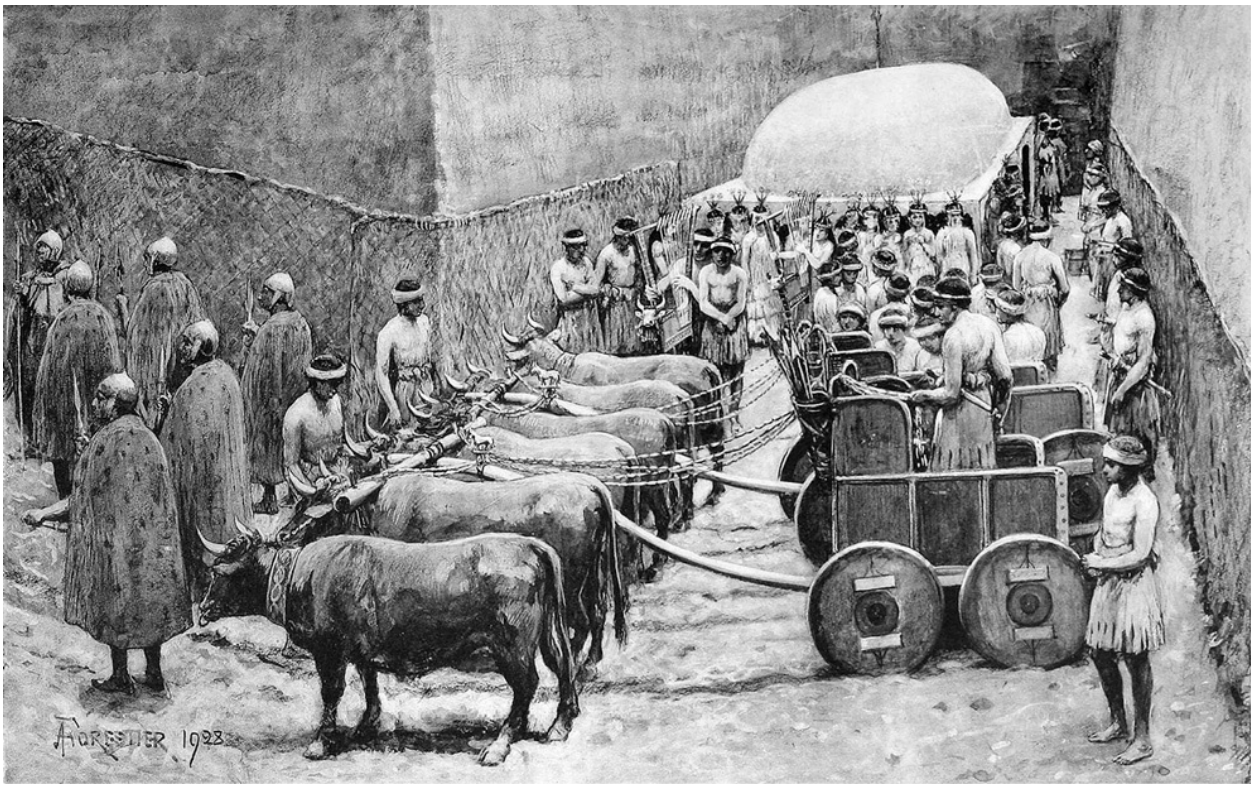
Diferentes objetos encontrados dentro de las tumbas del cementerio real de Ur, como el tocado y la lira de la reina Puabi, o la estatua del carnero en la tumba del rey.

Y si esto os ha parecido chungo de narices, esperad, porque aún queda lo «mejor» por llegar.

En tercer lugar, hay que mencionar la tumba PG 789, justo al lado de la de Puabi, y que fue bautizada como la «tumba del rey». Pese a su gran tamaño, en su interior no se documentó un pomposo ajuar, lo que llevó a pensar que fue saqueada en algún momento del pasado. Sin embargo, sí que apareció algo que hace que merezca la pena hablar de ella. Allí Woolley se volvió a encontrar una escena realmente lúgubre: los esqueletos de seis bueyes, y lo que es más impactante, los restos de casi sesenta personas más.

No obstante, a diferencia de su vecina, aquí los cadáveres presentaban un esquema ordenado: seis de ellos, todos hombres, se situaban en la entrada de la tumba, ataviados con lanzas y armaduras. Esto invita a pensar que eran los guardianes del lugar y que se quedaron ahí para, mientras aguantaran vivos, nadie osase entrar o ¿salir? del recinto. Tras ellos, los restos de los animales, junto a dos carros ceremoniales, y por último, en grupos más o menos homogéneos,

en torno a los muros de la cámara funeraria principal, el resto de los sirvientes, que lo más probable es que corrieran la misma suerte que en la otra tumba. Que no fue especialmente buena, como hemos visto.



Dominio público, vía Wikimedia Commons.

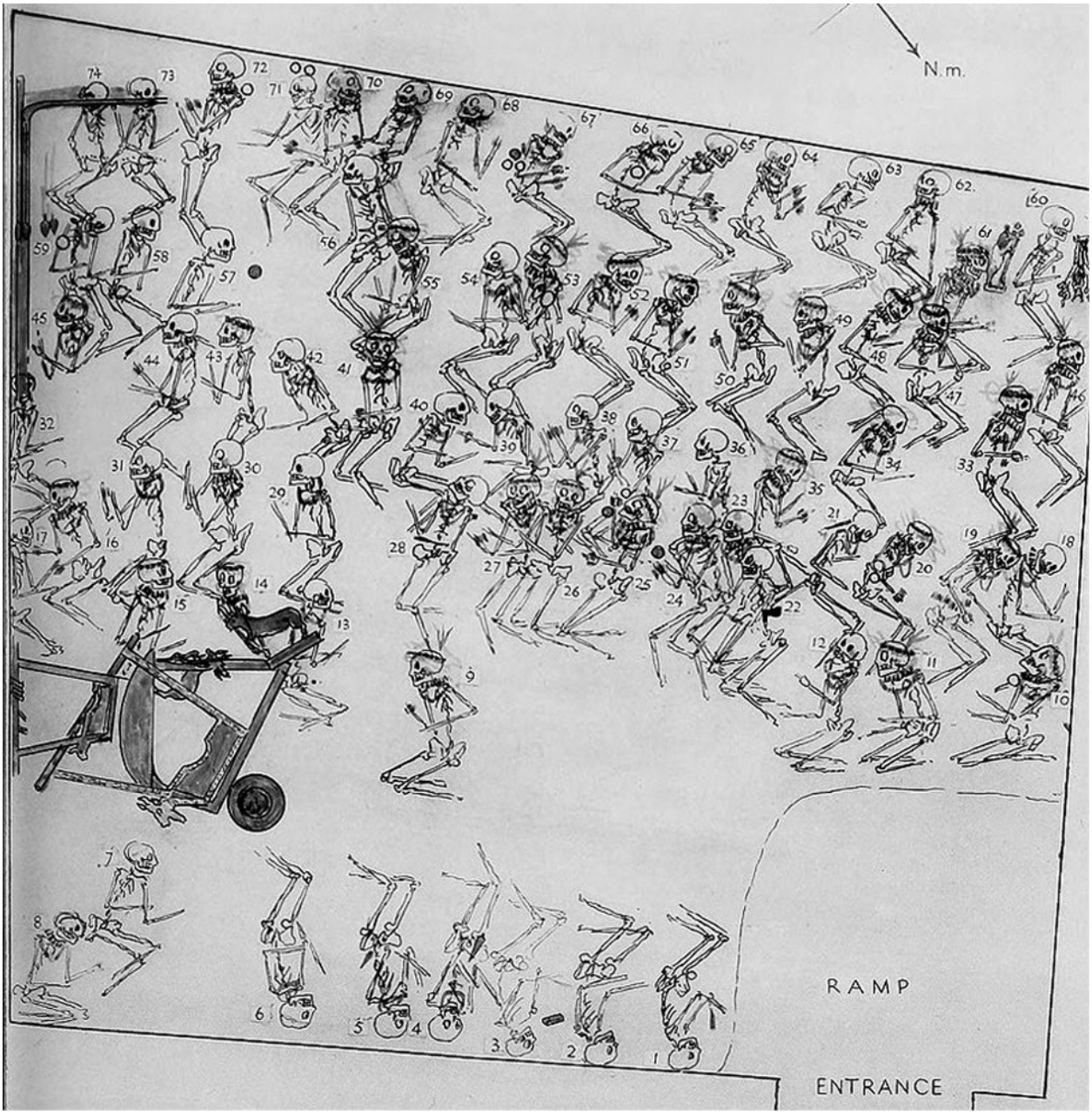
Ilustración que recrea la disposición en la que se encontraban, aún con vida, los sirvientes y acompañantes que fueron sepultados en la tumba del rey..

Y para el final he dejado la tumba conocida como «PG 1236», pues solo con el apodo que recibió ya podéis haceros una idea de lo que viene: «gran pozo de la muerte». Fue nombrada así por Woolley por varios motivos. El primero, que es la tumba más grande que se encontró en Ur, de ahí lo de «gran»; el segundo, que carecía de rampa de acceso, de ahí lo de «pozo», y el tercero, que dentro de ella aparecieron, nada más y nada menos, que setenta y cuatro esqueletos humanos, de ahí lo de «de la muerte». La verdad es que el británico no pudo dar más en el clavo con la descripción del lugar.

En relación con lo anterior, se pudo establecer un patrón parecido al de la tumba del rey, donde, de los setenta y cuatro cuerpos, seis pertenecieron a hombres, que volvieron a aparecer cerca de la entrada equipados con indumentaria militar. Los sesenta y ocho restantes corresponden a mujeres, que debían de ser esclavas o sirvientas, ricamente ataviadas que

fueron, como en todos los casos anteriores, envenenadas. Sin embargo, el gran pozo de la muerte tiene algo particular o, por qué no decirlo, raro. Y es que, en su interior, pese a la presencia de numerosos objetos de enorme valor (como una impresionante figura de un carnero subido a un árbol hecha de oro y lapislázuli), no se hallaron los restos de ningún personaje importante principal como en las tumbas ya descritas. Algo realmente chocante cuando se observan las «molestias» (por decirlo de alguna manera) que se tomaron a la hora del entierro.

Entonces ¿a quién perteneció esta tumba? Los arqueólogos no lo tienen nada claro, porque la ausencia de referencias y pistas claras ha llevado a un callejón sin salida. La única teoría al respecto, y que no ha gozado de mucho apoyo, es la que asegura que a quien pertenecía aquel sepulcro era a una de las muchas mujeres allí enterradas. Esta fue identificada como una reina, princesa o simplemente alguien de un estatus social relevante, porque tenía cerca de la boca un llamativo vaso de plata y portaba una vestimenta mucho más lujosa que el resto.



Internet Archive Book Images, sin restricciones, vía Wikimedia Commons (recortada).

Ilustración que muestra la disposición de todos los cadáveres encontrados en el gran pozo de la muerte.

En cualquier caso, como resumen, tras estos descubrimientos a mediados de los años treinta del pasado siglo XX, aunque suene extraño, prácticamente no se ha vuelto a excavar en la ciudad. Los tesoros allí encontrados fueron repartidos entre las vitrinas del Museo Británico, el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania y el Museo de Arqueología de Irak (donde muchas de las piezas que reposaban en él fueron saqueadas durante la guerra iniciada por Estados Unidos contra Sadam Hussein en 2003).

Sea como fuere, hay que dejar claro que este lugar tiene mucha más chicha que la que os he podido transmitir en estas páginas. No obstante, con apenas cuatro «bocaditos», creo que se ha podido saborear, aunque sea de una manera muy sutil, lo que vivió en primera persona un afortunado como Woolley. Que no es otra cosa que ser el principal protagonista de uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de todos los tiempos.

UN INDIANA JONES REAL

Algo que no he comentado y que es especialmente llamativo es que el propio Leonard Woolley, además de reputado arqueólogo y explorador, también trabajó durante los años que duró la Primera Guerra Mundial como espía al servicio de la corona británica en El Cairo. De hecho, durante una misión, fue descubierto por las fuerzas otomanas, en ese momento enemigas del Reino Unido, y por ello se pasó dos años encerrado en un campo de prisioneros turco. Aunque, eso sí, al final del conflicto fue galardonado con la Cruz de Guerra francesa por su valor. Una vida realmente de película.

8
HIERACÓMPOLIS, UNA MARAVILLA «DESCONOCIDA» DEL ANTIGUO EGIPTO

Cuando en algún medio —ya sea prensa, televisión o redes sociales— se menciona algo relacionado con el Antiguo Egipto, como ya he dicho, es inevitable que muchas personas piensen automáticamente en las majestuosas pirámides, como las de Guiza; en los legendarios faraones, como Tutankamón, o en las inquietantes momias, como la de Ramsés II. Sin embargo, antes de llegar a esos ejemplos tan paradigmáticos, los primeros pasos de esta civilización tal y como la conocemos se dieron en lugares poco conocidos para el gran público. Si bien existen ciudades egipcias sobradamente conocidas como es el caso de Tebas, Menfis o Luxor, lo cierto es que antes de que estas llegasen a adquirir su verdadero lustre histórico hubo una que marcó, sin duda, el camino a las demás. Esa fue Nejen o Nekhen, que en egipcio significa «fortaleza», pero que fue bautizada posteriormente por los antiguos griegos con el nombre de Hieracómpolis.

Hieracómpolis, a pesar de haber sido ya referenciada por el escritor, ilustrador y diplomático francés Dominique Vivant Denon en 1798, mientras acompañaba al, aún general, Napoleón Bonaparte en su expedición a Egipto, no fue excavada y estudiada en profundidad hasta finales del siglo XIX. Fueron los arqueólogos británicos Frederick Green y James Quibell quienes se encargaron de llevar a cabo los primeros trabajos que devolvieron a la luz gran parte de una de las primeras joyas urbanísticas de esta majestuosa civilización que floreció a la vera del extenso y fértil Nilo.

Fue esta pareja de investigadores la que acabó encontrando allí uno de los primeros templos conocidos consagrados al dios con cuerpo humano y cabeza de halcón Horus, considerado, dentro de la mitología de esta cultura, como la deidad de los cielos, creador de la civilización y protector de la realeza. En el interior de este santuario reposaban cientos de ofrendas, entre las que destacan unas vistosas mazas ceremoniales asociadas a varios gobernantes y decoradas con motivos que, probablemente, narraban hechos históricos, además de pequeñas estatuillas, vasijas, jarrones y más elementos cerámicos de gran calidad que fueron encuadrados

cronológicamente entre mediados y finales del conocido como periodo predinástico y los tiempos de las primeras dinastías de faraones. Es decir, entre los años 3600-3500 y el 3000 a. C.

En este sentido, una de las piezas más importantes o, por qué no decirlo, la más importante que hallaron entre los cientos que aparecieron, fue la que hace referencia, nada más y nada menos, que a Narmer. ¿Y quién era este tipo? Pues el que ha sido considerado tradicionalmente como el primer faraón de la historia, ya que parece ser que fue el primero que logró unificar y gobernar sobre el Alto (el sur) y el Bajo (el norte) Egipto, los dos territorios en los que estaba dividido dicho territorio antes de su ascenso al poder.

¿Y cómo se sabe esto? Pues debido precisamente a la información que aparece reflejada en este objeto, conocida como la Paleta de Narmer (sí, no se comieron mucho el tarro). Se trata de una placa de pizarra de 63,5 centímetros tallada con bajorrelieves que, en una de sus caras, muestra a Narmer a punto de golpear con una maza a uno de sus enemigos ya vencido portando la corona *Hedyet* (que en la iconografía de esta civilización simbolizaba el Alto Egipto) bajo la atenta mirada de la diosa Hathor (representada por una vaca) y del dios Horus (reflejado como un halcón). Y en la otra cara, entre muchas cosas, se vuelve a representar al mismo personaje portando la «corona roja», conocida como *Desheret* (que simbolizaba en este caso al Bajo Egipto), realizando una procesión junto a varios portaestandartes hacia un grupo de cuerpos decapitados (también presumiblemente de sus enemigos).



Dominio público, vía Wikimedia Commons (reescalada).

Fotografía de ambas caras de la Paleta de Narmer que reposan actualmente en el Museo Nacional de la Civilización Egipcia de El Cairo.

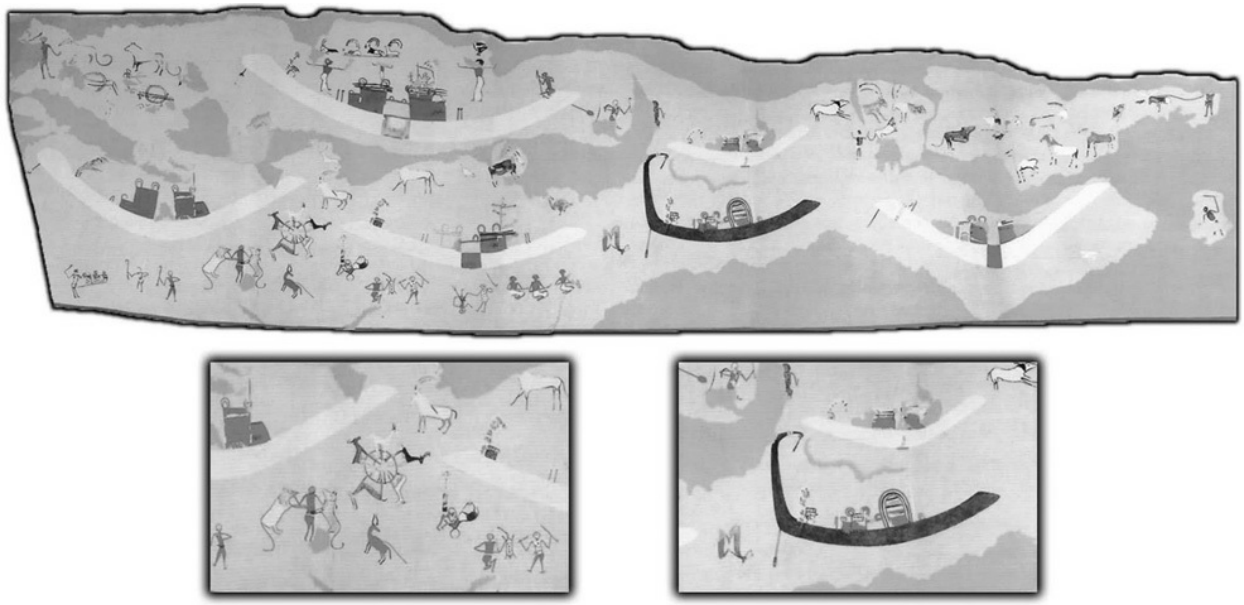
Evidentemente los descubrimientos no se quedaron ahí, ya que, además de con el templo, también dieron con casas particulares, como la de un alfarero cuya vivienda, según parece, se quemó (por los restos de ceniza en sus paredes), una fábrica de cerveza (sí, los egipcios eran consumidores habituales de este néctar de los dioses), una panadería… y varios cementerios en los que encontraron multitud de tumbas de diferentes formas y tipologías de enterramiento. Algo lógico, porque las distintas necrópolis en los alrededores de Hieracómpolis abarcaron un arco temporal de muchos siglos. Es por ello por lo que durante estas primeras excavaciones se pudieron documentar, por ejemplo, las primeras pruebas de momificaciones artificiales utilizando tela y vendas (un rasgo inconfundible de la cultura egipcia) que, eso sí, fueron datadas a *posteriori* en una fecha próxima al 3600 a. C.

Ahora bien, a pesar de que lo anterior ya es de por sí extraordinario, de entre todas esas sepulturas que se encontraron, desde las primeras excavaciones hasta prácticamente la actualidad (pues los trabajos en Hieracómpolis se han ido sucediendo en el tiempo desde entonces), hubo dos que brillaron con luz propia: la primera es la denominada «tumba 100», la única que, cuando fue excavada, conservaba aún en sus paredes pinturas murales. Unas pinturas en las que podía verse representado un cortejo ceremonial de varias barcas, cinco de color blanco y una de color negro (probablemente la del rey), que discurrían por un río flanqueadas por diferentes escenas de caza de animales salvajes, como leones y leopardos, así como de una feroz lucha entre hombres. Y he dicho «podía verse» porque tristemente, tras su hallazgo en 1898, la acción de la erosión, la exposición a la contaminación y la nula protección de los **muros enlucidos** a través del tiempo hicieron que parte de los pigmentos se deteriorasen hasta perderse para siempre. Afortunadamente para los amantes de la historia, se conservan fragmentos en el Museo de El Cairo, que se están restaurando en la actualidad, y se tiene una composición completa de la pintura gracias a reproducciones que se hicieron de ella casi a la par que se descubrió.

> *En términos constructivos, el enlucido se refiere al revestimiento hecho de yeso de apenas unos milímetros de espesor que se aplica sobre la pared para ocultar el material principal con el que se ha elaborado un muro o pared, como pueden ser los ladrillos. Su primera aplicación conocida ha sido documentada en algunas cámaras funerarias del Antiguo Egipto en torno al segundo milenio a. C.*

A pesar de las pocas pistas que tenemos, se ha propuesto que, debido a la opulencia del ajuar y grandilocuencia de la representación pictórica (medía tres metros de ancho y seis de largo),

esta pudo pertenecer a algún rey de la ciudad, del que no habría trascendido el nombre, y que pudo gobernar durante el ya mencionado periodo predinástico, concretamente entre los años 3500 y 3200 a. C.



Elaboración propia a partir de una imagen de dominio público, vía Wikimedia Commons.

Reproducción y detalles de la escena de cortejo fúnebre de la «tumba 100» de Hieracómpolis.

La segunda sepultura es la llamada «tumba 16», un lugar especial donde los haya, pues en ella no solo se enterró a un ser humano (del que se teoriza que también pudo ser un gobernante de la ciudad), sino que en su interior apareció una gran colección de cuerpos de animales (un total de cincuenta y dos) entre los que destacaron varios perros, así como vacas, monos, gatos, toros, cocodrilos, hipopótamos… e incluso ¡un elefante! (el único que se ha documentado hasta la fecha en la milenaria historia de la civilización egipcia, cágate lorito). La pregunta que seguramente os estéis haciendo es «¿Y qué c*** pintaban ahí? ¿Por qué se los sepultó en ese lugar junto a una persona?». Pues los egiptólogos, ya desde la época de los descubrimientos de Quibell y Green, lo asociaron a una práctica ritual relacionada con la religión egipcia, ya que el rey o faraón, además de ser un líder político, también era un líder religioso. Por eso, en este aspecto, tenéis que saber que, dentro de las creencias de dicho pueblo, especialmente en el periodo predinástico, algunos animales, sobre todo los salvajes, eran asociados al desorden y al caos. Por ello, enterrarlos a los pies del monarca o faraón de turno era un intento de reflejar la sumisión de estos ante su poder y control, que servía de garante del orden natural de las cosas.

Y como lo bueno se suele dejar para el final, en esta urbe también se descubrió un edificio

muy particular hecho en **ladrillos de adobe**, que fue apodado como «el fuerte», entre otras cosas, por su forma rectangular y gran tamaño, que, como resulta obvio, recordaba al de una gran fortificación defensiva. Curiosamente, por contradictorio que parezca debido a su nombre, los arqueólogos que lo han estudiado han descartado la posibilidad de que este se levantase con fines defensivos. Se decantan por la opción de un significado religioso relacionado con el culto funerario hacia el faraón que lo ordenó levantar, quien casi seguro fue Jasejemuy, último de la Dinastía II (que gobernó Egipto entre los años 2890-2700 a. C.).

> *Los ladrillos de adobe son aquellos hechos con una pasta elaborada por la combinación de arcilla y arena, a la que en ocasiones, para hacerla más resistente, se le añadía paja. Estos ladrillos no se cocían, sino que se dejaban secar y endurecer exponiéndolos al sol. Curiosamente, este material ha sido utilizado en diferentes épocas de la historia, desde la prehistoria hasta la actualidad, por numerosas civilizaciones y pueblos repartidos por todo el planeta.*

¿Y por qué se sabe que fue él? Pues porque varias pruebas consiguieron datar la construcción del edificio en torno al 2700-2690 a. C., muy poco tiempo después de su fallecimiento. Además, la aparición en los restos de la ciudad de dos estatuas de piedra con su imagen (primeras de la historia que representan físicamente a un gobernante egipcio), la existencia de otra construcción muy parecida conocida como Shunet ez Zebib, de la que se tiene constancia que fue levantada por orden suya en la vecina ciudad de Abidos, y la aparición de numerosas inscripciones en las que se cuenta que Jasejemuy convirtió Hieracómpolis en la capital del reino, no han hecho más que dotar de músculo a esta teoría.

Evidentemente, la abrumadora y abultada historia de la cultura egipcia ha hecho que, en muchas ocasiones, la mirada se haya centrado en partes muy concretas de esta. Así, el protagonismo se lo han llevado siempre los mismos lugares y las mismas personas, por ejemplo, los templos de Karnak o Abu Simbel, si hablamos de edificaciones; o Ramsés II, Akenatón o Nefertiti si hablamos de individuos. No obstante, como ha quedado demostrado, a lo largo de la ribera del Nilo existen cientos de lugares magníficos, quizá no tan conocidos para el gran público, como es el caso de Hieracómpolis que, por la gran cantidad de información que nos han permitido conocer sobre el Antiguo Egipto, merece justamente ser considerada como una de las grandes joyas de su corona.



Isawnyu, CC BY 2.0, vía Wikimedia Commons (recortada).

Fortificación construida por Jasejemuy, conocida como Shunet ez Zebib, muy similar a la encontrada en Hieracómpolis. En la imagen se observa su gran tamaño y altura (unos doce metros).

EL PRIMER ZOO DOCUMENTADO DE LA HISTORIA

Una de las mayores sorpresas que ha sacado a la luz la intensa actividad arqueológica en Hieracómpolis tuvo lugar en el año 2009, cuando un equipo de investigadores liderados por la estadounidense Renee Friedman encontró un recinto dedicado, según parece, al cuidado y exposición de animales. Algo que, por otra parte, daría más sentido a lo hallado en la propia tumba 16. El análisis químico de varios de los esqueletos de los animales reveló que muchos fueron alimentados artificialmente, e incluso varios de ellos fueron tratados y curados de lesiones y fracturas óseas. Todo ello evidenciaría su cautiverio y mantenimiento en un lugar con esos fines. Vamos, algo muy parecido a lo que nosotros llamaríamos «zoo» en la actualidad.

9
EL MAJESTUOSO TESORO SUBMARINO DE ULUBURUN

Normalmente, por simple asociación lógica, cuando hablamos de arqueología mucha gente piensa en excavaciones en tierra firme, en las que se traen de nuevo a la luz edificios, objetos o restos humanos del pasado. Sin embargo, algunos de los descubrimientos más inesperados y alucinantes de la historia no tuvieron lugar ahí, sino a decenas de metros de profundidad bajo las aguas del mar. Ese es el caso del que aconteció a inicios de la década de los ochenta del pasado siglo XX, en concreto en 1982. El hallazgo se produjo cuando Mehmed Çakir, un pescador de esponjas de origen turco, descubrió mientras faenaba muy cerca de la costa de Uluburun, próxima a la localidad de Kas, en el sudoeste de la actual Turquía (un país que, como habéis podido comprobar, está plagado de yacimientos tremendamente interesantes), los restos de un pecio que escondía en su interior uno de los mayores tesoros subacuáticos de todos los tiempos. Y vais a entender rápidamente por qué.

Hay que decir que el propio Mehmed, así como muchos pescadores de la zona, estaban «instruidos» por las autoridades para saber reconocer naufragios de barcos antiguos basándose en algunos objetos que divisaban en sus inmersiones, por ejemplo, por la forma de algunos lingotes de cobre o de oro, como la de los conocidos como de «piel de buey» (que recordaban mucho precisamente a la figura del pellejo ya curtido de estos animales). De hecho, fue una gran cantidad de estos lingotes, junto a otro montón de jarrones y **ánforas**, lo que divisó por primera vez el experimentado pescador, que casi al instante se dio cuenta de que lo que había encontrado de forma fortuita a unos 40-50 metros de profundidad era algo tremendamente especial. Lo que se solía hallar eran objetos aislados o en muy pequeñas cantidades. Sin embargo, lo que Çakir había descubierto era solo la punta del iceberg. Un iceberg de los grandes y gordos.

Un ánfora es un tipo de recipiente de grandes dimensiones caracterizado por su forma alargada, dos asas a modo de orejas, y un estrecho y largo cuello. Este modelo surgió en Fenicia en torno al año 1500 a. C., y su uso se expandió progresivamente en los siglos siguientes, de modo que cada

civilización de la Antigüedad fue desarrollando sus propias tipologías. Las más conocidas y llamativas son las originarias de las antiguas Grecia y Roma, donde las usaron para transportar productos como el aceite, el vino o el garum, una salsa de pescado típicamente romana.

Fue tras comunicar a las autoridades turcas el hallazgo cuando entraron en juego las figuras verdaderamente protagonistas de la excavación y la posterior investigación del tesoro que esperaba frente a las aguas de Uluburun. Estoy hablando de George Bass y Cemal Pulak, arqueólogos adscritos al Instituto de Arqueología Náutica de Texas que, durante una década —concretamente desde 1984 hasta 1994— se dedicaron a documentar, extraer y analizar minuciosamente ya en la superficie los miles de objetos que aparecieron sobre el lecho marino donde había acabado hundido el barco.

Pero antes de continuar, conviene matizar varios aspectos. A principios de la década de los sesenta del siglo XX, la arqueología subacuática recibió un fuerte impulso y desarrollo a nivel teórico y, sobre todo, procedimental gracias a la nueva metodología científica de investigación implementada por el ya mencionado Bass (considerado por muchos como el padre de esta disciplina) y la buzo y también arqueóloga Honor Frost. Estas técnicas fueron aplicadas por primera vez tras el hallazgo del conocido como «pecio de Gelidonya» (¡oh, sorpresa!, también en aguas turcas), del que se consiguió extraer la gran mayoría de su cargamento. Este, entre otras cosas, permitió establecer que perteneció a un barco mercante de origen fenicio que naufragó en torno al siglo XII a. C., es decir, casi al final de la Edad del Bronce (y que en su momento fue el más antiguo descubierto hasta esa fecha) y, lo que es más importante, conocer las complejas relaciones comerciales entre muchos pueblos que se desarrollaron en el levante mediterráneo durante esa etapa de la historia.



Martin Bahmann, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

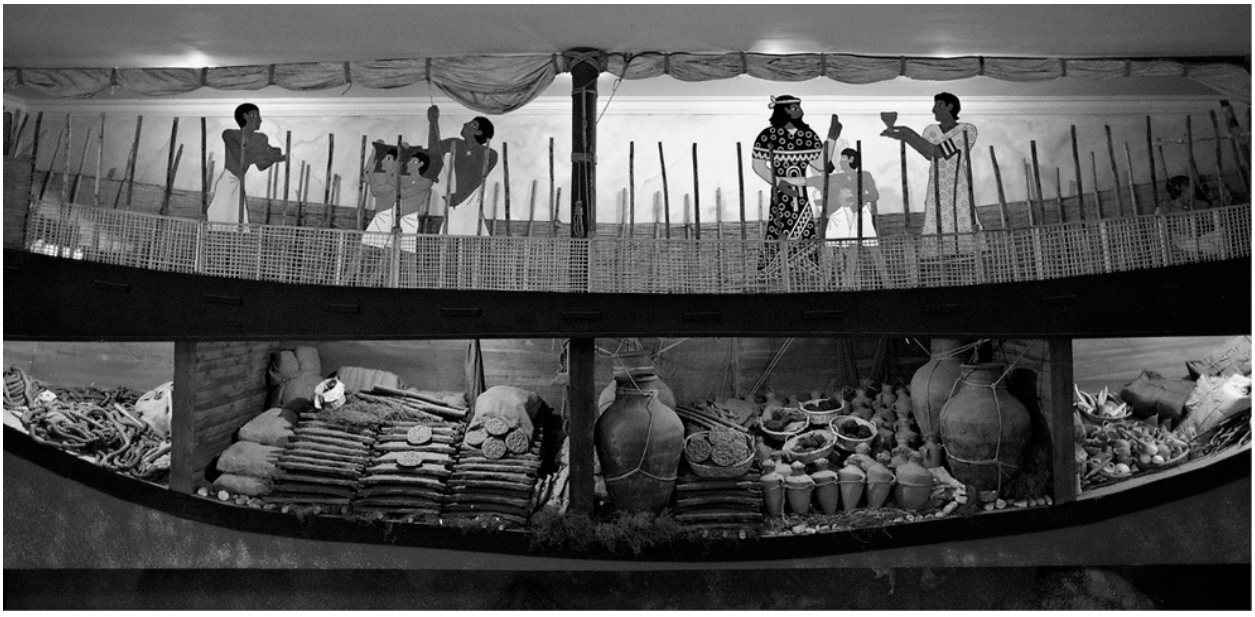
Reconstrucción de la posible apariencia del navío hundido frente a la costa turca de Uluburun.

OK. Ahora, volviendo a los trabajos de Bass y Pulak, tenéis que saber que, durante todo el proceso que duró la recuperación de los objetos, se extrajeron más de diez toneladas de lingotes de cobre que, gracias a las pruebas de isótopos de plomo a las que fueron sometidos, se pudo saber casi con total seguridad que fueron extraídos de las numerosas explotaciones de este material que, por aquel entonces, existían en la próxima isla de Chipre, como por ejemplo las de la región de Apliki, situada justo en su centro. Junto a estos, también se rescató cerca de una tonelada de lingotes de estaño que, unidos a los de cobre, dejaban bastante clara su finalidad: la fabricación de bronce, pues la aleación entre ambos, por si no lo sabíais, es la que da lugar a ese metal. En este caso, a pesar de la insistencia de los expertos, no se ha podido determinar de qué localización geográfica concreta procedían. Sin embargo, sí que se tienen sospechas de que su origen pudo estar en el este de la península de Anatolia o en los

territorios de la actual Siria.

Dejando de lado la mercancía más voluminosa, el pecio transportaba un montón de cosas más. Y cuando digo un montón, es un montón. Para empezar, se encontraron numerosos restos de diferentes tipos de cerámicas. Las más abundantes, fruto del carácter mercante de la nave que las transportaba, eran las ánforas de estilo cananeo, que almacenaron varios productos, como la trementina (un tipo de aceite vegetal que era utilizado como disolvente), cuentas de vidrio, diferentes variedades de aceitunas, frutas, especias e incluso oropimente, un mineral formado por la combinación de arsénico y azufre que, a pesar de su enorme toxicidad, servía para fabricar pigmento amarillo para pinturas… y por supuesto, venenos. El hecho de que la mayoría de los recipientes fuesen de este estilo hizo pensar que el origen de la embarcación estuvo en algún puerto de la antigua Fenicia, es decir, la franja de terreno mayoritariamente costero que hoy se reparten los actuales países de Siria, Líbano, Israel y Palestina.

En este punto seguramente estaréis pensando «Vale, encontrar todo eso tuvo que estar guay, pero… ¿tanto como para llamarlo "tesoro"? ¿No es un poco exagerado usar ese calificativo?». Tranquilidad, esto no ha hecho más que comenzar. Porque acompañando a todo lo que ya he enumerado, aparecieron un montón de objetos y productos exóticos diferentes. Para empezar, se extrajeron decenas de herramientas como hachas, anzuelos o pesas de balanza (tanto de metal como de piedra), así como espadas, puntas de flecha o puñales fabricados en bronce, con la particularidad de que sus diseños respondían a cuatro pueblos diferentes: egipcios, micénicos, cananeos y chipriotas. Lo mismo se constató en otros elementos, como diferentes sellos de piedra o marfil (de elefante e hipopótamo), en los que se pudieron rastrear de nuevo particularidades mesopotámicas, micénicas y egipcias.



Nisudapi, dominio público, vía Flickr.

Reconstrucción del pecio de Uluburun a tamaño real, en el Museo de Arqueología Subacuática de Bodrum. Se ha realizado un corte frontal para poder observar cómo era el interior de sus bodegas, llenas con ánforas cananeas, pithoi griegas, lingotes, etc.

Algunos de estos objetos llevan incrustadas piezas de metales como hematites, plata o, cómo no, oro. De hecho, hablando de oro, aparecieron casi cuarenta piezas fabricadas en este metal, entre las que destacan varios pendientes (sobresale uno que posiblemente represente a una diosa cuya identidad se desconoce), varios discos, un espectacular cáliz de forma cónica y lo que resultó más fascinante, un «escarabeo» (un amuleto con forma de escarabajo) con el sello de la legendaria reina egipcia Nefertiti donde se lee una leyenda que reza «Nefernefruaten Nefertiti», cuyo significado literal es «Hermosas son las bellezas de Atón. La Bella ha llegado». Y, ojo al dato, es el único que se ha encontrado hasta la fecha que haga referencia a la esposa del faraón Amenofis IV, también conocido por el apodo que se puso a sí mismo: Akenatón. Se trata de algo excepcional, porque hay que tener en cuenta que, durante su reinado, el uso de este tipo de amuletos fue extremadamente raro, y la cantidad que se fabricó en este periodo fue muy pero que muy escasa.



Georges Jansoone (Jojan), CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Colección de algunas joyas y abalorios de oro encontrados en el pecio de Uluburun.

La movida es que algunos investigadores han propuesto que esta singular joya, así como el resto de las fabricadas en metales preciosos (todos muy desgastados por el paso del tiempo en el momento del hundimiento), podían haber estado, o bien destinados a su fundición para la posterior creación de nuevas alhajas, o bien haber formado parte de las pertenencias de alguno de los mercaderes que viajaban a bordo del desaventurado navío.

Y la cosa no termina aquí, ya que, además, se lograron recuperar elementos de lugares muy alejados de la costa de Turquía. Como, por ejemplo, madera de ébano seguramente procedente del centro de África, un cetro/lanza ceremonial que, por sus atributos, se sabe que procede de la zona de la desembocadura del Danubio en el mar Negro, es decir, Europa del Este, y lo que es más flipante, piezas de ámbar originarias de los territorios bañados por el mar Báltico.

Esto último resulta muy relevante, ya que ha permitido conocer el verdadero alcance de las rutas y conexiones comerciales internacionales entre los numerosos pueblos y civilizaciones que se desarrollaron durante la Edad del Bronce, pues, en total, se clasificaron piezas

pertenecientes a, como mínimo, nueve culturas diferentes. Y es que hasta ahora no lo había comentado, pero el análisis y estudio comparativo de todas ellas, tanto del barco como de su cargamento, permitieron concluir que el navío se hundió en una fecha muy cercana al final del siglo XIV a. C. Algo muy importante, pues si habéis estado ojo avizor con lo que os he contado al principio, os habréis dado cuenta de que, con esto, el de Uluburun se convirtió en el pecio más antiguo descubierto hasta la actualidad. Casi nada.

EL TESORO QUE REPOSA EN UN LUGAR LEGENDARIO

El museo de arqueología donde actualmente están expuestas la gran mayoría de joyas y objetos recuperados del pecio de Uluburun está situado en la localidad turca de Bodrum. Sin embargo, esta ciudad no se ha llamado siempre así, ya que su nombre original seguro que te sonará más: Halicarnaso. Sí, la polis griega donde nació el famoso historiador clásico Heródoto y se levantó, por orden de Artemisia II de Caria, la tumba conocida como el Mausoleo de Halicarnaso, en honor a su marido, el sátrapa Mausolo. Se trata de una construcción que fue considerada una de las siete maravillas del mundo antiguo y terminó destruido en el siglo XIV de nuestra era por la Orden de los Caballeros de San Juan para reutilizar su piedra en la construcción del castillo de San Pedro, que aún hoy se mantiene en pie frente a las aguas del Egeo.

10
LA NAVETA DES TUDONS: ¿EL EDIFICIO MÁS ANTIGUO DE EUROPA?

Tras llevar un buen rato viajando por varios rincones del planeta, nos toca hacer la primera parada en España, concretamente, en uno de sus territorios insulares: las Baleares. En esas islas, bautizadas por los antiguos griegos como Gimnesias, comenzó a desarrollarse a finales de la Edad del Bronce (1500 a. C. aproximadamente) una de las culturas más particulares y enigmáticas de este especial periodo protohistórico europeo: la talayótica.

Este nombre procede, precisamente, de una de sus construcciones más representativas, los llamados talayots. Se trata de unas edificaciones, en general de forma de torre circular o cuadrada, que fueron levantadas de modo «ciclópeo» (es decir, con pesadas piedras encajadas unas con otras «a huevo», sin argamasa que las uniera) y que probablemente fueron usadas en muchos casos como atalayas para vigilar o defender posiciones estratégicas. De ahí su denominación, pues el catalán «talaiot» se traduce al castellano como «pequeña atalaya».

Sin embargo, la atención en este capítulo no va a estar enfocada en estos edificios, que en efecto son muy pintorescos y sobre los que se podría hablar un buen rato, sino que lo estará en otras construcciones que también han caracterizado y dado relevancia a esta cultura: las navetas. Las navetas son recintos de uso residencial (y en algunos casos también funerario) bautizados así por su forma, ya que recuerdan al de una embarcación (o nave) al revés. Se conservan, en mejores o peores condiciones, unas cien repartidas por toda la geografía de Mallorca y Menorca, aunque, eso sí, la mayoría y las mejor preservadas se encuentran en territorio menorquín. No obstante, una de estas navetas, por sus propias características y trayectoria histórica, ha despertado especial interés de decenas de historiadores y arqueólogos desde hace siglos hasta la actualidad. Se trata de la Naveta des Tudons, que, traducido al castellano, vendría a ser «la nave de las palomas torcaces». No me digáis que no es un nombre molón. A mí me lo parece.



Sa monea, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

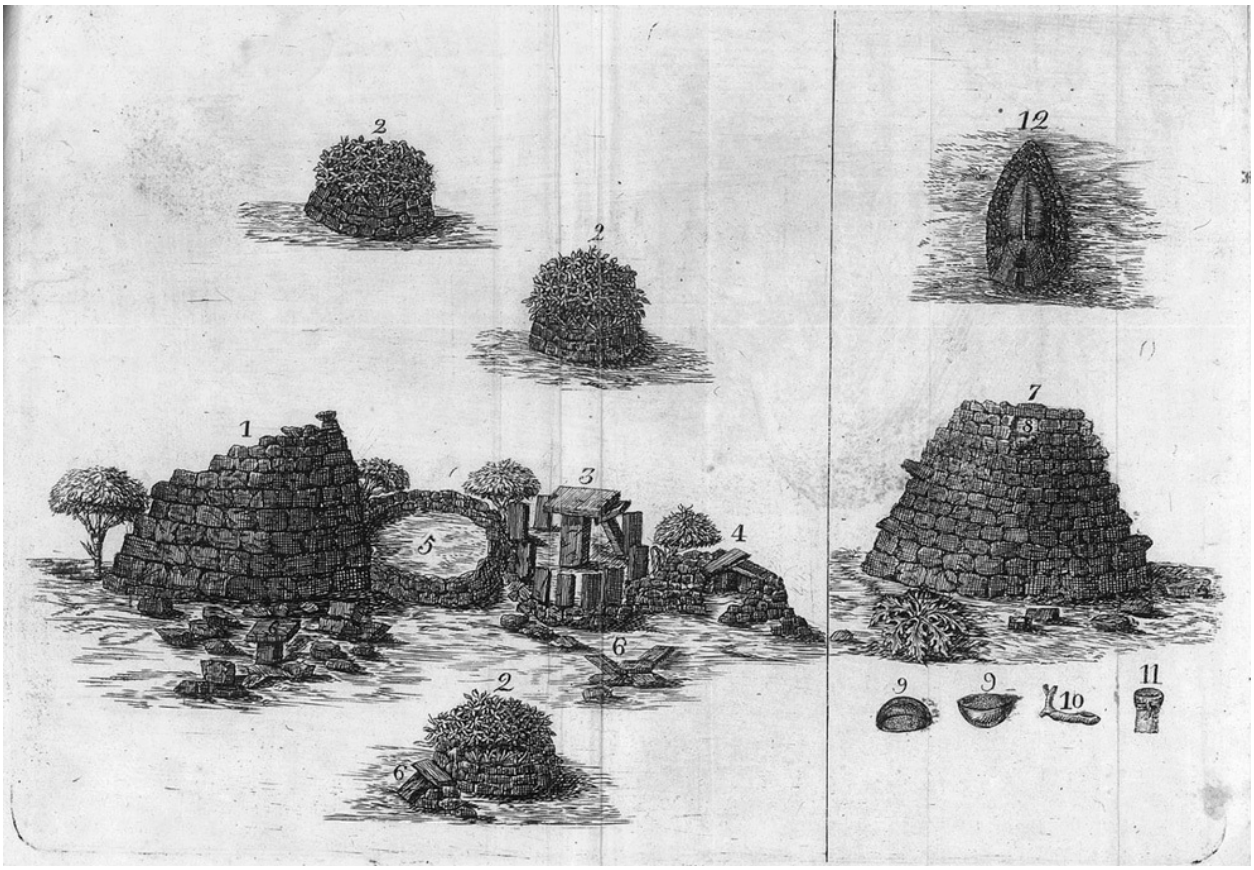
Ejemplo de talayot situado muy cerca de la localidad menorquina de Cornia Nou.

En este sentido, a pesar de que esta edificación de piedra caliza levantada sin argamasa (como los talayots), de unos quince metros de largo, seis metros y medio de ancho y poco más de cuatro y medio de alto, se encuentra en un lugar bastante accesible a pie desde hace siglos (está a apenas seis kilómetros de Ciutadella, la segunda ciudad por habitantes de la isla), no despertó el interés y atención de los investigadores durante casi dos milenios. Fue el escritor, abogado e historiador ilustrado Joan Ramis i Ramis quien la rescató del ostracismo a principios del siglo XIX. Ramis nació en 1746 en la propia Menorca cuando curiosamente esta formaba parte de la corona británica, pues, por si no lo sabíais, esta isla fue cedida junto con Gibraltar al Reino Unido en 1713 tras la firma del Tratado de Utrecht por el que se reconocía oficialmente a Felipe V como rey de España tras una larga guerra de sucesión en la que se vieron implicados numerosos países europeos.

Pero volviendo al asunto que nos ocupa, como he dicho, fue nuestro amigo Ramis el que le dio el primer empujón de popularidad a la construcción tras la publicación en 1818 de su libro titulado *Antigüedades célticas de la isla de Menorca*, considerado hoy por muchos historiadores como la primera obra dedicada íntegramente a la prehistoria de una región española. En ella, el

escritor menorquín hizo un repaso a toda esta etapa narrando, clasificando y, lo que es más importante, describiendo con gran lujo de detalles la apariencia y características de las diferentes edificaciones de la cultura talayótica repartidas por todo el territorio insular.

Como resulta lógico, en su trabajo el ilustrado también se atrevió a proponer diversas teorías sobre el origen de este pueblo, y hasta llegó a relacionarlo con los celtas (de ahí el título) e incluso con elementos extraídos de diferentes relatos bíblicos (con esto ya se le fue un poco la olla evidentemente). De hecho, con respecto a la naveta, al descubrirla y analizarla, propuso que su función estuvo relacionada directamente con el culto a alguna deidad de origen oriental, apostando por la opción de Isis, diosa egipcia que fue asimilada por la cultura grecorromana y cuyo culto fue introducido en las islas y la península ibérica por los propios romanos.



MenorcaArchaeology1, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons (recortada).

Lámina con ilustraciones de varios edificios talayóticos hechas por el propio Ramis y publicadas en su mencionada obra. Se puede observar la planta de la Naveta des Tudons con el número 12 encima.

La interpretación de Ramis es entendible, ya que fue fruto de la época en la que vivió (finales del siglo XVIII e inicios del XIX), cuando era muy común asociar a todos los monumentos

megalíticos una funcionalidad religiosa en la que, en casi todas las ocasiones, los druidas (hechiceros que fueron popularizados por la archiconocida leyenda artúrica), ejercieron un papel protagonista.

Sin embargo, esta visión sobre el monumento, que perduró durante bastante tiempo, quedó definitivamente superada gracias a los trabajos sobre el terreno que llevaron a cabo más de un siglo después, en concreto a finales de la década de los cincuenta del pasado siglo XX, los arqueólogos Lluis Pericot, María Lluisa Serra Belabre y Guillermo Roselló. Estos, tras excavar a fondo todo el recinto, descubrieron que el edificio constaba de dos plantas, una principal a modo de corredor de entrada, y otra inferior, a modo de catacumba; fue en este piso subterráneo donde se dieron de bruces con una gran sorpresa: la aparición de los restos de más de cien personas junto a sus respectivos ajuares, entre los que se hallaron herramientas (morteros o cuencos de cerámica), armas (puntas de flecha o cuchillos) o llamativos abalorios hechos de bronce y hueso (brazaletes, pulseras o colgantes).



Josefito123, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Vista frontal de la Naveta des Tudons, donde se puede observar su construcción utilizando grandes bloques de piedra caliza sin argamasa que las una.

Como resulta evidente, este importante hallazgo consiguió esclarecer de forma definitiva su verdadera funcionalidad: la funeraria. En este sentido, el estudio y análisis en laboratorio de los diferentes enterramientos colectivos permitió conocer que dichas personas no tenían conexiones de tipo familiar y, lo que es más relevante, que el lugar estuvo en uso desde más o menos el año 1200 a. C., cuando se llevó a cabo la primera inhumación, hasta aproximadamente

el 750 a. C., fecha en la que ha sido datada la última. Estamos hablando, por tanto, de que la naveta fue usada durante casi cinco siglos como tumba y ha permitido conocer, gracias al análisis comparativo de los diferentes objetos encontrados, la continua y progresiva evolución tecnológica de los habitantes de la isla desde finales de la Edad del Bronce e inicios de la del Hierro.

Sin embargo, este magnífico lugar tiene una particularidad de la que no hemos hablado hasta ahora y es la que, precisamente, encabeza el título del presente capítulo: la Naveta des Tudons es «vendida» en algunos artículos, webs y folletos como el edificio en pie más antiguo de Europa. Aunque lo cierto es que esta afirmación ha sido bastante discutida por muchos expertos, ya que, suponiendo que sea cierta, obliga sin duda a hacer ciertas matizaciones.

Si bien puede afirmarse que sí es una de las edificaciones en pie mejor conservadas y más antiguas de España (que no la más antigua, ojo, pues el dolmen de Menga, encontrado en la localidad malagueña de Antequera, data del tercer milenio a. C.), en lo que respecta a Europa existen varias construcciones que también tienen una cronología que las sitúa por delante en cuanto a antigüedad. Por ejemplo, la ciudad de Micenas, situada en la península griega del Peloponeso, vivió su etapa de mayor gloria y, por tanto, de esplendor constructivo en torno al año 1300 a. C., aunque se tienen documentadas edificaciones de piedra en el lugar que datan del 2500 a. C. Así, si queremos, podemos remontarnos incluso más atrás en el tiempo, como sucede en el caso del **cairn** de Barnenez, en Francia, construcción funeraria neolítica con una cronología que se remonta en torno al año 5000 a. C.

> *Los cairns son pilas de piedras (o conjuntos de ellas) que se levantaron, generalmente durante épocas prehistóricas, para servir como indicadores geográficos, puntos de referencia o monumentos funerarios. Estas estructuras variaron notablemente en sus dimensiones, desde pequeñas torres de unos pocos centímetros de altura a auténticas estructuras megalíticas de forma tumular que ocuparon decenas de metros cuadrados.*

Sea como fuere, este título, probablemente relacionado más con su duración en «funcionamiento» que con su antigüedad real, no deja de ser anecdótico, pues, como hemos visto, la riqueza e importancia de la naveta reside en la gran cantidad y calidad de la información que ha aportado para el conocimiento de las creencias y los modos de vida en esta etapa tan lejana de la historia de los primeros pueblos que habitaron el archipiélago balear.

LAS TAULAS, EL OTRO GRAN EXPONENTE DE LA CULTURA TALAYÓTICA

Además de los talayots y las navetas, la otra construcción por excelencia que caracterizó a este

pueblo fueron las taulas. Este nombre hace referencia a un recinto de forma absidal (o semicircular), presidido por dos enormes piedras colocadas en forma de T, y que probablemente tuvo una finalidad religiosa. Esta hipótesis se vio reforzada por el hallazgo de varias inscripciones; en una de ellas se hacía referencia directa a las deidades de origen cartaginés Baal, Tannit y Lacese. Lo llamativo es que, a diferencia de las otras edificaciones, de las que podía haber varias en el mismo poblado, taulas solo había una.

11
EL ASOMBROSO TÚMULO DE LAS «AMAZONAS» ESCITAS

Estoy seguro de que lo primero que habéis pensado al leer el título es «Pero ¿qué está diciendo este hippy *colgao*? ¿Una tumba de amazonas? ¿No se supone que eran personajes mitológicos?». Pues sí... y no. Evidentemente, como mito, estas mujeres formaron una civilización de legendarias y fieras guerreras que adquirieron gran importancia en muchos relatos heroicos de la Antigua Grecia, como por ejemplo en la guerra de Troya, donde la amazona Pentesilea se enfrentó con el mítico Aquiles, o en uno de los famosos doce trabajos de Hércules, durante el cual el hijo de Zeus se batió en duelo con la poderosa Hipólita.

A pesar de ello, esta denominación, la de «amazona», se ha usado en ocasiones a nivel histórico para definir, por ejemplo, a cierta casta de mujeres guerreras reales que destacaron en la estructura social de tribus de la Antigüedad, como es el caso de los escitas. El término «escitas» ha servido para definir a un variado conglomerado de pueblos de origen iranio que vivieron en las llanuras y estepas que van desde la actual Ucrania hasta los territorios más allá de los montes Urales, en Asia, y que se caracterizaron, principalmente, por la cría y monta de caballos y, sobre todo, por una intensa actividad guerrera y ganadera basada en el pastoreo nómada.



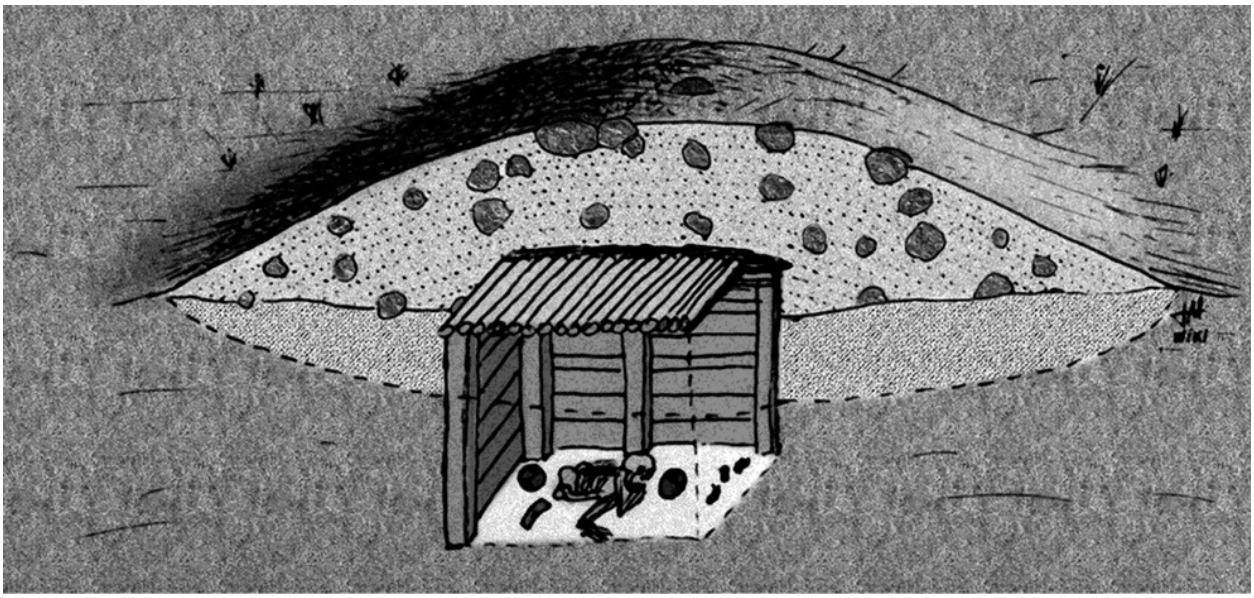
Elaboración propia a partir de una imagen de Staatliche Antikensammlungen de dominio público, vía Wikimedia Commons.

Jarrón griego de figuras rojas del siglo v a. C., donde se representa a una amazona ataviada con la clásica vestimenta escita.

Y esto es importante, ya que esta movilidad temporal que implicaba su dedicación pastoril siempre ha hecho a estos pueblos ciertamente «misteriosos» y esquivos para los arqueólogos por no haber desarrollado muchos emplazamientos fijos. Es por este motivo por el que el descubrimiento, a finales de 2019 a cargo de un equipo de la Academia de Ciencias de Rusia, de un impresionante enterramiento en forma de túmulo, datado aproximadamente hace dos mil quinientos años, cerca de la localidad de Vorónezh —a unos quinientos kilómetros al sur de Moscú y muy cercana al curso del río Don—, ha causado tanto impacto entre los investigadores.

Bien. Pese a que el enorme recinto funerario de Devitsa V, que es como se lo denominó tras las primeras excavaciones, ya era conocido por los arqueólogos desde principios del siglo XXI, las investigaciones científicas en el lugar se intensificaron hace más o menos una década. Gracias a ello se supo que muchos de los sepulcros de ese emplazamiento habían sido saqueados y destruidos hace cientos de años. No obstante, el azar quiso que uno de ellos pasase totalmente desapercibido al ojo humano hasta inicios del pandémico año 2020. Como resulta obvio, enterramientos de miembros de esta cultura ya se habían encontrado con anterioridad, pero de forma aislada, en muy mal estado de conservación y con un solo difunto en su interior. Todos ellos estaban basados en estructuras levantadas con piezas de madera de roble, donde se depositaba al fallecido con su ajuar, y eran posteriormente cubiertas con tierra, lo que les otorgaba su característica forma tumular.

Sin embargo, el túmulo que protagoniza este capítulo es único por varias razones. La más importante es que se trata de la primera estructura escita en la que se ha documentado un enterramiento colectivo en su interior. Concretamente, de cuatro mujeres guerreras, con sus ajuares funerarios completos que, por fortuna, han llegado en unas condiciones de conservación excelentes, lo que, lógicamente, ha aportado una gran cantidad de información nueva sobre las costumbres y estilos de vida escitas. Y no solo eso, pues tal y como manifestó Valeri Guliáyev, el líder del equipo de arqueólogos que dio con el yacimiento, el enterramiento era especial, en lo que a sepulcros escitas se refiere, por algo jamás visto hasta la fecha: la inhumación en un mismo lugar de personas pertenecientes a tres generaciones distintas. Cuando murieron, la mujer más mayor tenía entre cuarenta y cinco y cincuenta años, las dos de edad intermedia, entre unos veinte y treinta y cinco, y la más joven, unos doce o trece.



Locutus Borg, dominio público, vía Wikimedia Commons.

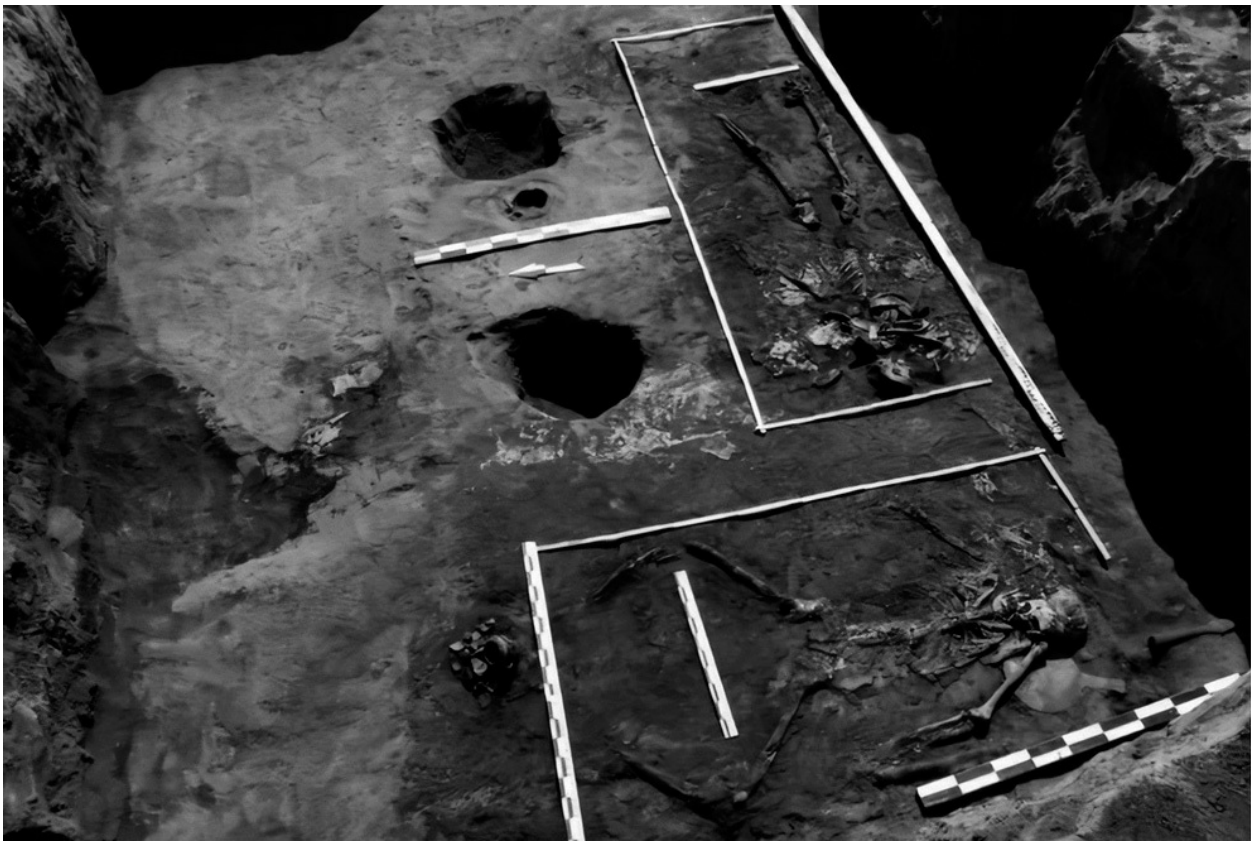
Ejemplo de enterramiento tumular usado por los escitas en el que se construía una especie de cofre de madera, donde se depositaba al difunto con su ajuar para, posteriormente, cubrirlo con tierra.

Por otro lado, en el caso de la mujer más veterana, se mantenía aún sobre la cabeza, y en un estado excepcional de conservación, la diadema ceremonial que solían llevar las guerreras de estrato social superior. Se trata de un complemento del que se tenía registro arqueológico previo, pero del que solo se habían encontrado partes fragmentarias que, en muchas ocasiones, habían llegado a la actualidad muy deterioradas por el paso del tiempo. Como imaginaréis, esto es realmente importante, pues este tipo de adornos, como sucedió en el yacimiento de Varna, se fabricaron con metales de mucho valor en aquellos tiempos, en este caso, una aleación hecha

en su mayor parte de oro a la que, eso sí, se le añadieron otros materiales como plata, hierro y cobre.

Además de lo anterior, otro aspecto que llamó mucho la atención a los miembros del equipo de arqueólogos ruso fue que los restos de una de las dos mujeres jóvenes (junto a los cuales se encontró depositado un espejo de bronce, varias lanzas y un brazalete de piezas de vidrio) estaban colocados en una posición bastante inusual en cualquier inhumación que se precie: la de jinete. Es decir, con las piernas abiertas y arqueadas en forma de herradura. Esto es algo que, por un lado, puede sorprender pero que, por otro, no es extraño, ya que, como he dicho al principio, el uso de caballos para diversos menesteres fue uno de los principales rasgos de identidad de los escitas. No obstante, para intentar explicar esa particular disposición en la tumba, los **antropólogos forenses** que examinaron el cuerpo plantearon que, para lograr mantener esa posición antinatural del cuerpo, seguramente tuvieron que seccionarle varios tendones de las piernas para, entre otras cosas, evitar que el *rigor mortis* posterior al fallecimiento hiciese de las suyas y les estropease el trabajo. Aunque la verdadera incógnita es ¿por qué narices lo hicieron? ¿Por qué se tomaron la molestia de colocarla de esa forma jamás vista antes en un enterramiento de este pueblo? Pues, según la opinión de esos mismos profesionales, por algún tipo de rito de honra u homenaje especial a la fallecida, la cual probablemente tuvo un papel notable dentro de su comunidad.

La arqueología forense es una subdivisión de la antropología forense, ciencia que se encarga de determinar la forma y la causa (o causas) de la muerte de un individuo mediante la observación y el análisis de sus restos óseos. En este caso, la arqueología forense se ocupa de localizar, recuperar y conservar los vestigios humanos hallados en un yacimiento para, si procede, poder llevar a cabo de la mejor manera posible la investigación que determinará, como ya se ha dicho, el motivo de fallecimiento del individuo en cuestión.



Instituto de Arqueología de la Academia de las Ciencias de Rusia, con el que la editorial no ha podido contactar, pero al que le reconoce su titularidad de los derechos de reproducción de la imagen y su derecho a percibir los *royalties* que pudieran corresponderle.

Vista del yacimiento en el que se observan en primer plano los restos de la mujer enterrada con las piernas en posición de jinete.

En este sentido, se tiene constancia histórica de que muchas mujeres escitas ejercieron como jinetes en labores de pastoreo y, lo que es más importante, como protectoras de las aldeas durante épocas de guerra. De hecho, algunos expertos afirman que el papel de las mujeres en esta sociedad fue muy relevante, por no decir capital. Así, ellas asumirían la gestión de la vida cotidiana, la vigilancia del ganado y, en último término, la defensa de los poblados en los que se quedaban, acompañadas de niños y ancianos, mientras los hombres se iban a combatir y saquear a otros lugares.

Pese a todo, y a modo de conclusión, hay que destacar que, junto a la posición de una de las difuntas, el otro gran enigma que ha generado el yacimiento no ha podido responderse por el momento: ¿por qué esas cuatro «amazonas», con edades tan variopintas, fueron enterradas en el mismo lugar y, sobre todo, al mismo tiempo? Se sabe ya por análisis forenses que ninguna de las cuatro presentaba lesiones óseas destacables o mortales, aunque sí se ha conocido que dos de ellas, concretamente las dos de edad intermedia, padecían enfermedades como la

tuberculosis y la brucelosis. Sin embargo, parece muy poco probable que muriesen de dichas enfermedades justo a la vez. Por lo tanto, el enigma seguirá vigente hasta que la ciencia y el avance de las investigaciones permitan resolverlo.

LA TUMBA ESCITA MÁS ESPECTACULAR

A pesar de lo convulsos que están siendo los últimos tiempos para Ucrania, este es uno de los lugares que debéis marcar en el mapa si queréis saber más sobre los escitas. De hecho, en ese país se halló una de las tumbas tumulares más grandes e impresionantes asociadas a miembros de este pueblo, la de Tolstaya Mogila. En ella, aunque fue saqueada parcialmente en el pasado, se documentaron objetos de oro espectaculares, como una espada y un pectoral, así como los restos de la celebración de un banquete y los cadáveres de quienes se cree que formaban parte del séquito (cinco personas y treinta y cinco caballos, cómo no) del personaje enterrado allí, probablemente un jefe o caudillo.

12
LA IDENTIDAD TRAS EL ROSTRO DE LA BICHA DE BALAZOTE

A muchos seguramente les resultará familiar su cara. Otros no la habrán visto en su vida. Sin embargo, uno de los rostros más conocidos de la arqueología ibérica es la que corresponde a la popular escultura conocida como la Bicha de Balazote. Pero ¿qué se esconde detrás de esa fría mirada? ¿A quién representan esas facciones tan simples y al mismo tiempo tan peculiares? Son preguntas que seguro que, alguna vez, al cruzarse con ella, han asaltado a la persona que la contemplaba. No obstante, antes de meternos de lleno en el meollo del asunto, que es resolver esas preguntas, quizá es conveniente responder a otras cuestiones previas que permitirán ponerla en su adecuado contexto.

Para empezar lo primero que hay que hacer es conocer *grosso modo* a los autores de esta obra artística: los íberos. Con este nombre denominaron los antiguos griegos al conjunto de pueblos que habitaban la península ibérica durante la Antigüedad o, para ser más precisos, quienes ocupaban los territorios del sur y el levante, ya que quienes vivían en el centro y el norte de la península, ya desde aquellos tiempos, fueron diferenciados (unos un poco, otros mucho) social, política y culturalmente de los propios íberos. En este sentido, «íbero» hace referencia a Iberia, es decir, el término acuñado también por los antiguos griegos para referirse a los territorios de la península ibérica conocidos por ellos que, como bien he comentado ya, se limitaban al sur y al levante, y donde precisamente habían emplazado alguna colonia que usaban de puesto comercial para hacer negocios con los locales, como es el caso de **Emporion**. Sea como fuere, el uso de este topónimo se generalizó hasta el comienzo de la conquista romana a finales del siglo III a. C., cuando el nombre se sustituyó progresivamente por el de Hispania.

Emporion es el nombre que recibió la colonia griega germen de la actual Ampurias (o Empúries, en catalán), situada en la provincia de Girona. Esta fue fundada por colonos de la región griega de Focea en el año 575 a. C., con el objetivo de comerciar con los pueblos locales. Fue asimilada por

los romanos tras su llegada y conquista de la península en torno al siglo II a. C., que construyeron junto a la colonia original una ciudad de nueva planta que recibió el nombre de Emporiae.

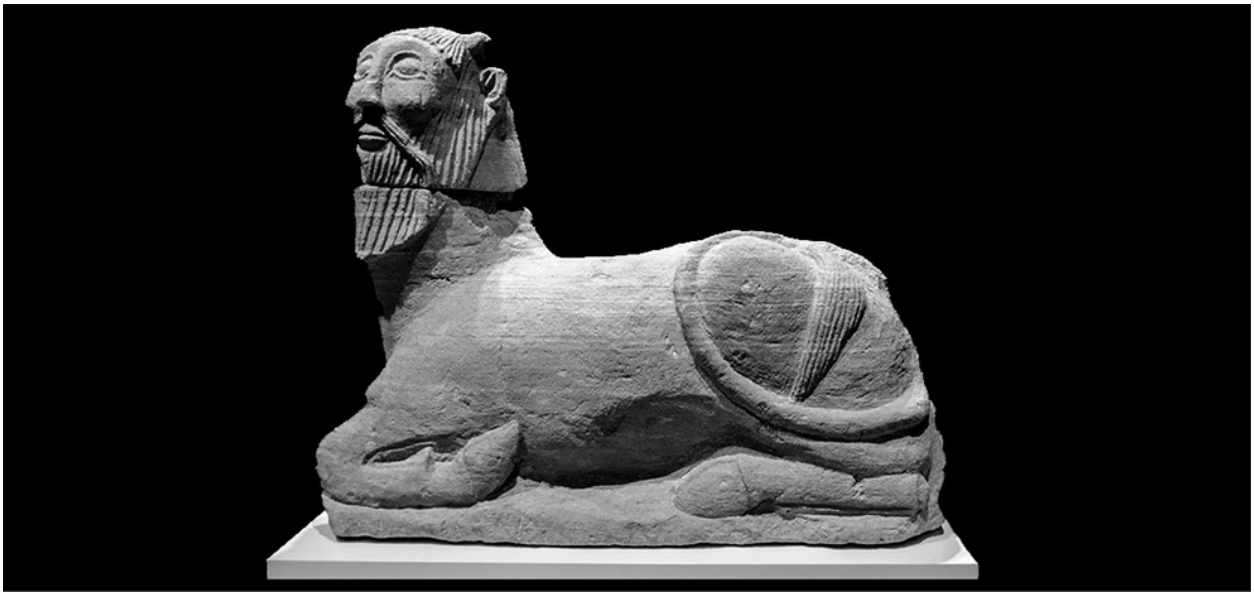
Se puede decir que, a pesar de existir una gran diversidad dependiendo de la zona geográfica que habitaban, todos los pueblos considerados íberos compartieron una serie de rasgos comunes como, por ejemplo, su idioma, sus creencias religiosas o sus expresiones artísticas, como es el caso de la protagonista de este capítulo. Estos pueblos se organizaron en diversas ciudades Estado, en las que primaba una pirámide social totalmente jerarquizada, y conocemos su existencia ya desde, al menos, el siglo VI a. C., gracias, entre otras cosas, a la cantidad ingente de descripciones y referencias escritas sobre ellos que dejaron historiadores clásicos griegos y romanos como Heródoto, Polibio (que vivió en la península ibérica durante un tiempo en torno al siglo II a. C.) o Avieno. Estas referencias escritas se complementan, claro está, con los numerosos hallazgos arqueológicos que han permitido reconstruir y acumular mucha información relacionada con su forma de vida y cultura. Entre dichos hallazgos, como ya os estaréis imaginando, destacan la propia Bicha de Balazote, la famosísima **Dama de Elche** o el conocido como Sepulcro de Pozo Moro.

Conocemos por Dama de Elche a la escultura íbera encontrada en la localidad ilicitana de La Alcudia en 1897. Esta fue adquirida por el Museo del Louvre pero regresó a España intercambiada por otras obras de arte en 1941. Está hecha en piedra caliza y ha sido datada entre los siglos V y IV a. C. A pesar de que en la actualidad no se conserva nada de sus pigmentos, en su origen estuvo policromada y los arqueólogos creen que pudo representar a una mujer que tuvo algún tipo de posición privilegiada entre la sociedad de este pueblo prerromano.

Bien, explicado ya de forma más o menos breve quiénes fueron sus autores, ahora, volviendo a la protagonista del capítulo, tenéis que saber que fue hallada a mediados del siglo XIX de forma totalmente casual en una parcela muy cercana al centro de la localidad manchega de Balazote, situada a apenas treinta kilómetros de la ciudad de Albacete. Dicho lugar, como resulta lógico, le otorga su actual apellido. ¿Y lo de «bicha» de dónde diantres viene? Pues el origen de su curioso mote tiene mucha miga, ya que en castellano «bicho» —y en algunas regiones su femenino, «bicha»— se suele utilizar para definir a cualquier especie de insecto de pequeño tamaño. Sin embargo, su nombre no viene de ahí, ya que resulta obvio que la estatua no tiene aspecto de insecto. ¿Y entonces? Pues el caso es que los primeros arqueólogos que estudiaron

la estatua tras su descubrimiento hace casi siglo y medio eran de origen francés. Y estos, en un principio, pensaron que el animal al que representaba era un ciervo, que en su idioma se denomina coloquialmente «biche». Esto hizo que el término para definirla acabase castellanizándose y transformándose en «bicha», que es como se la conoce desde entonces. El asunto es que su nombre mola un montón… la Bicha de Balazote. Suena extraño y guay a la vez. Espero no ser el único que lo piensa.

Para continuar es conveniente también haceros una breve descripción de la escultura, porque precisamente estudiando sus detalles es como se puede llegar a contestar la pregunta que planteábamos al principio: ¿a quién representa ese rostro tan particular? Pues bien, la bicha es una escultura formada por dos piezas talladas en piedra caliza en torno al siglo IV a. C. y que mide noventa y tres centímetros de largo y setenta y tres de alto. La figura no representa a ningún cérvido, como pensaron inicialmente los arqueólogos franceses del siglo XIX, sino a un toro —sí, un toro—, en este caso androcéfalo, es decir, con cabeza humana. Este se realizó en una posición de reposo, con las piernas delanteras recogidas y las traseras dobladas hacia el vientre, y resalta la prominencia de los huesos de la cadera, así como las pezuñas y la cola. Este hecho demuestra el gran conocimiento y maestría del autor para reflejar de una forma bastante acertada la morfología física de este tipo de animales.



Elaboración propia a partir de una imagen de Ángel M. Felicísimo, CC BY-SA 2.0, vía Wikimedia Commons.

La Bicha de Balazote, expuesta actualmente en el MAN (Museo Arqueológico Nacional).

En cuanto a la parte humana de la estatua, hay que decir que representa la cara de un hombre con una fisonomía muy concreta. Así, lo primero que llama la atención son sus rasgos

geométricos; destacan sobremanera sus grandes ojos de forma almendrada, totalmente inexpresivos, así como la pequeña boca, la llamativa barba y el pelo, tallado utilizando varios surcos rectos. Curiosamente, las orejas no tienen forma humana, sino que son como las del propio toro, y salen de la frente dos incipientes cuernos.

¿Y por qué sabemos que es un toro? Pues gracias a los estudios y conclusiones de diversos expertos, entre los que sobresalen especialmente los del ya fallecido historiador del arte y también arqueólogo manchego Antonio García y Bellido, quien llegó a afirmar en una de sus obras que la estatua era una manifestación física de la influencia en los pueblos peninsulares de los griegos y mesopotámicos. Esta afirmación surgió del estudio comparativo y el análisis de numerosas piezas de arte íbero, las cuales, efectivamente, muestran una notable influencia en sus formas del arte griego, en este caso, en su etapa arcaica, en la que la geometrización de las formas, el hieratismo y la frontalidad fueron señas de identidad, una señas que, en el caso de la Bicha, se pueden ver con bastante nitidez.

A este respecto, cabe decir que la figura no está terminada completamente, algo que ha inducido a pensar a los investigadores que la Bicha pudo estar destinada a ser colocada cerca o, incluso, a ir encajada en la esquina de algún monumento de tipo funerario o religioso, como sucede, por ejemplo, en el Sepulcro de Pozo Moro que mencioné antes, donde aparecen representados unos leones que sirven de elementos decorativos. En ese marco, los expertos han propuesto que esta escultura pudo haber cumplido una función protectora o, por el contrario, representar la fertilidad, ya que, por si no lo sabíais, los antiguos griegos usaron de forma frecuente las estatuas de toros androcéfalos como representación física de los ríos, pues estos animales eran vistos como símbolo de la fecundidad. Y es que tiene lógica, ya que los ríos y, por extensión, el agua, son básicos para la prosperidad y fecundidad de los campos que riegan.

Y aquí, querido lector o lectora, está el quid de la cuestión, pues esto último que he mencionado es la clave para resolver la pregunta que hemos formulado: ¿a quién pertenece el rostro de la Bicha? Según el propio Bellido y otros expertos en su misma línea, la cara de la Bicha podría ser perfectamente la imagen de la divinidad griega Aqueloo, que encarnaba al río homónimo que en la actualidad se conoce como Aspropótamos y que discurre por la región de Épiro, en el norte de la actual Grecia. De hecho, en la mitología helena, este personaje era un oceánida, es decir, la personificación de una divinidad acuática, y no una divinidad acuática cualquiera, ojo, pues esta era la más antigua y poderosa de todas. Es más, aparece mencionada en muchas narraciones clásicas, como algunas escritas por el mismísimo Hesíodo, en las que se cuenta que recibió sus poderes del dios Poseidón, u otras, en las que incluso se habla de que se enfrentó con el famoso semidiós Heracles (también conocido como Hércules que, para el caso, es lo mismo y cuyos «trabajos» he mencionado en el capítulo anterior).



Kordas, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Fotografía del Sepulcro de Pozo Moro, con sus característicos leones encajados como parte de la construcción, que se halla actualmente en el MAN de Madrid.

Curiosamente, se han encontrado diversos restos arqueológicos como varias monedas griegas o mosaicos de época romana, en las que este personaje se representaba…, sí, efectivamente, con cuerpo de toro y cabeza de hombre barbudo al que le salían cuernos de la frente. Es por eso por lo que se cree que, debido al fuerte intercambio comercial y, por supuesto, a la influencia cultural que ejercieron los griegos sobre los íberos, estos acabaron adoptando y asimilando poco a poco diversas divinidades orientales dentro de su propio panteón, entre las que, sin duda, estuvo Aqueloo, que quedó probablemente inmortalizado para siempre en uno de los rostros más amables y «memeables» de la historia de la arqueología.



Marie-Lan Nguyen, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Cerámica de figuras rojas griega en la que se representa a Aqueloo, en su forma de hombre toro, embistiendo a Heracles.

LA LEONA EN MEDIO DEL OLIVAR

Una de las particularidades que tienen las esculturas íberas es que, a veces, han sido descubiertas en lugares realmente inesperados, sobre todo, debido a la gran extensión de terreno que ocupó este pueblo en la península ibérica. Como ejemplo ilustrativo de ello tenemos el hallazgo fortuito, a finales de 2020, por parte de un agricultor cordobés mientras araba su finca de olivos, de una impresionante leona íbera que ha sido fechada por los expertos en el siglo IV a. C. Se trata de una figura de gran tamaño y de bella factura que muestra a dicho animal devorando a una presa, y que actualmente se conserva en el Museo Arqueológico de Córdoba.

13
LA IMPACTANTE «HECATOMBE» TARTÉSICA DE EL TURUÑUELO

Con el siguiente yacimiento no nos alejaremos mucho de mi amada «bicha», ya que el espectacular lugar del que ahora os hablaré se halla también en suelo ibérico. Sin embargo, este no pertenece a los íberos, sino a otro pueblo que se desarrolló, aproximadamente, en el territorio que ocupan las actuales provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz, y que se extendió después por las de Badajoz y Cáceres, desde más o menos la última etapa de la Edad del Bronce en la península ibérica, es decir, entre el 1200 y el 900 a. C., hasta en torno a la mitad de la Edad del Hierro que, en esta región, viene a ser más o menos el 500 a. C. Estoy hablando de la conocida como civilización tartésica. Una denominación que, por otra parte, proviene de «Tartessos», nombre que los antiguos griegos usaron para referirse a la que consideraron la primera civilización de Occidente y con la que tuvieron estrecho contacto comercial antes y, sobre todo, después de fundar algunas de sus colonias en la costa levantina peninsular, como la ya mentada Emporion (Ampurias) y Rhode (Rosas).

Para poneros en contexto, debéis saber que este pueblo o civilización (pues existe también un intenso debate sobre este tema), durante mucho tiempo, resultó muy esquivo al trabajo de los historiadores, y muchos de los conocimientos que se tenían —por ejemplo, cómo desarrollaron sus actividades económicas, quiénes fueron sus gobernantes o a quién rendían culto— se adscribieron a fuentes clásicas como las proporcionadas por historiadores como Heródoto o Tucídides, y a un puñado de yacimientos arqueológicos espectaculares repartidos por las regiones que he mencionado antes, como es el caso de Aliseda, en Cáceres, o El Carambolo, en Sevilla.

Sin embargo, en las últimas décadas se han producido numerosos hallazgos que han proporcionado cada vez más y mejor información que, entre otras cosas, ha permitido establecer, por ejemplo, que los tartésicos gozaron de un notable desarrollo urbanístico, que fueron excelentes metalúrgicos —pues dominaron magistralmente la forja y artesanía de algunos materiales como el oro, la plata o el hierro— y que, por ese motivo, sus productos

fueron muy cotizados y demandados dentro del intenso flujo comercial que unía la península ibérica, gracias a los mercaderes fenicios y helenos, con otros puntos importantes del Mediterráneo como la península itálica, Grecia y Oriente Próximo.



(Izquierda) Archivo Fotográfico del Museo Arqueológico Nacional, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons; (derecha) VIATOR IMPERI from HISPANIA, CC BY-SA 2.0, vía Wikimedia Commons.

Ajuares encontrados en el yacimiento de Aliseda (izquierda) y El Carambolo (derecha).

De hecho, una de las características más importantes que se ha podido conocer sobre ellos es el fuerte carácter orientalizante que tuvo su cultura, con producciones materiales y creencias religiosas muy influenciadas por la llegada a Iberia de gentes procedentes del Levante mediterráneo, como es el caso de los ya mencionados griegos y, cómo no, de los fenicios, que en su frenética actividad mercante fundaron también colonias próximas a sus territorios como Malaka o Gadir (las actuales Málaga y Cádiz, respectivamente). Sin embargo, una de las cuestiones que más quebraderos de cabeza y más controversia ha generado a todas las personas que se han dedicado al estudio de la cultura tartésica es, sin duda, su enigmático final, ya que, durante el siglo V a. C. cesaron súbitamente todas las referencias en fuentes escritas. ¿Y se sabe exactamente por qué?, os preguntaréis. Pues, a ciencia cierta, no. Aunque sí se han propuesto varias explicaciones, como la que asegura que pudieron ser destruidos por la invasión de los cartagineses, la que plantea que sufrieron un colapso económico por el agotamiento de las minas de donde extraían sus metales, o la que expone que la suspensión de las rutas comerciales que unían por mar a Tartessos con otras civilizaciones hizo que su fuente principal de riqueza, el comercio, desapareciera y la abocase a la decadencia.

Sea como fuere, a pesar de que el sitio ya se tenía más o menos fichado desde la década de los noventa, el inicio de unas excavaciones en Guareña, en la provincia de Badajoz, dentro del conocido como proyecto Construyendo Tarteso, liderado actualmente por los arqueólogos del

CSIC Sebastián Celestino y Esther Rodríguez, ha conseguido aportar algo de luz, y alguna que otra incógnita más, sobre cómo pudieron vivir los tartésicos los estertores de su civilización.

Dicho yacimiento, muy cerquita de la ribera derecha del río Guadiana, se conoce como El Turuñuelo de Guareña o Casas del Turuñuelo. Se trata de un enorme túmulo de más de una hectárea datado en el ya citado siglo V a. C., en el que, en las primeras excavaciones en 2015, y durante dos campañas más —en 2017 y 2018—, se descubrió una imponente edificación tartésica que aún conserva los dos pisos originales, algo nunca visto antes en todo el Mediterráneo para las fechas en las que nos encontramos, y lo que es más importante: en un excepcional estado de conservación. De hecho, estaba en tan buenas condiciones que aparecieron un montón de «cositas» en su interior que, literalmente, dejaron boquiabiertos a los que trabajaban sobre el terreno.

En primer lugar, se descubrió que algunas de las paredes del segundo piso, levantadas con ladrillos de adobe, estuvieron enlucidas en diferentes tonalidades como el blanco, el gris o el rojo. Dicho nivel estaba distribuido en varias salas a las que se accedía pasando por un pequeño vestíbulo central cuya techumbre estaba al descubierto, seguramente para que entrase la luz diurna e iluminase el interior del edificio. El caso es que esa pequeña sala, que lo más probable es que sirviera de recibidor, daba paso a tres estancias bien diferenciadas y a una enorme escalinata que conducía al piso inferior, donde apareció un gran patio exterior.



© Construyendo Tarteso (Instituto de Arqueología de Mérida).

Recreación en 3D del yacimiento en la actualidad y reconstrucción también virtual del aspecto que pudo tener en su momento.

Dicho esto, cabe comentar que, en la primera de esas salas —para que vayáis abriendo apetito, y nunca mejor dicho—, se descubrieron infinidad de indicios que llevaron a pensar que en el recinto de El Turuñuelo se celebró un gran banquete, ya que se encontró una curiosa

parrilla hecha de bronce, algunos jarrones fabricados con el mismo material, así como ollas, cazuelas, copas, varios cuchillos de hoja **afalcatada** y numerosos restos de vasijas y platos rotos de bella factura, que probablemente se depositaron de forma voluntaria en una de sus esquinas tras la comilona. En este sentido, en ese habitáculo hay una entrada a otra sala contigua tapiada que, en el momento en el que estoy escribiendo este capítulo, aún no ha podido ser excavada y analizada. No obstante, los arqueólogos del CSIC, ante las evidencias que han encontrado, apuestan por que esa habitación fue precisamente el lugar exacto del edificio donde tuvo lugar el festín, algo que seguramente confirmarán (o descartarán, vete tú a saber) cuando completen sus trabajos en el lugar.

> *El término «afalcatado» hace referencia a un tipo concreto de arma de origen íbero: la falcata, una espada característica por tener el filo ligeramente curvado. Curiosamente, el término «falcata» no fue acuñado por sus propios creadores, sino por el arqueólogo y también historiador Fernando Fulgosio a mediados del siglo XIX. De hecho, historiadores clásicos como Polibio o Séneca bautizaron estas espadas íberas con el nombre de machaera hispaniensis, en alusión a su parecido con la machaira griega, caracterizada también por la ligera curvatura de su hoja.*

En el segundo habitáculo, situado justo enfrente del que acabo de describir, aparecieron los restos de tres braseros fabricados en bronce y, lo que es más misterioso, los restos sepultados de un hombre. Pero ¿qué tiene de misterioso el enterramiento *random* de un señor, si en el mundo de la arqueología los hay a patadas? Pues el hecho de que encontrar algo así es extremadamente raro en el mundo tartésico, porque su ritual funerario se basaba en la incineración y no en la inhumación de los restos mortales de los difuntos. ¿Quién era esta persona? No se tiene nada claro aún, pero los análisis de sus dientes y huesos y, por supuesto, de su ADN, permitirán revelar muchas cosas sugerentes sobre cómo fue la vida que pudo tener, qué dieta seguía o, lo que es más interesante, la causa de su fallecimiento.

La tercera estancia, mucho más grande que las anteriores, también brindó varias sorpresas. A ella se accede por una entrada monumental y, aunque se hallaron algunos objetos similares a los que ya hemos detallado —caso de ollas o platos—, lo que la hace destacar notablemente por encima de sus «vecinas» es la aparición entre sus muros de los escombros de lo que en su día fue un altar en forma de piel de toro (muy común en otros santuarios tartésicos), sobre el cual se certificó la existencia de restos carbonizados de la piel de un animal, la construcción de una especie de pileta encajada a ras de suelo de casi un metro de profundidad y lo que resultó más críptico: una especie de bañera o sarcófago, quién sabe, de poco más de metro y medio de

largo y casi medio metro de ancho, que reposaba sobre una plataforma que lo elevaba por encima del nivel del suelo. Ahora bien, aunque lo anterior ya de por sí es flipante, la información más trascendental sobre ese espacio la reveló un montón de ladrillos cocidos que estaban justo en el centro. Dichos bloques invitaron a pensar que la estancia estuvo cubierta por una especie de «falsa bóveda», una técnica constructiva que no se había documentado en ningún yacimiento, ya fuese tartésico o no, en la península ibérica antes de la llegada de los romanos.

Y como colofón, tengo que hablaros de la gran escalinata y, cómo no, del patio al que se llega bajando por ella. Con respecto a la primera, debéis saber que consta de once peldaños extremadamente bien conservados que, en total, miden casi tres metros de altura y poco más de tres de ancho, lo que también la hace única en su especie. Sin embargo, el análisis de su composición reveló algo que, de confirmarse definitivamente, haría volar por los aires una creencia que hasta ahora parecía contrastada a nivel arqueológico: que los romanos habían sido los primeros en introducir en suelo peninsular el uso del mortero de cal como material de construcción. Y es que la escalinata parece que fue levantada usando, entre otras cosas, este mortero como aglutinante de sus piezas. ¡Boom!

Pero, esperad, que el patio os va a dejar literalmente descolocados. Resulta que, a nivel del suelo, se desenterraron en toda la superficie del piso los cadáveres sacrificados de cincuenta y dos caballos, cuatro bóvidos —probablemente bueyes—, dos cerdos y un perro. Una auténtica «hecatombe» animal que, como seréis capaces de imaginar, en el momento en el que se celebró tuvo que infundir en el espectador una imagen realmente… impactante, por no decir otra cosa menos suave. Aunque, ojito, porque en palabras de los responsables de la excavación, al haber muchos cuerpos apilados unos encima de otros, el número total de animales muertos podría ser incluso mayor. Lo trascendental del asunto es que, si bien este tipo de sacrificios multitudinarios se conocían por referencias en fuentes escritas antiguas, no se había descubierto hasta ese momento ningún yacimiento en todo el Mediterráneo donde se hubieran constatado pruebas físicas de ellos. Casi nada.



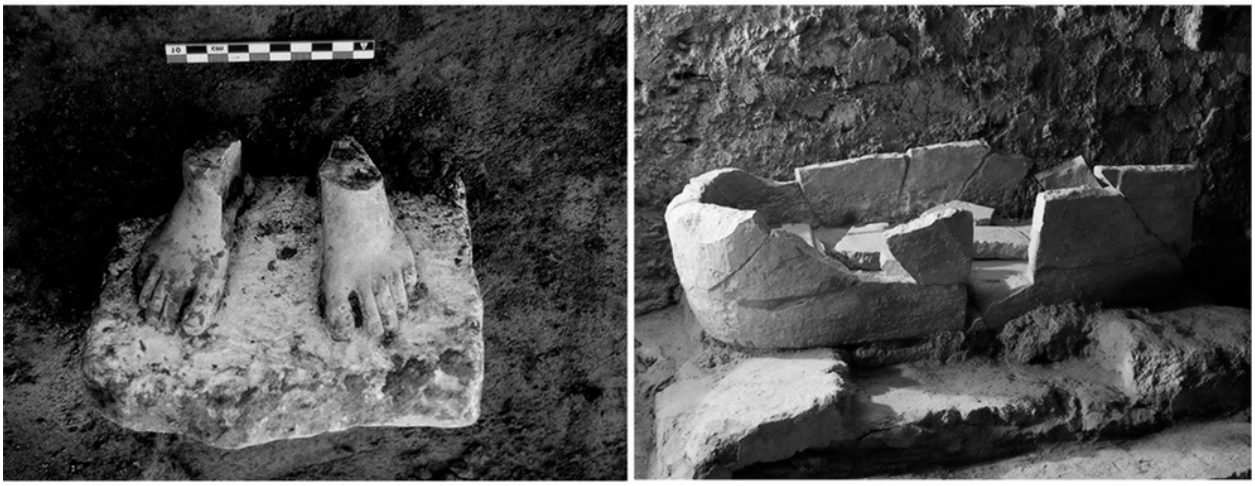
© Construyendo Tarteso (Instituto de Arqueología de Mérida).

Fotografía de la excavación con la «hecatombe» en primer plano y la gran escalinata en segundo.

Pero es que, en el patio, los arqueólogos no solo se toparon con eso. No, no, no. Hubo más. Ya que, cerca de la escalinata, aparecieron varios objetos hechos de pasta vítrea y vidrio de origen macedónico y, lo que es más loco, un pedestal con los pies de una estatua hecha con mármol procedente, nada más y nada menos, que del monte Pentélico que, por si no lo sabíais, está situado muy cerca de Atenas. Repito, Atenas. Un lugar que queda un poco apartado de Badajoz, la verdad. La movida es que esta escultura, por la cronología en la que se encuadra el edificio (recordad, siglo V a. C.), se ha convertido en la más antigua de origen griego documentada dentro de las fronteras ibéricas, arrebatándole el título, *de facto*, a la del dios Asclepio encontrada en Ampurias y que está datada en el siglo II a. C. Brutal, ¿verdad?

Para concluir —y aún no lo he dicho—, un hecho que favoreció que todo el edificio se conservase en tan buen estado fue que, antes de abandonarlo, los tartésicos que hicieron uso de él por última vez lo incendiaron y, una vez calcinado su interior, lo taparon y ocultaron a propósito concediéndole al lugar su característica forma tumular. Es más, se cree que la

celebración del banquete y la «hecatombe» en el patio pudieron tener un significado ritual seguramente relacionado con la «ceremonia de clausura», enterramiento y abandono definitivo del recinto, lo que plantea la gran incógnita: ¿por qué? Es decir, ¿por qué los tartésicos incendiaron, sepultaron y abandonaron muchos de sus edificios para luego desaparecer misteriosamente? Pues merece la pena mencionar que El Turuñuelo no es el único recinto tartésico en el que se ha podido documentar este «ritual».



© Construyendo Tarteso (Instituto de Arqueología de Mérida).

Pedestal con los restos de la escultura griega y bañera/sarcófago ceremonial encontrados en el interior del yacimiento.

Solo el arduo y concienzudo trabajo de los investigadores en yacimientos como el de Guareña conseguirá brindarnos (esperemos que en un futuro no muy lejano) las respuestas. Pues hay algo claro, y es que este lugar ha arrojado una gran cantidad de datos, algunos insólitos, que han permitido sumar nuevas piezas al enorme y misterioso rompecabezas que supone para los arqueólogos el final de la civilización tartésica.

UN ALFABETO INDESCIFRABLE... POR EL MOMENTO

Otra de las particularidades de Tartessos es que su escritura sigue siendo indescifrable. No obstante, la aparición en la zona del Algarve portugués y el tramo bajo del Guadalquivir de varias lápidas con unas inscripciones basadas en un signario mixto silábico-alfabético, cuyo significado nos es desconocido, ha hecho que algunos investigadores apuesten por él como su posible representación. Sin embargo, otros expertos se muestran más prudentes y no siguen esta tesis, cuestionando incluso que realmente se trate de elementos tartésicos, pues el lugar donde han aparecido no está ni siquiera dentro de los límites geográficos asociados a esta civilización.

14
EL MECANISMO DE ANTICITERA: ¿UN «ORDENADOR» EN LA GRECIA CLÁSICA?

Probablemente al leer el título habréis pensado que se me ha ido la pinza y, la verdad, no os culpo. Pero es que lo que os voy a contar en las siguientes líneas os va a maravillar.

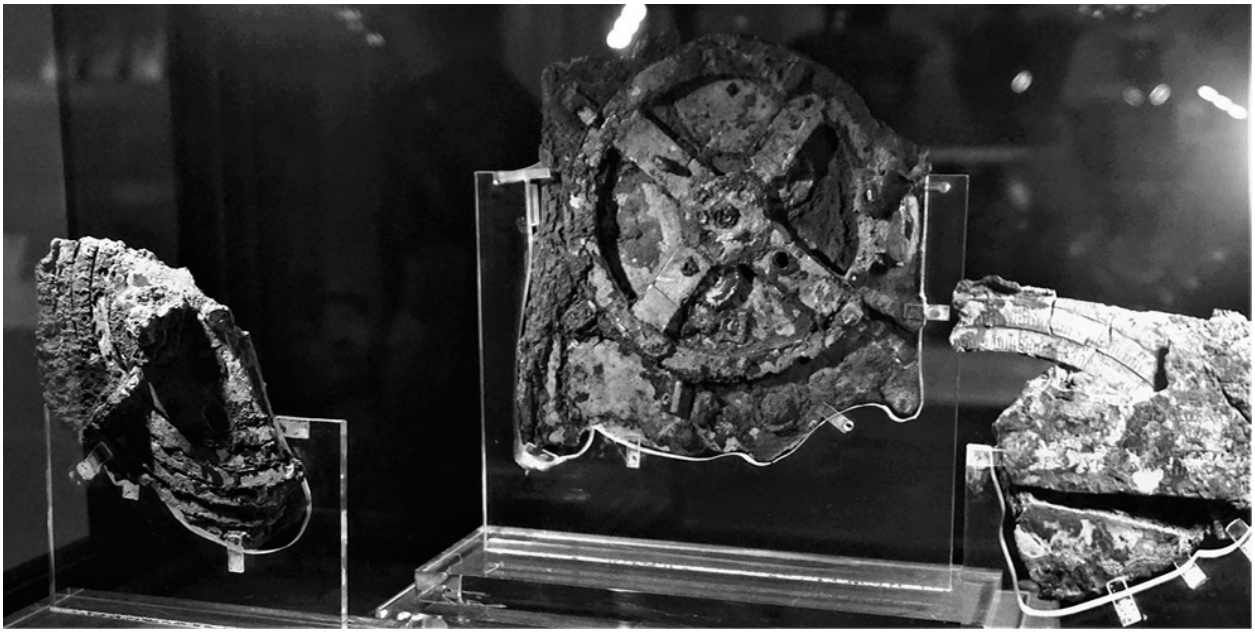
A mediados de 2021, se dieron a conocer en la prestigiosa revista científica *Nature* los resultados preliminares de una investigación llevada a cabo por un equipo multidisciplinar perteneciente al University College de Londres en los que se afirmó que se había conseguido descifrar por completo, gracias a una detallada recreación 3D, el complejo funcionamiento del asombroso y extraño objeto conocido como «Mecanismo de Anticitera».

Este, desde su descubrimiento bajo las aguas del Egeo hace poco más de un siglo, ha ido despertando en los historiadores, arqueólogos y científicos innumerables preguntas que, por fin, tras décadas de estudio y análisis, parecen haberse resuelto en su totalidad. Eso sí, antes de llegar a ese momento cumbre donde se pone la guinda al pastel, quizá es preciso poneros en contexto y explicaros a grandes rasgos qué es este objeto y la trayectoria que ha vivido desde su hallazgo para que os deis cuenta de la magnitud e importancia a nivel histórico y tecnológico que toda esta movida tiene detrás.

Bien, el Mecanismo de Anticitera es un objeto fabricado con piezas de cobre y estaño que, probablemente, estuvo recubierto por un estuche rectangular de madera y al que le faltaban varias partes por la corrosión que había sufrido al pasar miles de años sumergido. Sí, sumergido, pues fue descubierto en 1901 por unos pescadores de esponjas cerca de la isla griega de Anticitera —de ahí su nombre—, entre los restos de un naufragio de un barco romano que, por las pruebas a las que se sometió, tenía una antigüedad aproximada de unos dos mil años.

El asunto es que el aparato en sí dejó realmente en shock a los primeros expertos que lo vieron, ya que, por su particular apariencia, los restos parecían pertenecer a una especie de máquina mecánica, hecha con decenas de engranajes que, en apariencia, podía tener relación con la predicción y cálculo exacto de fenómenos astronómicos como la posición u órbita de algunos astros o planetas, o algo mucho más espectacular y, sobre todo, más difícil de predecir:

los eclipses solares y lunares.



Joyofmuseums, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Fragmentos originales del Mecanismo de Anticitera, expuestos en el Museo Arqueológico de Atenas.

El hallazgo fue muy importante porque hay que tener en cuenta que, hasta ese momento, se pensaba que aparatos tan complejos y con una tecnología tan precisa no se habían empezado a fabricar de forma habitual hasta más o menos los siglos XV y XVI, cuando aparecieron los primeros relojes mecánicos que llevaban en su interior enrevesados sistemas de piezas y engranajes que conseguían medir con gran exactitud el tiempo. Vamos, que este descubrimiento obligó a plantearse la posibilidad de que la idea que se tenía hasta entonces sobre los logros y conocimientos en cuanto a astronomía y, en especial, ingeniería que tuvieron algunas civilizaciones antiguas, principalmente los griegos, podía estar bastante equivocada.

Sin embargo, como he comentado, el Mecanismo, en el que venían talladas numerosas inscripciones, apareció muy deteriorado y fragmentado y solo se pudieron recuperar ochenta y dos piezas —siete de ellas más grandes y significativas—, pertenecientes casi todas a su parte posterior, por lo que, al menos al principio, parecía casi imposible lograr entender su funcionamiento y verdadera utilidad. Por ese motivo, ante la falta de medios para descifrarlo, el objeto quedó relegado a una simple curiosidad y rareza histórica en el Museo Arqueológico de Atenas durante unas cuantas décadas. Concretamente hasta los años setenta del pasado siglo, cuando el físico, historiador y profesor de la Universidad de Yale Derek J. de Solla Price y el físico nuclear Charalampos Karakalos, muy interesados desde hacía tiempo en aquel extraño

objeto, lo rescataron de su ostracismo para someterlo de nuevo a diversas pruebas científicas como rayos X y gamma y, de esta forma, intentar traer a la luz muchos de los secretos que escondía.

Gracias a lo anterior, estas primeras investigaciones, a pesar del mal estado de muchos fragmentos provocado por la corrosión, consiguieron establecer que el Mecanismo fue fabricado probablemente a finales del siglo II o inicios del I a. C. y que varias de las inscripciones que se distinguían en él eran referencias a calendarios, como el egipcio, y curiosamente a instrucciones de uso —sí, sí, como las que vienen ahora en todos los muebles de Ikea—. Eso sí, estas estaban escritas en griego antiguo con algunos rasgos dialectales de otro idioma usado en la zona: el corintio.

Además de esto, se pudo conocer, gracias a otras inscripciones que fueron poco a poco apareciendo tras el tratamiento en laboratorio de las piezas, que el complejo artefacto contó con un extraordinario sistema de discos con varias agujas, como las de los relojes, que permitían marcar y predecir la posición de diferentes constelaciones y símbolos zodiacales, ciclos lunares y solares, órbitas planetarias como las de Venus, Júpiter o Saturno e incluso —agarraos— las fechas exactas de ceremonias importantes para los griegos como la de los Juegos Panhelénicos —entre los que destacaron los **Ístmicos**, celebrados en el istmo de Corinto, de ahí su nombre— o, cómo no, los archiconocidos Olímpicos, de los que no hace falta mucha presentación. No sé qué pensaréis vosotros, pero a mí esto me parece realmente brutal.



Juanxi, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons (recortado).

Una de las piezas en las que se observan algunas inscripciones en griego antiguo grabadas sobre su superficie.

Pues, esperad, que la cosa no acaba aquí, ya que, gracias al examen concienzudo de las ya

mencionadas inscripciones, piezas, discos e incluso dientes de cada engranaje, se acabó obteniendo una relación directa con una serie de números que gozaron de gran significación para los antiguos helenos: el 127, el 233 y el 235. Estas cifras estaban ligadas, por supuesto, a varios fenómenos astronómicos concretos que eran muy célebres en varias civilizaciones de la Antigüedad. Por ejemplo, el 235 tenía relación con los ciclos u órbitas lunares, pues en uno de los fragmentos se encontró una referencia clara al llamado ciclo metónico; así, este número marcaba los 235 meses que tardaba la Luna en tener exactamente la misma posición y fases en el firmamento con relación a la Tierra en los mismos momentos del año. Por su parte, el 233 se relacionaba con el mismo número de ciclos lunares que debían pasar, tras tener lugar un eclipse, para que probablemente se produjera otro igual.

> *Los Juegos Ístmicos fueron uno de los cuatro juegos panhelénicos que se celebraban de forma regular en la Antigua Grecia junto con los Nemeos, los Píticos y los archiconocidos Olímpicos. Estos tenían lugar cada dos años durante la primavera en honor al dios Poseidón en el istmo de Corinto —de ahí su nombre—. Además de contar con competiciones puramente atléticas y gimnásticas, a partir del siglo IV a. C. empezaron a integrar también concursos poéticos y musicales.*

Siguiendo con lo anterior, hay que destacar también los análisis que se hicieron en 2005, donde gracias a una tomografía computerizada de rayos X, vamos, un TAC, se consiguió por fin descifrar correctamente el funcionamiento exacto de su parte trasera, y los de 2016, cuando se consiguió desentrañar el significado de algunas inscripciones que aludían a los cálculos en años de los ciclos orbitales de Venus (462) y Saturno (442); algo impactante, pues no se tenía constancia hasta ese momento de que los antiguos helenos conociesen estos datos. Y eso que sabían mogollón de cosas, por supuesto. Pero esto en concreto, aparentemente, no.

Pero, bueno, llegados a este punto, se puede decir, de una forma muy resumida y simplificada, que, gracias a los numerosos estudios que se han ido sucediendo a través del tiempo, se ha podido concluir que el Mecanismo de Anticitera fue una especie de primitivo «ordenador» (recalco aquí las comillas) que podía predecir con bastante precisión, aunque faltasen años para que tuvieran lugar, numerosos fenómenos importantes relacionados con la astronomía.

Peeero, a pesar de tener sobre el tablero toda esta información, que ya de por sí es increíblemente relevante…, debido a que al Mecanismo le faltaban numerosas partes, los investigadores seguían sin poder dar respuesta al interrogante más importante: cómo era la

estructura interna de la máquina y, sobre todo, cómo fueron capaces de construir y ensamblar las piezas y engranajes, algunos de un tamaño diminuto, para poder llegar a hacer esos cálculos de una forma mecánica y precisa. Pues, repito, y he aquí lo impresionante, estamos hablando de un cacharro técnicamente complejísimo que se construyó y funcionó a la perfección hace más de dos mil años.

En este punto es donde entrarían las conclusiones del estudio con el que he abierto este capítulo. Estas, tras más de un siglo de incógnitas y duras investigaciones, van a ayudar a resolver casi todas ellas, arrojando luz a los últimos interrogantes relacionados con uno de los objetos más misteriosos de la historia de la arqueología. Así, el equipo del University College, liderado por el experto y prestigioso doctor Tony Freeth, ha conseguido elaborar, basándose en todos los estudios previos, y en la forma y estructura de las piezas ya conocidas de la parte trasera, un preciso modelo 3D que recrea con exactitud el funcionamiento de cada engranaje y la esfera giratoria de su desconocida parte frontal, añadiéndole una pequeña pieza hasta ahora desconocida de sesenta y tres dientes que ha permitido, por primera vez, ajustándose a su tamaño y forma original, explicar físicamente cómo funcionaba el mecanismo por dentro y cómo podía calcular con tanta exactitud los eclipses, la órbita de los cinco planetas conocidos en aquellos tiempos, así como, por supuesto, del Sol y la Luna a través de los símbolos del zodiaco en el firmamento.



Freeth, T., Higgon, D., Dacanalis, A. et al., CC BY 4.0, vía Wikimedia Commons (retocada).

Reconstrucción propuesta por el Dr. Freeth con la que supuestamente se resolvería el misterio del funcionamiento del Mecanismo de Anticitera.

No obstante, hay que decir que esta es solo la primera parte de la investigación, pues el siguiente paso para los investigadores será llevar ese modelo 3D a la realidad, fabricando para ello una a una todas las piezas y montándolo desde cero. Por lo tanto, habrá que estar atentos los próximos meses a los avances de este equipo porque, tal y como comenté unas líneas más arriba, su hallazgo podría confirmar definitivamente que el nivel de desarrollo tecnológico que tuvieron los antiguos griegos fue muy superior a lo que se había creído desde hace siglos, obligándonos de esta forma, y una vez más, a reescribir todos los libros de historia. No sé qué opinión tendréis después de todo lo que os he contado, pero a mí este tipo de descubrimientos me ponen la piel de gallina y me hacen enamorarme más aún de mi disciplina.

LA CONEXIÓN ENTRE EL MECANISMO Y JACQUES COUSTEAU

Curiosamente el carismático navegante y científico francés Jacques Yves Cousteau (1910-1997), entusiasmado por todo lo relacionado con el Mecanismo de Anticitera, encabezó en el año 1976 una expedición a bordo de su legendario Calypso en la que logró recuperar varios trozos más del aparato, así como algunos huesos humanos (posiblemente de los tripulantes del navío en el que iba), dando un impulso a las investigaciones sobre el mismo a finales de la década de los setenta.

15
EL TURBIO SECRETO TRAS EL HOMBRE DE TOLLUND Y EL HOMBRE DE LINDOW

Algo que la ciencia arqueológica ha permitido conocer a través del tiempo es que el ser humano esconde secretos. Algunas veces luminosos, con hallazgos que, por ejemplo, han facilitado observar de una manera física el cariño y el respeto que se tenía por algunos miembros de la familia o la comunidad a los que se dio sepultura; otras veces, tremendamente oscuros, pues revelaron episodios marcados por la violencia y el infortunio que sufrieron las personas que los protagonizaron.

Lo curioso es que, en ocasiones, para que esto sucediera, tuvo que entrar en juego una aliada inesperada: la propia naturaleza. Gracias a procesos naturales derivados de una climatología extrema —como ocurre en los desiertos, donde la aridez y la sequedad del ambiente han sido fundamentales en la conservación de, por ejemplo, las momias de Chinchorro de las que hablamos en el capítulo 2—, se han podido documentar yacimientos realmente espectaculares y, por qué no decirlo también, inquietantes. Sin embargo, en ocasiones, el proceso es el inverso, ya que esos hallazgos se han producido en zonas pantanosas pero con nula presencia de oxígeno y otros componentes necesarios para la descomposición natural de los cuerpos. Es el caso de las turberas, un tipo de humedal formado por la putrefacción y carbonización parcial de vegetación en aguas con altos niveles de acidez. Muchas veces, corresponde con la primera fase de formación del carbón, de ahí que, desde hace décadas, de ella se extraiga, valga la redundancia, la turba, que se emplea mayormente como combustible y fertilizante tanto para uso doméstico como industrial. ¿Y por qué os cuento este rollo? Pues porque fue en unas turberas donde tuvieron lugar los dos descubrimientos de los que os quiero hablar.

Para conocer el primero de ellos debemos viajar nada más y nada menos que setenta años atrás, concretamente hasta el 6 de mayo de 1950, cuando Grethe, Viggo y Amil Hojgaard, unos trabajadores que extraían turba cerca del pequeño pueblo de Tollund, situado a pocos kilómetros de la ciudad de Silkeborg, en Dinamarca, mientras cavaban con sus palas dieron con algo extraño y poco habitual. Al retirar parte del material levantado con sus herramientas,

horrorizados, comprobaron que aquello con lo que habían dado eran los restos de un cuerpo humano. Por ello, llamaron apresuradamente a la policía para dar cuenta del suceso, ya que por aquellas fechas había desaparecido un joven estudiante y, como resulta lógico, en lo primero que pensaron fue en que se trataba de sus restos. Irónicamente, la policía se tomó con relativa calma la noticia, sobre todo, porque ya hubo hallazgos similares en ese mismo lugar décadas antes. De este modo, las autoridades derivaron el caso a los responsables del museo de arqueología del lugar y santas pascuas. Sí, suena surrealista, pero así sucedió.

Fue entonces cuando emergió la figura del arqueólogo Peter Vilhelm Glob que, junto a su equipo, logró extraer de la turbera parte del cuerpo momificado de forma natural de un hombre de un metro sesenta de altura, y que en el momento de su fallecimiento tenía entre treinta y cuarenta años. Y digo «parte» porque lo que se conservaba rápidamente empezó a pudrirse debido a la exposición al ambiente (pasar de un entorno anaerobio, sin oxígeno, a uno aeróbico, con él, es lo que tiene). Por este motivo, se tomó la sabia decisión de embalsamar los fragmentos mejor conservados, como la cabeza, los pies y un dedo, para paralizar su deterioro y poder así continuar con su análisis en el laboratorio.

Sea como fuere, lo turbio del asunto es que este desafortunado desconocido iba desnudo y solo portaba un rudimentario gorro hecho de lana, un cinturón de cuero y una cuerda anudada alrededor del cuello. Sí, habéis leído bien. Una cuerda bien amarradita a su pescuezo. ¿Y qué significaba esto? Algo obvio: que el Hombre de Tollund, que así fue bautizado por el propio Peter en honor a sus descubridores, había muerto por ahorcamiento (algo que contrasta con el rostro escalofriantemente plácido que muestra su momia, todo sea dicho).



Sven Rosborn, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Primer plano del rostro apacible, incluso sonriente, del Hombre de Tollund.

Lo interesante del caso es que, desde su aparición y hasta prácticamente la actualidad, no se ha parado de escudriñar e investigar sus restos para obtener toda la información que pudieran revelar. Así, tras someterlo a las pertinentes pruebas de radiocarbono, se estableció que su ejecución, y por tanto, fallecimiento, tuvo lugar entre los años 400 y 300 a. C., es decir, la Edad del Hierro en la Europa septentrional (que, a diferencia del centro y, sobre todo, sur del continente, se desarrolló de una forma muy tardía debido a sus propias condiciones y particularidades geográficas y climáticas). También se logró recuperar parcialmente parte de su estómago e intestinos, de cuyo análisis se extrajo que este señor ingirió el día antes de morir una especie de papilla o sopa hecha con vegetales como la cebada o el lino. Y que padecía varias

infecciones parasitarias intestinales muy desagradables como lombrices y la temida tenia, provocadas seguramente por la ingesta de carne cruda o agua contaminada (algo, por otra parte, bastante común en épocas pasadas, ya que, si bien no eran todos unos guarros, claro está, la calidad de la higiene y la salud distaba mucho de ser como en la actualidad).

Curiosamente estos datos permitieron a los investigadores afinar sobre el momento del año en el que nuestro «amigo» fue colgado: finales de invierno o inicios de primavera, pues la ausencia casi total en su organismo de proteína animal sugirió que fue precisamente en esos meses cuando murió, debido a que la llegada de un clima más agradable solía coincidir con el momento en el que tradicionalmente se sacrificaba a los animales que se habían criado los meses anteriores. Con todos estos datos, solo nos queda hacernos una pregunta más: ¿por qué lo ahorcaron? Y sobre todo, ¿por qué su rostro, a pesar de su traumática muerte, parece tan apacible? Pues los profesionales que lo han estudiado a través del tiempo han apostado por la idea de que su muerte no se trató de un acto «violento», y que probablemente esta persona fue sacrificada (voluntariamente o no, jamás se sabrá) en honor a alguna deidad relacionada con los pantanos a la que rendían culto aquellos primitivos pueblos nórdicos. Un sacrificio ritual al que pudo asistir parte o toda la comunidad y tras el cual el difunto fue «adecentado» (cerrándole los ojos y la boca) para ser depositado con cuidado en posición fetal en la turbera donde permanecería casi inalterado más de dos milenios.



Nationalmuseet, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Restos reales del Hombre de Tollund, tal y como se encontraron en la turbera en 1950.

Sin embargo, si esta historia que acabo de narrar es oscura y sorprendente a partes iguales, la del llamado Hombre de Lindow no se queda atrás, la verdad. En este caso, toca alejarse de Dinamarca y viajar al condado de Cheshire, situado muy cerca de Manchester, en el noroeste de Inglaterra, específicamente al año 1983, cuando, de nuevo, en una turbera, Andy Mould y

Eddie Slack, unos trabajadores que sacaban turba con una pala mecánica, extrajeron con ella algo perturbador: un pie humano. Estupefactos, decidieron avisar a las autoridades que, tras comprobar que se trataba de restos momificados de forma natural, lo derivaron a Rick Turner, un arqueólogo que, después de varios días de minuciosa búsqueda, logró dar con el resto del cuerpo. Este fue bautizado con el seudónimo de «Hombre de Lindow», debido a que el área donde se halló se conoce como Lindow Moss.

Tras su recuperación, los restos fueron enviados al Museo Británico, donde se llevaron a cabo numerosas pruebas que desvelaron que el cuerpo perteneció a un varón que vivió entre finales del siglo I a. C y finales del II d. C, que medía entre 1,68 y 1,73 metros de altura y pesaba sesenta kilogramos, y que, al morir, tenía una edad muy cercana a los veinticinco años, año arriba, año abajo. Como en el caso de Tollund, se pudo recuperar parte de sus órganos digestivos, los cuales permitieron documentar que su última ingesta antes de irse al otro barrio se basó en pan hecho con una mezcla de varios cereales como el trigo y la cebada, aunque se lograron detectar también trazas de polen de muérdago, una planta que florece durante los meses de marzo y abril, y que sirvió de pista también para teorizar con que su fallecimiento pudo tener lugar durante ese breve lapso temporal.



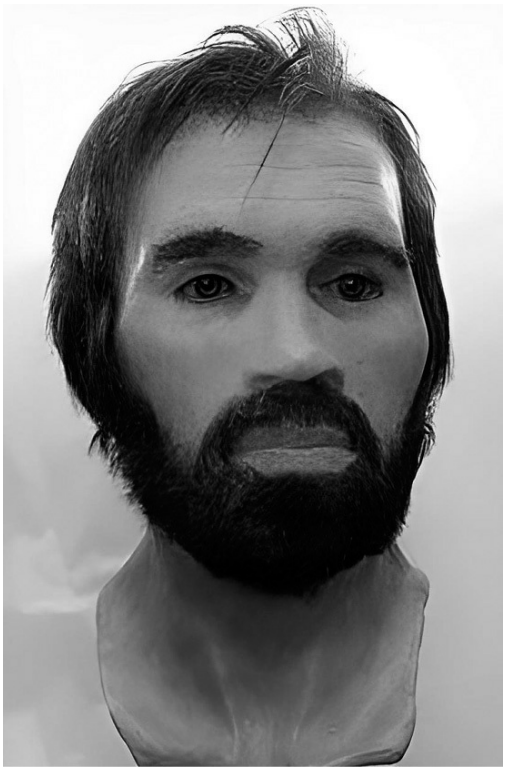
Photograph by Mike Peel (www.mikepeel.net), CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Restos del Hombre de Lindow expuestos actualmente en el Museo Británico de Londres.

El asunto es que, a diferencia del caso de la momia del pantano danés, la del Hombre de Lindow fue una muerte mucho más *hardcore*. Así, después de examinar minuciosamente la cabeza y el cuerpo utilizando rayos X y un **TAC** se pudo determinar que, antes de espirar su último aliento, fue estrangulado con una cuerda hecha de tendones, una maniobra que le rompió el cuello. Y no solo eso, pues recibió un fuerte golpe en el cráneo, que terminó también fracturado, con un objeto contundente, probablemente un hacha de piedra que le dejó una llamativa herida en forma de V. También presentaba una costilla fracturada, un corte profundo en la nuca y evidencias claras de haber recibido una puñalada profunda en la parte superior derecha del tórax. Vamos, que lo dejaron hecho un cuadro.

> *TAC es el acrónimo de «tomografía axial computarizada», una prueba diagnóstica que permite obtener, mediante el uso de rayos X, imágenes de cortes o secciones concretas de algún objeto o individuo. Contrario a lo que se pueda pensar, esta es una técnica relativamente moderna, pues las primeras se llevaron a cabo en el Reino Unido y Estados Unidos a mediados de los años setenta del pasado siglo XX.*

En todo caso, es preciso remarcar que existen voces especializadas que han planteado que algunas de estas lesiones, como las del cuello y la costilla, pudieron estar provocadas de forma involuntaria *post mortem* debido al propio proceso de descomposición y a la presión ejercida por el material de la turba sobre el cadáver que, lamentablemente, y a diferencia de su «colega» de Tollund, acabó aplastado y deformado por completo.



www.culture24.org.uk, *fair use*, vía Wikimedia Commons.

Reconstrucción a tamaño real del posible rostro que tuvo el desafortunado Hombre de Lindow.

Sea como fuere, tras su asesinato —o sacrificio, quién sabe (pues no se ha descartado para nada esta posibilidad)—, sus restos fueron colocados intencionadamente boca abajo, enterrados y abandonados en el pantano. Un pantano que, como hemos visto, ha servido de «cápsula del tiempo» para que miles de años después pudiéramos conocer un poquito mejor cómo se las gastaban algunas gentes que vivieron durante la edad de los metales en el viejo continente.

LA MOMIA DEL PANTANO MÁS ANTIGUA

En 2011 se encontraron en un pantano cerca de Cashel, en Irlanda, los restos de otra momia que fueron fechados nada más y nada menos que muy cerca del 2000 a. C., convirtiéndose automáticamente en los más antiguos de este tipo hallados hasta la fecha en Europa. Los restos aparecieron deformados y aplastados por el peso (literalmente) del tiempo. Pese a ello, se logró saber que pertenecieron a un hombre de entre veinte y veinticinco años que murió también asesinado, pues se hallaron varias heridas profundas causadas probablemente por una espada en su brazo y espalda.

16
LA CURIOSA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LA VENUS DE MILO

Es bastante fácil que conozcáis a la denominada Venus de Milo, una de las esculturas de la Antigüedad más famosas de todos los tiempos. Esta, sin lugar a duda, ha sido objeto de atención y admiración durante siglos por su belleza, y protagonista, en forma de gominola, de uno de los capítulos más recordados y graciosos de una de las series de mi infancia (y de la de muchos otros): *Los Simpson*. Sin embargo, lo que quizá no sepáis es de dónde viene el origen de su nombre (Venus), el pasaje mitológico al que alude su representación y, sobre todo, cómo tuvo lugar su descubrimiento, que a la postre terminó con su «dulce cu…», como dijo Homer, depositado en el archiconocido museo parisino del Louvre.

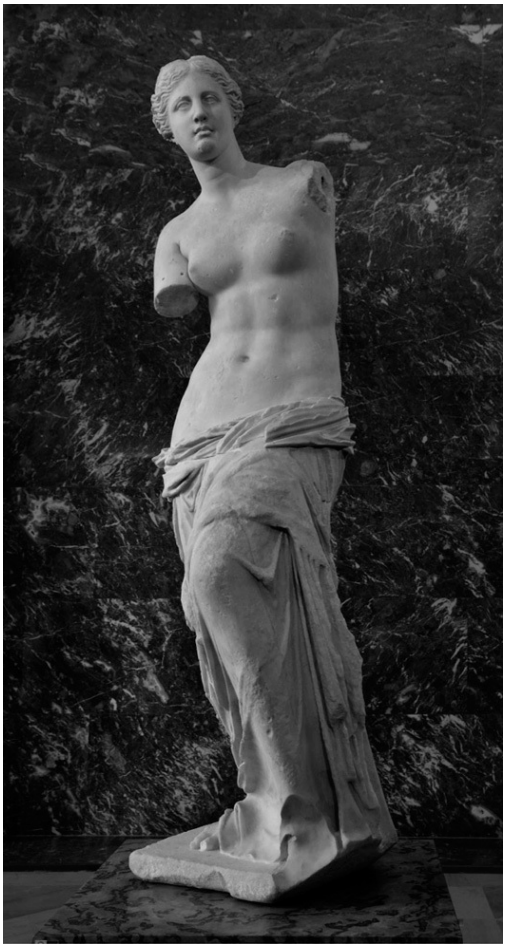
Bien, para comenzar, veo conveniente explicar algo que puede resultar obvio, pero tal vez no lo sea tanto: ¿quién era Venus? Y, sobre todo, ¿de dónde sale ese nombre? Pues, etimológicamente hablando, procede del término latino «Venus», que alude a la divinidad clásica romana, equivalente a la deidad helena Afrodita, relacionada directamente con el amor y la fertilidad. Y es que esta similitud se explica por la particular facilidad de asimilación cultural que tuvieron los romanos durante el proceso de conquista de la Grecia helenística, de la que tomaron innumerables referencias a nivel religioso y mitológico. No obstante, la acepción cultural del término «venus» asociado a las representaciones femeninas, generalmente desnudas, surgió muchos siglos después. En concreto durante el periodo renacentista italiano, que arrancó durante las últimas décadas del siglo XIV y las primeras del XV, y que se extendió por todo el continente europeo hasta el siglo XVI.

Tras esta matización, pasemos a hablar de la estatua. Representación —según se cree— de la ya mencionada diosa griega Afrodita, esculpida en mármol blanco procedente de las canteras de la isla de Paros, y a la que le faltan ambos brazos, fue descubierta por casualidad en la isla vecina de Milos el 8 o el 19 de abril de 1820 (la fecha no está clara, pero se apuesta por una de esas dos opciones) por un campesino heleno cuyo nombre era Yórgos Kendrotás.

Curiosamente, existen varias versiones para explicar por qué, tras este azaroso hallazgo, la

escultura acabó en París. Porque, sí, el camino que la llevó hasta la capital francesa fue muy accidentado. Y, de hecho, a día de hoy, no se tiene clara cuál es la historia real sobre este asunto.

En este sentido, según la fuente a la que se acuda, hay quienes afirman que, al poco de tener lugar su descubrimiento, la estatua le fue confiscada al campesino por las autoridades otomanas que, por aquel entonces, ejercían su dominio político y militar sobre todos los territorios helenos. Dichas autoridades, viendo la posibilidad de hacer negocio con la escultura, decidieron vendérsela por un módico precio a un oficial de la armada francesa que andaba destinado en Grecia. Otras versiones afirman, por ejemplo, que fue precisamente el propio campesino, sabiendo que tenía una joya de la Antigua Grecia en su poder, quien se la vendió a los turcos para sacar una buena tajada, y que estos, a su vez, ojo, hicieron lo mismo con el militar galo. Es más, para rizar el rizo, existe una versión alternativa de esta última donde se cuenta que el amigo Yórgos no vendió la Venus a los otomanos, sino a un clérigo ortodoxo, que —oh, sorpresa— decidió revendérsela al ya mencionado oficial, y el embajador francés en Estambul —el marqués de Rivière— fue el contacto entre ambos.



Livioandronico2013, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Instantánea reciente de la Venus de Milo en su sala específica en el Louvre de París.

El caso es que, al final, la conservación del patrimonio les importaba a todos un soberano pepino, incluidos los propios griegos, porque, básicamente, lo que querían todos era sacar pasta gansa. Y como se suele decir, «poderoso caballero es don Dinero».

Sea como fuere, la realidad es que el militar que se hizo finalmente con ella fue Jules Dumont D'Urville, contralmirante de la armada francesa, famoso en su país natal por sus notables exploraciones en lejanos lugares como la Antártida, Oceanía y el Pacífico Sur, y, sobre todo, por fallecer, junto a su familia, en el primer accidente ferroviario de la historia de Francia. Dumont, con la estatua ya en su poder, y para quedar como un señor (y de paso hacer un poco la pelota, todo sea dicho), una vez puso pie de nuevo en Francia se la regaló al rey por aquel entonces, el Borbón Luis XVIII. Este, como tenía su residencia —el hoy desaparecido **palacio de las Tullerías**— hasta arriba de obras de arte, decidió donarla al Museo del Louvre, lugar definitivo de reposo de la Venus salvo el paréntesis que supuso la Segunda Guerra Mundial, cuando, por seguridad y para evitar que cayese en manos nazis tras la ocupación de París en 1940, se trasladó en secreto al castillo de Valençay, en el corazón de Francia.

> *El palacio de las Tullerías, aunque os pueda resultar inverosímil, fue parte del complejo arquitectónico que hoy ocupa el museo parisino del Louvre. De hecho, el Louvre y las Tullerías formaban un enorme recinto cerrado de forma rectangular. En cuanto a su uso, el palacio sirvió como residencia de los monarcas franceses que reinaron durante el siglo XIX. Sin embargo, su destrucción parcial y los graves daños sufridos por un incendio durante la Comuna de París, en mayo de 1871, hicieron que se tomase la decisión de demolerlo definitivamente en 1883.*

Dicho todo esto, parece ser que muy cerca del lugar donde se encontró la Venus también se descubrió un brazo ya cincelado cuya mano agarraba una manzana (aunque esto nunca ha podido confirmarse al cien por cien). Dicha extremidad, según muchos historiadores del arte expertos en el arte helenístico, estaba destinada a ser ensamblada en la estatua. Pero ¿por qué la mujer esculpida agarraba concretamente esa fruta? Pues para hacer referencia al conocido mito griego de la manzana de la discordia que, nada más y nada menos, es el origen legendario de la archiconocida guerra de Troya.

Según este relato, Eris, diosa de la discordia, ofreció una manzana de oro como regalo en la boda de Peleo (a la cual no había sido invitada) con la inscripción «Para la más bella». En el

enlace sí estaban presentes otras deidades del Olimpo, como Hera, Atenea o la propia Afrodita. Al observar el fruto dorado entre los regalos, Zeus —que no quería tener movidas con ninguna de sus compañeras divinas— le encargó a Paris, príncipe de Troya, que le entregase la manzana, según su criterio, a la que él considerase la más bella. Pues bien, las diosas, para que el príncipe troyano se decantase por una de ellas, comenzaron a ofrecerle cosas que él realmente deseaba. Tras esta especie de «subasta», Paris escogió finalmente a Afrodita y le entregó la manzana, reconociéndola de esta forma como la mujer más bella del Olimpo. Pero ¿qué fue lo que esta le ofreció para que el príncipe de Troya tomase esa decisión? Pues la promesa de tener el amor de la mujer, que no deidad, más hermosa del mundo. Y ¿quién era la mujer más hermosa del mundo en aquel entonces, según este mito? Sí, Helena de Troya, la cual, enamorada, huyó con Paris provocando la ira de Menelao, rey de Esparta, y, lo que es más importante, también de su despechado marido. Este acto, según la leyenda, sirvió de *casus belli* para desencadenar la famosa guerra que acabaría con la destrucción de la legendaria ciudad situada en Asia Menor.

Para ir concluyendo, algo que resulta llamativo de la Venus es que la cuestión sobre quién fue su autor y cuándo se esculpió ha generado, ya desde su descubrimiento, mucha controversia. A este respecto, las primeras teorías dirigidas por el equipo de expertos del propio Louvre se inclinaron hacia la idea de que la estatua tuvo que esculpirse durante el periodo clásico griego, es decir, entre los siglos V y IV a. C., atribuyendo su autoría a alguno de los grandes genios de esa época, como Praxíteles o Fidias, creador este último de los fascinantes frisos del Partenón de Atenas. Esta afirmación no resultaría sorprendente si, muy cerquita de donde fue hallada, no se hubiera encontrado una inscripción que hacía referencia de forma clara a dos artistas de nombres Agesandros y Aleixandros, ambos procedentes de Antioquía, colonia que no fue fundada hasta el periodo helenístico (siglos IV al I a. C.). Hoy en día, gracias a diferentes estudios morfológicos y pruebas en laboratorio, se ha podido estimar su creación en una fecha próxima a finales del siglo II a. C., algo que daría cierta coherencia a las inscripciones halladas. Pese a todo, y por desgracia para los dos personajes referenciados en su soporte, actualmente se la sigue considerando una obra de artista desconocido, lo que no quita, claro está, que se la continúe admirando y considerando una de las esculturas más bellas y virtuosas que uno pueda contemplar.



Museo del Prado, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Cuadro del pintor Peter Paul Rubens, acabado en 1636, donde se representa el episodio de la manzana de la discordia.

UNA ESTATUA REPETIDA

Puede sonar chocante, pero la Venus se puede ver, no una, sino dos veces en dos lugares diferentes del Museo del Louvre. No, no me he vuelto loco. Resulta que en el cuadro del pintor neoclásico francés Jean-Baptiste Mauzaisse titulado El tiempo mostrando las ruinas que causa y los tesoros que saca a la luz, que fue terminado en el año 1822, se puede observar que uno de los elementos centrales del lienzo es la propia Venus de Milo, representada con la apariencia y disposición con la que fue encontrada en unas fantásticas ruinas griegas en la isla de Milos.

17
LA MAJESTUOSA TUMBA DEL SEÑOR DE SIPÁN

Puede que lo que voy a decir ahora os lleve a pensar que me estoy flipando un poquito, como de costumbre en este libro, pero en ocasiones los arqueólogos se han tenido que poner el traje de superhéroes para salvar un yacimiento arqueológico de una situación límite y desesperada. Ese fue el caso del equipo liderado por Luis Chero y Walter Alva, que en 1987 tuvo que intervenir de emergencia, con el apoyo de las autoridades locales, para evitar la destrucción y saqueo masivo de un yacimiento conocido con el nombre de Huaca Rajada o Sipán, situado en el departamento de Lambayeque, en la costa norte de Perú. Y menos mal que fue así, porque lo que consiguieron proteger de las sucias manos de los «**huaqueros**» (mote con el que se conoce a los saqueadores de templos y expoliadores de tumbas en algunos países andinos) se reveló como uno de los descubrimientos arqueológicos más espectaculares del siglo XX: la tumba con los restos del bautizado como «Señor de Sipán», un gobernante de la cultura mochica.

> *Aunque quizá resulte chocante, se dice que los huaqueros —como se conoce a los infames personajes dedicados al expolio de tumbas prehispánicas— tenían o tienen una serie de habilidades intuitivas e incluso mágicas, al más puro estilo chamánico, que les permiten descubrir de forma sencilla los enterramientos que van a desvalijar. La realidad es que su método fue y sigue siendo mucho más mundano, pues se basa en el uso, por ejemplo, de herramientas nada metafísicas como los detectores de metales.*

El pueblo de los mochicas se desarrolló en torno al valle del río Moche, de ahí su nombre, entre los siglos II y VII d. C., y sus miembros destacaron, entre otras cosas, por sus notables conocimientos en campos como la ingeniería hidráulica, pues crearon grandes canales de riego y presas para disponer de abundantes recursos hídricos para sus cultivos; en la metalurgia, ya que dominaron una gran cantidad de técnicas y procesos de fabricación que les permitieron

diseñar y crear infinidad de herramientas, armas o joyas de una perfección y calidad excepcional para su época, y por supuesto, en la arquitectura, con la construcción de imponentes edificaciones como grandes palacios o majestuosos templos con forma de pirámide truncada (sin acabar en pico) conocidos como «huacas» (de ahí surge lo de «huaqueros», por si estabais despistados y, cómo no, el propio nombre del yacimiento, Huaca Rajada).



Bernard Gagnon, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Vista del yacimiento de Huaca Rajada, lugar donde se encontró la necrópolis mochica en la que apareció la tumba del Señor de Sipán.

Es con esto último con lo que os tenéis que quedar porque fue precisamente en uno de estos edificios donde tuvo lugar la oportuna intervención de los arqueólogos peruanos y donde, tras varias campañas que se extendieron desde el ya mencionado 1987 hasta el año 2000, encontraron el gran sepulcro del Señor de Sipán. No obstante, antes de llegar exactamente a su cámara funeraria, hallaron un esqueleto en muy mal estado de conservación que, a pesar de ello, aún mantenía encajado en su antebrazo un escudo de cobre y, sobre su cráneo, un casco metálico, de quien los investigadores intuyeron que, seguramente, se trataría del guardián o vigía del sepulcro. En este sentido, algo que dio más sustento a esta hipótesis es que este personaje había sufrido la amputación de los pies, un hecho que, dentro de las creencias de este pueblo preincaico, simbolizaba la obligación y promesa de permanecer allí eternamente custodiando la tumba.

Fue tras dejar atrás a este personaje, excavando unos pocos centímetros más, cuando se dieron de bruces con un espacio de unos cinco metros cuadrados en cuyo centro reposaba un

gran sarcófago de madera (el primero documentado de la historia de América) con una pequeña figura sobre su superficie que representa de modo realista a un guerrero moche, con una llamativa corona en forma de semiluna sobre la cabeza y un curioso collar hecho con cabezas de búho y que va armado con una maza y protegido con un escudo. A esta efigie le acompañaba un vistoso mosaico hecho con turquesas y oro, donde están representados dos guardianes vueltos de perfil hacia la escultura. El caso es que este curioso hallazgo fue el presagio de lo que estaba inmediatamente por venir, ya que, al levantar lo que quedaba de la enorme tapa de madera y excavar un poco más, se encontraron con el personaje que simboliza la figurita pero en carne y hueso. Bueno, perdón, solo en hueso.

La grandiosidad del hallazgo llevó a pensar rápida y acertadamente a Alva y Chero que se encontraban ante la tumba de una persona clave dentro de la jerarquía de aquella comunidad, probablemente un gobernante o un rey, pues la abrumadora cantidad de objetos que acompañaban a los restos óseos, unos seiscientos, elaborados la mayoría en materiales preciosos como el oro, la plata o la crisocola (un mineral derivado del cobre de tonos verdosos y azulados), impidió pensar en otra posibilidad. De hecho, de entre todos ellos, destacaron sus sandalias fabricadas en plata, su sublime protector coxal de oro en forma de semiluna, sus dos orejeras con detalles áureos y turquesas, el imponente cetro real con cabeza piramidal también de oro (donde estaba grabada una descarnada escena de captura y sacrificio ritual de un prisionero) o el collar que reposaba sobre su pecho, que emulaba veinte frutos —diez de nuevo de oro a la izquierda y diez de plata a la derecha— de maní (una planta cuyas semillas conocéis seguro, porque las llamáis habitualmente «cacahuetes»), que según sus descubridores simbolizaba elementos clave dentro de las creencias religiosas mochicas: la dualidad y el equilibrio (representadas, por ejemplo, por la vida y la muerte, la noche y el día, el bien y el mal…). Sin embargo, a pesar de que el descubrimiento de este personaje y su ajuar ya era de por sí algo extraordinario, a su alrededor aún esperaban pacientemente a ser desenterradas varias sorpresitas más.



Bernard Gagnon, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Vista aérea de la tumba del Señor de Sipán (en el centro) rodeado de varios cuerpos más.

Porque, sí, resultó que el Señor de Sipán no se fue al otro barrio solo, sino que lo hizo acompañado de un séquito que fue sepultado a su alrededor en cuatro cubículos hechos con troncos de madera, eso sí, mucho más humildes que el suyo, faltaría más; algo que respondería a la creencia de que estaría acompañado por ellos en el más allá. De hecho, este ritual funerario, con sus propias particularidades locales, es común en diferentes culturas y pueblos a pesar de estar en muchos casos separados por miles de kilómetros y, lo que es más sorprendente, cientos de años. Es más, una demostración perfecta de esto que acabo de decir es el ejemplo visto ya en este mismo libro, cuando nos dimos un paseo por Mesopotamia visitando el cementerio real de Ur.

En el caso que nos ocupa, a derecha e izquierda del personaje principal, se encontraron los cuerpos de dos hombres adultos. El primero de ellos, colocado mirando hacia los pies del Señor de Sipán, estaba ataviado con un pintoresco y vistoso pectoral hecho de conchas de *spondylus* (sí, aquí vuelven a aparecer como elemento de gran valor) y con los restos de un perrete a sus pies, del que se teoriza que pudo ser el que usó durante sus cacerías en vida. En

cuanto al segundo personaje, este tenía la cabeza casi a la misma altura que el gobernante mochica, pero equipado en este caso con un escudo, un casco y una singular maza de guerra que permitió intuir que se trató de un soldado importante o, quizá, uno de sus lugartenientes. Por otro lado, debajo y encima del sarcófago central reposaban los huesos de dos mujeres jóvenes, con sus cabezas giradas hacia el Señor, de no más de veinte años de edad, y que han sido identificadas como posibles esposas o concubinas, pues en el momento de su sepultura iban ataviadas con ricos ropajes y joyas que denotaban su elevado rango social. Sin embargo, cuando ya parecía que el lugar había enseñado todo lo que podía mostrar, justo debajo del cofre de una de las concubinas apareció el cuerpo de otra mujer más, enterrada de una forma muchísimo más austera y sencilla. En una de las esquinas fueron hallados también los restos muy deteriorados de un niño que, en el momento de fallecer, tenía poco más de diez años, y bajo la superficie donde habían sido depositados todos, se descubrieron los esqueletos de dos llamas que, siguiendo el orden contrario a su descubrimiento, habrían sido las primeras en ser colocadas como ofrenda en el lugar.



Cicero Moraes, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Reconstrucción 3D de la apariencia física que pudo tener el Señor de Sipán, basada en el análisis morfológico de sus

restos óseos.

El asunto es que la propia disposición de los cuerpos y sus ajuares en la tumba sirvió al equipo de arqueólogos peruanos para conocer y entender mejor, entre otras cosas, la evidente jerarquización de la sociedad mochica, su enorme habilidad y virtuosismo en el trabajo con los metales y la cerámica, o algunos de los rasgos de sus creencias religiosas, como la práctica de sacrificios animales o humanos (reflejados en las escenas figurativas representadas en objetos como las orejeras, algunas vasijas o pequeñas esculturas).

Afortunadamente, gracias a la iniciativa e insistencia de Walter Alva, y ante la enorme relevancia del hallazgo arqueológico, el Gobierno peruano, para evitar posibles robos y pérdidas materiales irreparables, tomó la decisión de construir e inaugurar después —en el año 2002— un imponente museo con forma de pirámide truncada en la localidad de Lambayeque para conservar y custodiar todo lo encontrado en el yacimiento de Huaca Rajada que, como habéis podido comprobar, no fue precisamente poco.

LOS VECINOS DEL SEÑOR DE SIPÁN

Cuando hablo de vecinos, no me refiero a los que fueron sepultados junto a él en la misma cámara funeraria, no. Sino a los otros «habitantes» de la huaca donde fue encontrada su tumba. Y es que en el yacimiento de Huaca Rajada se hallaron otros dos enterramientos muy interesantes. El primero, coetáneo al propio Señor de Sipán, fue conocido como el del Sacerdote, llamado así por la gran cantidad de objetos de tipología religiosa con los que fue sepultado. Y el segundo, más antiguo que los anteriores, fue denominado Viejo Señor de Sipán, pues se supo, gracias al análisis de su ADN, que fue un antepasado directo del propio Señor de Sipán, de ahí su apodo. Lo curioso e importante en este caso es que sirvió para intuir la posible existencia dentro de los mochicas de un sistema de gobierno basado en una monarquía de tipo hereditario.

18
LA COPA DE LICURGO: ¿NANOTECNOLOGÍA EN LA ANTIGUA ROMA?

Si os digo que los romanos pudieron manejar una ciencia tan compleja como la nanotecnología, ¿cómo os quedáis? Seguro que con el culo torcido ciento ochenta grados. La nanotecnología es una disciplina que, además, a muchos les suena a algo futurista, rollo *Blade Runner*, pero que, clichés aparte, está más que presente desde hace mucho tiempo en numerosos aspectos de nuestra vida. Es por eso por lo que ahora, dejando atrás episodios turbios como los protagonizados por las momias del pantano o el Señor de Sipán, toca hablar de un objeto tan extraño, especial y único que tiene a los historiadores y a los científicos descolocados desde hace décadas: la conocida como copa de Licurgo. Se trata de un recipiente «en jaula» o «diatreto» de origen romano fechado en torno al siglo IV d. C. y que fue fabricado con vidrio dicroico. Y esto es realmente lo importante del asunto, ya que, dependiendo del lugar desde donde le llegue la luz, este material refleja un color u otro. Si es frontal, la tonalidad del vidrio se torna en un tono verde jade; sin embargo, y he aquí lo flipante, si la luz le da por detrás, la copa se manifiesta con un potente y llamativo color rubí; un extraño fenómeno que se debe a una cosa: la presencia de nanopartículas de oro y plata en su composición.

Pero antes de meternos en el asunto de la nanotecnología, que es lo verdaderamente salseante aquí, me apetece hablar de su particular iconografía, que también tiene mucho que ver con su rareza y espectacularidad, y por supuesto, la curiosa historia que vivió hasta llegar al lugar donde reposa hoy: el Museo Británico (sí, otra vez allí, los británicos tienen «guardado» medio mundo, arqueológicamente hablando, entre sus muros).

Bien, para comenzar, en cuanto a su iconografía —es decir, las figuras que están talladas y representadas en ella—, hay cosillas muy interesantes, pues hace referencia a una de las múltiples versiones que existen sobre uno de los mitos más famosos de la mitología griega, de la cual, por supuesto, los romanos tomaron prestados muchos elementos, como las figuras de algunos héroes y deidades.



British Museum Collection, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Copa de Licurgo en la que se observa la representación del dios Dioniso.

Esa leyenda de la que estoy hablando es la que narra la supuesta condena que el dios de la fertilidad y el vino, Dioniso (también conocido como Baco en el mundo romano), impuso a Licurgo, rey de los edones, por prohibir su culto y adoración en sus dominios. Este era un pueblo originario de la antigua Tracia (zona que comprende parte de las actuales Bulgaria y Grecia y del extremo «europeo» de Turquía), que fue conquistada por los griegos en torno al siglo VI a. C. El castigo, siguiendo con esta narración clásica, consistió en, primero, infligir al reino de Licurgo una terrible sequía que destruyó sus cosechas y, segundo, engañar y confundir al monarca para que asesinase a su propio hijo al confundirlo con un tronco de hiedra. Dicho esto, y volviendo a la copa, las figuras que se ven en ella aportan una versión alternativa del mito, en la que se muestra precisamente al propio rey Licurgo peleando e intentando zafarse de las ramas de una vid; a **Pan**, la deidad griega de los pastores, que observa la escena; a Dioniso, junto a una pantera mientras sujeta un tirso (el bastón con el que este solía representarse) y se burla de la situación que está viviendo el rey tracio, y, finalmente, a un sátiro, como sirviente del dios, a punto de lanzarle una roca.

En la mitología griega, Pan es una de las deidades menos conocidas pero más relevantes dentro de su panteón. Y es que resulta que —según las palabras del historiador clásico Heródoto, claro—, momentos antes de la decisiva batalla de Maratón que enfrentó a los griegos con los persas durante las llamadas guerras médicas, un mensajero ateniense se encontró con el dios, quien le

prometió la victoria. Como esta tuvo lugar, en reconocimiento a su ayuda, se consagró en la famosa Acrópolis de Atenas un espacio de culto especial a su figura.

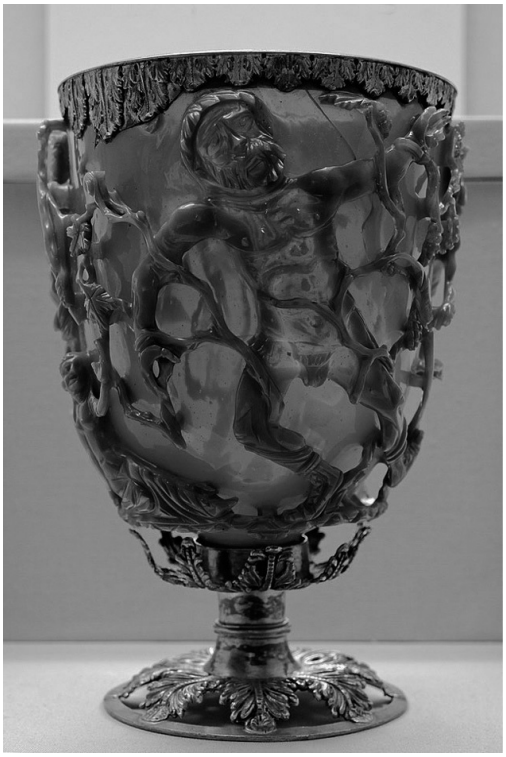
Ahora, dejando de lado el carácter «mítico» del objeto, con respecto a su historia lo mínimo que se puede decir es que es, cuanto menos…, peculiar. De hecho, cómo se ha conservado tan bien y ha sobrevivido en tan buenas condiciones durante tantos siglos es un verdadero misterio, pues la primera referencia histórica de este objeto que se tiene en los archivos data de 1845, cuando se la menciona en una carta escrita en Francia.

Todo lo que vivió antes este extraño recipiente se desconoce por completo. Lo único cierto es que poco más de una década después, en 1857, fue adquirida por el poderoso barón Lionel de Rothschild, miembro de la archiconocida familia de banqueros de origen alemán del mismo apellido. Y que, poco tiempo después, en 1862, estuvo visible al público durante unos meses en una exposición de arte antiguo en el Museo de las Manufacturas (el actual Museo de Victoria y Alberto de Londres), para posteriormente ser guardada y pasar casi inadvertida hasta finales de los años cincuenta del pasado siglo XX. En ese momento, Nathaniel Victor Rothschild, otro miembro de la ilustre familia que la había heredado, se la vendió por una cifra cercana a las veinte mil libras esterlinas (unos veinticinco mil euros actuales) al ya mencionado Museo Británico, lugar en el que reposa y lleva siendo estudiada con detalle desde entonces. En este punto, tengo que reconoceros que me resultó llamativo que, en la historia de la copa, ocupase un papel tan protagonista una familia popularizada desde más o menos la década de los años treinta del pasado siglo XX y que ha sido relacionada con diversas teorías de la conspiración. Dichas teorías culpan a los Rothschild, entre otras cosas, de estar detrás del estallido de algunas guerras o del comienzo de varias crisis financieras, ya desde inicios del siglo XIX. Sin embargo, cuando me dio por investigar y leer cosillas al respecto para informarme mejor sobre este asunto, se dibujó en mi cara una expresión de cierta sorpresa, pues, según algunos expertos en el tema, estas graves acusaciones, lejos de haber sido probadas, parece que tienen una clara raíz antisemita —no lo he mencionado hasta ahora, pero los miembros de dicho linaje son de ascendencia judía—. Ahora sacad vuestras propias conclusiones.

Pero volviendo al tema principal, que me he desviado un pelín, con respecto a la fabricación de la copa de Licurgo, los historiadores, analizando las particularidades de la propia orfebrería romana, han llegado a la conclusión de que el objeto es un ejemplo único para conocer de primera mano las habilidades desarrolladas por los talladores de gemas y piedras semipreciosas de aquella época, los cuales gozaron de un enorme prestigio dentro de dicha civilización. Debido a esto, se tiene bastante claro que la persona que la encargó y la poseyó tuvo que ser

alguien con una posición de enorme privilegio. Vamos, que quien la tuvo y bebió de ella no fue ningún o ninguna mindundi.

Lo verdaderamente impactante es que los científicos e historiadores que la han estudiado desde los años cincuenta del pasado siglo ven bastante factible que, en su proceso de fabricación, hayan estado involucrados hasta tres talleres diferentes que, a su vez, estuvieron ubicados en diferentes zonas del imperio. Además, apuestan por que el bloque de vidrio en bruto que se usó para elaborarla fue trabajado y moldeado inicialmente en un taller situado en algún lugar de Palestina o Egipto, ya que ambas provincias fueron famosas durante aquella época por exportar grandes cantidades de vidrio para ser procesado y coloreado. Posteriormente, la forma de copa tuvo que realizarse en un taller —desconocido— mucho más especializado, donde los artesanos debieron de demostrar mucha más destreza en la fabricación de objetos tan complejos, para finalmente ser entregada a un tercero, que se encargó de las labores relacionadas con el trabajo del metal y algunos de los remates del recipiente. Y digo «algunos» porque es necesario matizar que varias piezas que le dan su aspecto actual no son originales, como es el caso del pie con hojas de vid o el reborde dorado de bronce que, por su estilo y factura, fueron añadidos seguramente a inicios del siglo XIX.



Marie-Lan Nguyen, CC BY 2.5, vía Wikimedia Commons.

Vista con la coloración rojiza con la escena de Licurgo siendo capturado.

Matizado esto, a pesar de existir bastante *quorum* entre los expertos en lo relacionado a su fabricación en tres talleres, sí que hay un debate bastante encendido que plantea si realmente los artesanos romanos que la crearon conocían las extrañas propiedades y la verdadera composición del objeto que tenían entre manos. Y aquí es donde entraría de lleno la espinosa cuestión de la nanotecnología: ¿manejaban sus fabricantes ciertos conocimientos considerados como propios de esta rama de la ciencia? Y es que varios expertos que han investigado la copa concienzudamente, pese a que no existe aún una opinión generalizada, han llegado a la conclusión de que, durante el proceso de fabricación del vidrio, este pudo ser «contaminado» accidentalmente con partículas de plata y de oro que estaban presentes en el taller por trabajos anteriores, de modo que sus propiedades nanotecnológicas serían una simple (pero vistosa) casualidad, algo bastante factible, ya que la cantidad de partículas necesarias de estos dos metales para que se forme dicroico es pequeña, muy muy pequeña. Es más, científicos especializados en las propiedades del oro, como F. J. Currell y S. J. McMahon, comprobaron que las pocas piezas de origen romano que hoy se conservan hechas con este tipo especial de vidrio tienen proporciones muy variadas de nanopartículas de oro, y presentan entre ellas diferencias notables en los colores que reflejan. Este hecho vendría a demostrar que no existía una técnica pulida y trabajada para crear de forma intencionada el material con el que está hecha la protagonista de nuestro capítulo. Sin embargo, como dice el refranero español, «lo cortés no quita lo valiente», y lo cierto es que la copa de Licurgo puede ser considerada, sin ninguna duda, como una de las piezas arqueológicas más singulares y extrañamente bellas que se conservan.

LA COPA PAGANA QUE ACABÓ CONVERTIDA EN CÁLIZ CRISTIANO

Otra de las piezas más espectaculares que nos han legado los antiguos romanos es la llamada copa de los Ptolomeos, la cual se fabricó probablemente en Egipto durante el siglo I d. C. utilizando como material el ónice, un mineral de origen volcánico que le otorgó una extraña e inusual apariencia que mezcla tonos dorados y negros. Lo curioso de esta pieza, que tiene talladas sobre su anverso y reverso escenas que representan a dioses paganos como el propio Dioniso, es que acabó usándose como cáliz cristiano. No se sabe cómo, pero, por avatares del destino, terminó en manos de la realeza francesa durante la Edad Media, institución que acabó donándola al tesoro de la basílica francesa de Saint-Denis, lugar en el que reposó hasta que fue robada en 1804 y recuperada poco después para ser trasladada al lugar donde puede visitarse hoy: la Biblioteca Nacional de París.

19
LOS ALUCINANTES ENTERRAMIENTOS DE SUTTON HOO

En ocasiones, los descubrimientos más alucinantes suceden por simple casualidad; sin embargo, en otras, se dan por la felina intuición de personas con una especie de sexto sentido. Y eso es lo que ocurrió con Edith Pretty, una terrateniente inglesa que, guiada y fascinada por lo que había visto en un viaje con su difunto marido a Egipto a inicios del siglo XX, decidió contratar a finales de 1938 a un arqueólogo para que llevase a cabo una excavación en una parcela de su propiedad muy cerca de Woodbridge, en el condado Suffolk, situado en el este de Inglaterra.

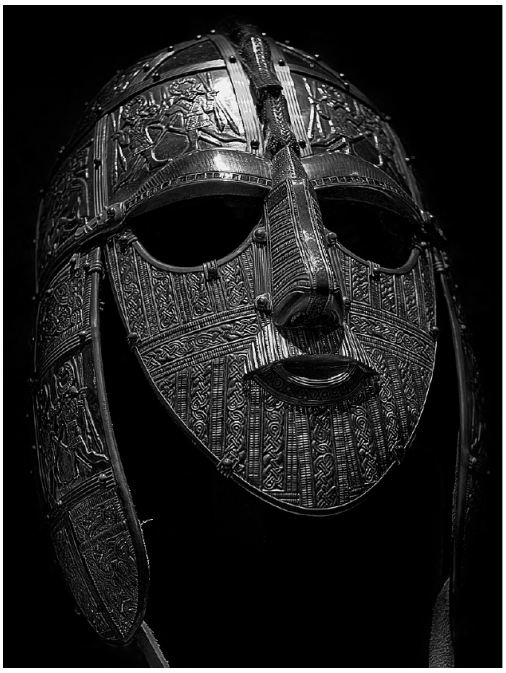
La movida es que el «sentido arácnido» de la señora Pretty no falló, porque Basil Brown, que así era como se llamaba el profesional al que había encomendado los trabajos en su propiedad, acabó hallando algo que revolucionó el conocimiento sobre una de las épocas más desconocidas de la historia británica, la elocuentemente conocida como «Edad Oscura», que engloba todo lo acontecido desde el siglo V al XI de nuestra era. Se considera que esta etapa comenzó tras el abandono progresivo de los romanos de la isla (antaño conocida por estos como **Britania**) durante el ya mencionado siglo V, y que continuó con la invasión, casi simultánea, de la misma por varios pueblos germánicos como los jutos, los anglos y los sajones, los cuales fundaron durante el siglo VI varios reinos que darían lugar a la conocida como «Heptarquía anglosajona». Sin embargo, de lo sucedido durante esa época y los tiempos siguientes poco se sabe, pues apenas existen fuentes históricas que aludan a dicho periodo. Así, la llamada *Crónica anglosajona* es el único documento que ofrece algo de luz sobre aquellos años al tratar, entre otros aspectos, la supremacía del reino de Wessex sobre todos los demás. Sin embargo, esta obra debe ser «cogida con pinzas» por la evidente y enorme carga subjetiva que subyace tras ella (fue redactada por orden y bajo supervisión de uno de los reyes más influyentes de dicho reino, Alfredo el Grande).

Britania fue el nombre con el que los romanos designaron a los territorios que actualmente

forman la isla de Gran Bretaña. No obstante, este término latino, a su vez, procedía del que utilizó el explorador de origen griego Piteas de Marsella para referirse a esa misma región en torno al siglo IV a. C.: Pretanniká Nesiá.

Y ¿qué fue entonces lo que encontró Brown? Pues, nada más y nada menos, que varios enterramientos tumulares anglosajones, entre los que destacó especialmente uno, no solo por su espectacular tamaño, sino por lo que guardaba en su interior. Este lugar, conocido desde entonces como «Túmulo 1», comenzó a ser desenterrado en julio de 1939, unas fechas convulsas y llenas de incertidumbre para Inglaterra, pues faltaba poco más de un mes para que ese país entrase oficialmente en la Segunda Guerra Mundial tras la invasión de Polonia por parte de la Alemania nazi. El caso es que, al ir retirando la tierra, comenzaron a encontrarse decenas de remaches de hierro con un patrón muy reconocible: el de un barco. Y así fue: tras una primera fase de excavación, acabó viendo la luz la silueta de un navío de veintisiete metros de longitud, cuyas piezas de madera tristemente se habían podrido y desaparecido por la acidez del terreno. Por fortuna, las partes metálicas y su forma habían quedado impresas sobre la tierra, haciendo totalmente reconocible la estructura que tuvo la embarcación en el momento de su sepultura.

Tras este majestuoso hallazgo, Brown informó a las autoridades del Museo Británico, que decidieron enviar, para echar una mano en el yacimiento, al prestigioso arqueólogo adscrito por aquel entonces a la Universidad de Cambridge Charles W. Phillips. Fue entonces cuando ambos, a mediados de julio del ya mencionado 1939, culminaron la excavación del navío. Los trabajos, ante los tambores de guerra que comenzaban a sonar en Gran Bretaña, tuvieron que realizarse a contrarreloj en apenas diecisiete días. Fue durante las primeras jornadas de agosto cuando Brown y Phillips dieron con el fastuoso ajuar del personaje que fue enterrado en el interior del barco, consiguiendo recuperar más de doscientas cincuenta piezas de incalculable valor fabricadas en materiales como bronce, hierro, oro y plata. Entre ellos, emergió un yelmo de batalla hecho de bronce con detalles en oro en el que se representan varios rasgos faciales como la nariz, las cejas o el bigote que, curiosamente, simulaban a su vez la figura de un dragón con las alas extendidas y que, además, estuvo profusamente decorado con varios motivos legendarios, posiblemente relacionados con el dios nórdico Odín. Fascinante, ¿verdad?



Gernot Keller, CC BY-SA 2.5, vía Wikimedia Commons.

Reconstrucción del aspecto original que tuvo el yelmo de Sutton Hoo.

Junto a este casco también se hallaron, por ejemplo, varias armas, como espadas y un escudo, o ropajes y piezas de enorme valor, como unas hebillas y unas hombreras de oro decoradas con vidrio tintado y piedras preciosas incrustadas como el granate, que llevaban soldado un mecanismo parecido a un alfiler para poder ser enganchadas a la ropa. No obstante, lo más impactante de estas piezas no es su abrumadora perfección técnica, no. Lo que más rompe los esquemas de estos objetos es que algunos de los materiales con los que se fabricaron procedían de lugares tan exóticos y alejados de Inglaterra como Siria o Sri Lanka. Sí, estaréis flipando. Pero así fue. Y vino a demostrar algo realmente brutal de lo que no se tenía constancia hasta ese momento: las complejas y amplísimas redes comerciales que unían a los diferentes pueblos (europeos, africanos y asiáticos) que compartieron tiempo y espacio hace más de 1.400 años. Es más, como confirmación de estos intercambios, también se encontró un cofre de oro, en cuyo interior aparecieron diversas monedas, algunas pertenecientes a la dinastía merovingia, que gobernó en las actuales Francia, Bélgica y parte de Alemania, desde el siglo V hasta más o menos la mitad del siglo VIII.

Como no se encontró en un primer momento ningún cuerpo, tanto Brown como Phillips plantearon la posibilidad de que aquel lugar pudiese ser un cenotafio. Sin embargo, en 1967 se llevaron a cabo varios análisis químicos sobre el terreno donde reposaba el barco y se determinó que este tenía altos niveles de fosfatos, indicando la más que posible descomposición de un cuerpo humano. De hecho, durante esas mismas campañas a finales de los sesenta se

descubrió también que en el centro del navío se levantó una especie de altar a modo de ataúd donde probablemente fueron depositados todos los objetos del difunto, así como su propio cadáver para echar la siestecita eterna.



Jononmac46, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Algunos objetos encontrados en el ajuar del «Túmulo 1» de Sutton Hoo: un pasador (a la izquierda), la hebilla (en el centro) y las hombreras (a la derecha).

Para poder tener una visión completa sobre el lugar, se llevaron a cabo varias campañas más en los años ochenta y noventa del pasado siglo XX, las cuales fueron lideradas por Martin Carver, reputado arqueólogo de la Universidad de Nueva York. Dichas excavaciones permitieron establecer que, en su día, Sutton Hoo fue un enorme cementerio dedicado a la nobleza anglosajona, ya que fueron descubiertas muchas tumbas más, un total de veinte, que pudieron ser datadas entre los primeros años del siglo VI y finales del siglo VII. Eso sí, ninguna tan suntuosa y espectacular como la del «Túmulo 1».



Gernot Keller (www.gernot-keller.com), CC BY-SA 2.5, vía Wikimedia Commons.

Reconstrucción de la posible disposición del enterramiento dentro del barco.

Con todo, una pregunta que asaltó a todos los expertos que trabajaron en el lugar, desde su descubrimiento a finales de los años treinta, fue la que tenía que ver con la identidad de la persona enterrada en el interior del barco, porque para haberse tomado tantas molestias en su sepulcro esa persona tuvo que ser un verdadero «pez gordo». Pero ¿quién concretamente? Pues Brown y Phillips, apoyados por las ideas del historiador H. Munro Chadwick, apostaron por la figura de un rey. Y no uno indeterminado. Sino que se atrevieron incluso a ponerle nombre: Redvaldo, monarca del reino de Estanglia (uno de los que formaban la Heptarquía de la que hablé más arriba), que gobernó desde el 600 hasta el 624. De hecho, el estudio **numismático** de las monedas francas que aparecieron en el cofre ha permitido concluir que su acuñación y puesta en circulación coincidió con sus años de gobierno, dando solidez a esta hipótesis que tiene cierta aceptación entre varios círculos de expertos en historia anglosajona. A pesar de ello, existen voces discordantes que plantean que quizá pudo ser algún tipo de caudillo militar o guerrero pagano, pues los enterramientos que emplearon un barco como «ataúd» fueron muy típicos de las culturas escandinavas. Además, las referencias a la mitología nórdica presentes en la decoración del escudo y del casco invitan, cuanto menos, a dudar de

que el enterrado fuera el tal Redvaldo, pues, según las crónicas de la época, el rey se convirtió al cristianismo y, si este profesó dicha fe, parece raro que fuese enterrado de una forma tan poco cristiana, ¿verdad? El caso es que los defensores de la hipótesis del rey de Estanglia afirman que su conversión fue un poco «de boquilla» y por pura conveniencia, abandonando al final de su vida dicho culto para volver a sus creencias paganas originales.

La numismática es una disciplina auxiliar de la historia, basada en el análisis de las monedas del pasado con el fin de extraer información que permita conocer mejor la historia, la política o la religión de la civilización o pueblo que las acuñó. No obstante, aunque el dinero en metálico existe desde hace milenios, no fue hasta el siglo XIX cuando comenzaron los primeros estudios numismáticos aplicados a la investigación histórica y arqueológica.

Sea como fuere, este lugar ha permitido, sin lugar a duda, conocer bastante mejor cómo fueron algunos aspectos de la sociedad y la vida de las primeras dinastías anglosajonas que gobernaron en lo que hoy es Inglaterra. Y su conocimiento, por si no lo sabíais, se ha revitalizado, gracias al estreno de una película en Netflix: *La excavación*. Se trata de un largometraje protagonizado por Ralph Fiennes (uno de mis actores favoritos, lo reconozco) en el que interpreta a Brown durante el tiempo que trabajó en Sutton Hoo. Merece la pena que la veáis, porque os permitirá entender cómo vivieron los protagonistas de este episodio el hallazgo de uno de los yacimientos más increíbles no solo de la historia de Inglaterra, sino también de la historia medieval europea.

UN TESORO «DESMONTADO»

Entre 2009 y 2012, tuvo lugar un hallazgo espectacular —también relacionado con los anglosajones — en la localidad inglesa de Staffordshire. Allí aparecieron casi cuatro mil objetos, como joyas, colgantes e incluso cruces, fabricadas con metales y piedras preciosas como el oro, la plata y el granate, al más puro estilo Sutton Hoo, utilizando una técnica conocida como cloisonné (que no es más que la preparación previa en el objeto de unas «celdas» donde irán incrustadas las piedras preciosas). Sin embargo, lo que hizo particular, por así decirlo, a este yacimiento fue la aparición de otro casco, en este caso, desmontado por piezas. Este proceso también se documentó en varios objetos más, que fueron deliberadamente «desmontados» antes de ser enterrados. Raro, ¿no os parece?

20
LOS PĀ, LAS PRIMERAS FORTALEZAS DE LOS MAORÍES

Cuando te sumerges en el mundillo de la historia y, en particular, de la arqueología, una de las primeras cosas de las que te das cuenta es que la mirada y el interés generalizado del público se lo llevan casi siempre lugares y civilizaciones muy concretas. Se deja así totalmente apartadas otras igual de atrayentes y sexis que, quizá por su lejanía y aislamiento geográfico, no han gozado de la atención que merecen. Este es el caso de las singulares culturas polinesias que se repartieron y asentaron, a través de una gigantesca epopeya marítima, por la gran mayoría de las islas dispersas por el inmenso océano Pacífico. Pero, antes de centrarme en el caso concreto del que quiero hablaros y que tiene como protagonista a uno de dichos pueblos, los maoríes, puede que lo más adecuado sea hacer una pequeña «intro» sobre el origen histórico de los polinesios y explicar cómo diantres lograron conquistar desde tiempos remotos territorios tan alejados de tierra firme.

Sobre la primera cuestión, que es su procedencia, existen muchos estudios que han progresado notablemente en los últimos años gracias a las mejoras en las pruebas de análisis del ADN mitocondrial. Es por ello por lo que, en la actualidad, la gran mayoría de los antropólogos y arqueólogos sitúan el origen genético de pueblos como los samoanos, los tahitianos, los hawaianos o los ya mencionados maoríes en unos antepasados comunes que se desarrollaron y habitaron hace unos seis mil años una isla concreta del sudeste asiático: Formosa (o Taiwán, que es como se la conoce en la actualidad). Desde allí estos ancestros comenzaron a expandirse por las islas vecinas, como las Filipinas, para ir progresivamente disgregándose en diferentes áreas y culturas que, eso sí, siguieron compartiendo, en su gran mayoría, una serie de rasgos comunes como el idioma, el folklore, la estructura social, la organización política y, sobre todo, sus asombrosas habilidades como navegantes. Y esto último es lo realmente clave de todo este asunto.

Dicho esto, tras precisar más o menos de dónde proceden los polinesios, la primera fase importante de su expansión por el Pacífico tuvo lugar entre los años 1500 y 1000 a. C.,

momento en el que se formó y desarrolló la llamada cultura lapita, antepasada directa de los actuales polinesios, y que se extendió geográficamente por la llamada Melanesia, es decir, la región formada en su mayor parte por las islas del archipiélago de Nueva Guinea, el archipiélago Bismarck y las islas del Almirantazgo.

Esta cultura neolítica destacó especialmente por desarrollar sólidas embarcaciones y una cerámica de gran calidad decorada con motivos geométricos, aunque también por tener un sistema protourbano basado en grandes aldeas formadas por cabañas situadas en las proximidades de las playas en las que se combinaba la extracción de minerales como la obsidiana, la pesca, la caza y la recolección de frutos con la cría de animales como el cerdo y el pollo, y el cultivo de semillas, árboles y raíces, como el de la banana, el coco o el ñame.

Desde ese momento hasta poquito después del 1000 a. C., debido a la notable presión demográfica que afectaba a sus islas de origen, muchos lapitas se lanzaron a explorar el océano, sin instrumentos de navegación de ningún tipo, ojo, para encontrar nuevos lugares donde asentarse. Fue de esta manera, arriesgándose y enfrentándose a miles de kilómetros cuadrados de implacable mar, cómo lograron alcanzar las islas de Vanuatu, Fiyi o Samoa. Estas exploraciones vivieron un *impasse* que duró casi un milenio. De hecho, en torno al 200 d. C. es cuando podemos hablar del surgimiento de las primeras culturas propiamente polinesias, formadas y consolidadas mayoritariamente en los territorios ya mencionados. Así, a bordo de sus famosas *druas*, unas rudimentarias pero sólidas naves de vela de dos cascos en las que había capacidad para transportar a decenas de personas y grandes cantidades de grano y animales, siguieron hacia el este, colonizando en primer lugar las lejanas islas Marquesas, que fueron usadas como base para alcanzar, apenas un siglo después, en torno al 300 d. C., las islas Gambier y la famosa isla de Pascua o Rapa Nui, tal y como se la conoce en el idioma local, donde se encuentran las archiconocidas y enigmáticas esculturas llamadas **moáis**.

Los moáis son las llamativas esculturas monolíticas antropomorfas presentes en la isla de Rapa Nui (también conocida como isla de Pascua). Estas figuras fueron talladas utilizando piedra obtenida del volcán Rano Raraku y, en la actualidad, se tienen documentadas más de novecientas repartidas por toda la isla, aunque muchas se encuentran en la propia cantera situada en una de las laderas del cono volcánico, pues no llegaron a transportarse a otra localización.

Fue alrededor del 600-700 d. C. cuando la expansión por el Pacífico cambió de rumbo, poniendo los polinesios sus ojos hacia su origen, el oeste. De esta forma, alcanzaron las llamadas islas de Barlovento, entre las que destacan Tahití y, por supuesto, la paradisiaca Bora

Bora. Desde ahí estos pueblos entraron en su última gran fase expansiva, que es la que nos interesa, desarrollada entre el 1000 y el 1200 d. C., cuando llegaron al archipiélago de Nueva Zelanda, unas islas conocidas por ellos como Aotearoa, y donde se asentó y floreció la cultura de los maoríes, famosa hoy en el mundo entero, entre otras cosas, por sus inconfundibles tatuajes de motivos curvos y geométricos y, claro está, por su danza más característica: la *haka*, que fue popularizada de forma notable por los All Blacks. No obstante, algo sobre este pueblo que muy poca gente conoce es su historia, ya no solo reciente, ojo, si no la que se remonta a sus primeros tiempos en esta región. Esta historia, en sus inicios, no fue precisamente bonita, pues, aunque pueda sonar fuerte, la violencia y la guerra tuvieron un papel protagónico. De hecho, los enfrentamientos entre diferentes tribus rivales derivaron en el desarrollo de unos asentamientos fortificados genuinamente maoríes que fueron conocidos como *pā*, y de los que por suerte aún conservamos llamativas e imponentes huellas en algunos lugares concretos repartidos por la geografía de Nueva Zelanda.

Para construir estos recintos, los maoríes aprovechaban las pendientes naturales que ofrecían los cerros o los conos volcánicos inactivos presentes en la orografía de la isla, que no son pocos. Gracias a la pendiente, se construían diferentes terrazas artificiales que eran protegidas con una línea de empalizadas de madera que lo dotaban de un aspecto de fuerte elevado sobre el terreno.



Ingolfson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Reconstrucción del aspecto que tendría un pā, con sus respectivas líneas de empalizadas levantadas sobre un cerro.

Dentro de los recintos existían, excavados en la propia tierra o en las paredes de las laderas, unas cavidades, con estructuras de madera en su interior, que eran usadas como depósitos o almacenes de víveres. Estos lugares, llamados *rua*, servían para conservar y proteger la comida de la humedad en épocas en las que la *iwi* (que es como se dice «tribu» en su idioma) se veía obligada a residir de forma habitual allí. Los productos más almacenados eran, sobre todo, los boniatos, también llamados por los nativos *kumaras*, y que son uno de los alimentos estrella de la gastronomía de este pueblo. De hecho, eran tan preciados que, en el interior de algunas *rua*, se llegaron a construir complejos sistemas de drenaje para evitar que se mojasen y se pudrieran. Para flipar.



Archives New Zealand, CC BY-SA 2.0, vía Wikimedia Commons.

Ilustración que recrea la vida en una fortificación maorí antes del contacto con los europeos.

Curiosamente, lo cierto es que estos lugares no fueron usados de forma continua en el tiempo, sino, por ejemplo, en momentos en los que las tribus que los habían construido entraban en algún tipo de conflicto. A pesar de ello, se tiene constancia de que, incluso en tiempos de paz, en ocasiones los *pā* se emplearon como centros neurálgicos donde se reunía toda la comunidad, desde la clase gobernante hasta la clase campesina (que habitualmente vivía dispersa en torno a los cultivos en pequeñas aldeas por los territorios aledaños), en especial para llevar a cabo rituales religiosos e intercambios comerciales. Sí, habéis leído bien. Los *pā* sirvieron a veces como centros comerciales donde decenas de artesanos ponían sus puestecillos para vender sus productos, algunos de una calidad realmente asombrosa. Véase el caso de las herramientas o armas hechas con madera, hueso, obsidiana o *pounamu*, un material que vosotros y yo conocemos como jade, una piedra preciosa que solo se encuentra en la isla sur de Nueva Zelanda y que, dentro de la sociedad maorí, tenía una enorme consideración

social porque otorgaba un enorme prestigio a su poseedor. Es más, habitualmente los gobernantes o personas notables de las tribus solían tener adornos y armas, como hachas o cuchillos, fabricados con piezas de este material. El jade llegó a ser utilizado incluso como elemento de respeto u ofrenda para sellar la paz entre tribus rivales.

En cuanto a los grandes recintos arqueológicos que nos han permitido conocer toda esta información, destacan tres por encima de los demás: uno es Huriawa, situado en un casi inexpugnable cerro de la península de Karitane; otro es Pukekura, levantado en la punta de la península de Otago, y por encima de ellos, Maungakiekie, localizado en el centro de la mismísima capital de Nueva Zelanda, Auckland.

De hecho, este último asentamiento, cuyo último nivel tiene una altura de ciento ochenta y dos metros por encima del nivel del mar, está considerado como una de las fortificaciones nativas precoloniales más grandes del mundo, y se levantó más o menos en el año 1500 d. C. junto con otros más pequeños en los alrededores que no han llegado hasta nosotros, pues fueron destruidos debido a la expansión territorial de la propia ciudad. Por su espectacular posición geográfica, desde su parte más alta podían controlar visualmente varios kilómetros a la redonda, y de él se sabe también que, una vez iniciados los primeros contactos con los británicos —que fueron quienes descubrieron y ocuparon el lugar a finales del siglo XVIII—, los propios maoríes lo utilizaron para refugiarse, protegerse y resistir a duras penas del fuego de artillería que fue usado contra ellos para someterlos.



Techno246, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Vista aérea del pā *maorí de Maungakiekie, también conocido como «One Tree Hill», donde se pueden ver sus terrazas artificiales con unas vistas prominentes sobre la ciudad de Auckland.*

A modo de reflexión final, atendiendo al caso particular de los *pā*, no deja de resultar llamativa la enorme variedad en cuanto a desarrollo tecnológico y arquitectónico que ha existido en diferentes puntos del globo en un mismo lapso de tiempo. Pues en el momento de mayor esplendor de las fortificaciones maoríes, es decir, entre los años 1200 y 1500 d. C., en Yucatán, por ejemplo, se acababa de levantar hacía muy poquito tiempo la pirámide consagrada al dios maya Kukulkán de Chichén Itzá, y en Florencia, por poner otro ejemplo, se estaba construyendo la majestuosa catedral de Santa María del Fiore, símbolo y joya de la arquitectura del Renacimiento italiano. Curioso, ¿a que sí?

POLINESIOS ¿EN CHILE?

Como bonus track, me apetece mencionar que son muchas las voces que afirman que las diferentes culturas polinesias llegaron a tener contacto comercial de forma habitual con los pueblos asentados en la costa pacífica de América. Esta teoría quedó probada en 2007 por el hallazgo, en algunos yacimientos arqueológicos localizados en la península chilena de Arauco, de los restos óseos de una especie de gallina criada por estos pueblos navegantes, la llamada «gallina mapuche», cuyo origen genético se sitúa precisamente en los territorios insulares de Oceanía.

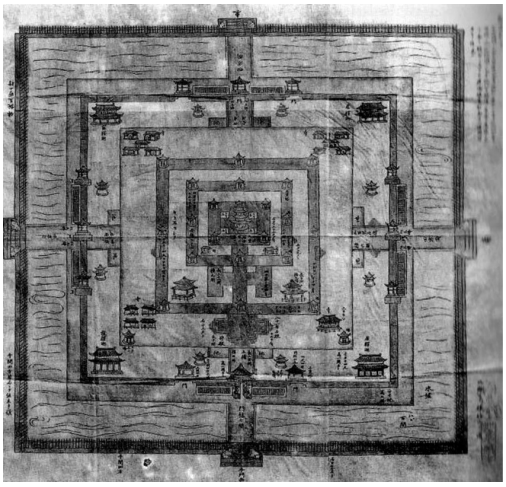
21
EL GIGANTESCO SANTUARIO PÉTREO DE ANGKOR WAT

Hay emplazamientos alrededor del mundo que, por sus particulares y exóticas características, ejercen un magnetismo visual, como diría Thanos, inevitable. Uno de ellos es sin duda el gigantesco santuario pétreo de Angkor Wat, que se levantó en torno al siglo XII por orden del rey Suryavarman II en la región homónima de Angkor (que en sánscrito significa «ciudad sagrada»), localizada al noroeste de la actual Camboya. Este lugar representó de una forma muy gráfica el poderío que llegó a tener en el sudeste asiático el antiguo Imperio jemer que, para que os hagáis más o menos una idea, en sus mejores tiempos llegó a controlar territorialmente el solar que forman la ya mencionada Camboya, el sur de Vietnam, el sur de Laos y el norte de la Tailandia.

Pese a su magnificencia, el enorme santuario, que en sus orígenes fue consagrado al dios hindú Visnú pero posteriormente se transformó en templo budista, fue abandonado a finales del siglo XVI casi por completo por motivos aún hoy inciertos (hablaré de este asunto un poco más adelante). Y digo casi por completo porque los únicos que se quedaron allí a vivir entre sus ruinas fueron un puñado de monjes de esa misma religión. En este sentido, el templo, si bien era bastante popular entre los locales, no fue «descubierto» por los occidentales hasta el año 1586, cuando, por lo visto, António da Madalena, un monje de origen ibérico (era natural de Coímbra) perteneciente a la Orden de los Capuchinos, lo visitó durante una misión evangelizadora en el lugar. Este tipo parece ser que quedó tan maravillado y abrumado por lo que vio que, cuando regresó a Europa, le contó a un historiador y cronista compatriota suyo que el templo de Angkor Wat era tan extraordinario y diferente a todo lo que había presenciado en su vida que le resultaba imposible describirlo por escrito y que la gente se hiciese una mínima idea de cómo era en realidad.

El caso es que, tras este primer encuentro, se popularizó la historia de que en ese lugar se «respiraba» cierta mística, y comenzaron a sucederse las visitas de foráneos, no solo europeos, ojo, sino también de otros países asiáticos vecinos, como la que llevó a cabo el intérprete

japonés Kenryo Shimano, considerado como el dibujante del mapa más longevo que se conoce sobre este templo (datado de principios del siglo XVII). Pese a este «boom», el lugar volvió a caer de golpe en el olvido hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando en plena expansión colonial de las potencias europeas por Asia, resurgió con fuerza el interés extranjero en él.



Museo Shohohan (Mito, Japón), dominio público, vía Wikimedia Commons.

Mapa elaborado por Kenryo Shimano de la planta del templo de Angkor Wat.

Fue tras la publicación de la obra del explorador francés Henri Mouhot en 1868, donde describía con verdadera pasión y todo lujo de detalles el lugar, cuando numerosos aventureros y, lo que nos interesa, historiadores y arqueólogos de todo el mundo, comenzaron a visitar Angkor Wat con el fin de conocer y estudiar de primera mano aquella maravilla arquitectónica jemer. Este hecho resultó bastante fácil para los occidentales, ya que Camboya y, por ende, la región de Angkor, se había convertido en protectorado francés en 1863. El caso es que tras este acontecimiento de índole política, a finales del siglo XIX, ante el evidente deterioro de muchos de sus muros y torres, que en algún caso corrían grave riesgo de derrumbamiento, se tomó la decisión de poner en marcha un ambicioso plan de restauración y conservación multinacional que se prolongó casi ininterrumpidamente durante más de setenta años, pues la sangrienta revolución comunista de los conocidos como Jemeres Rojos, liderados por Pol Pot, puso en *stand-by* estos esfuerzos de conservación del edificio.

No fue hasta mediados de los años noventa del siglo XX cuando, después de haber obtenido el estatus de Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, se volvió a iniciar un ambicioso programa de restauración por iniciativa de un nutrido grupo de arqueólogos franceses y japoneses que se basaron en la técnica conocida como anastilosis (que resumidamente podría explicarse como la reconstrucción de un edificio utilizando y ensamblando, en la medida que

resulte posible, las piezas originales del mismo derruidas). No obstante, en algunas partes del emplazamiento los trabajos no se ejecutaron de la manera adecuada (por la falta puntual de financiación y medios) y muchos expertos consideran que lo que se hizo en ciertas zonas concretas del templo fueron auténticas chapuzas (como por ejemplo, utilizar piezas de metal para fijar columnas o muros que, en un entorno con una humedad relativa altísima durante la gran parte del año como es Angkor, hizo que se oxidasen y deteriorasen rápidamente).

Sea como fuere, este recinto, rodeado por completo por un lago y al que solo se puede acceder cruzando una de las dos pasarelas de doce metros de ancho que llevan hasta la entrada de sus muros exteriores, tiene unas dimensiones que, desde luego, impresionan. El complejo sagrado está formado por el propio templo de Angkor Wat (cuyo solar mide más de un kilómetro de largo y ochocientos metros de ancho) y un montón de construcciones auxiliares a su alrededor, muchas hoy consumidas parcialmente por la frondosa vegetación, ocupa la nada desdeñable cifra de ochenta y dos hectáreas.



Charles J Sharp, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Fotografía aérea del área que ocupa el complejo del templo de Angkor Wat, rodeado por un lago y con su templo central

(Bakan) sobresaliendo sobre el paisaje.

En este sentido, de todo el complejo religioso la edificación que más llama la atención por su gran tamaño y particular diseño es el templo central, conocido como Bakan. Este fue construido sobre una plataforma cuadrangular de tres alturas al estilo piramidal con una torre central, rodeada por otras cuatro más pequeñas, que alcanza los sesenta y cinco metros de altura y que representa los picos del **monte Meru**, que en la mitología hindú es la morada de los dioses. De este recinto sagrado destaca también la gran cantidad de bajorrelieves de gran calidad técnica tallados sobre sus muros, en su origen policromados, que narran diferentes episodios como, por ejemplo, las hazañas del rey que lo mandó construir, varias batallas legendarias, así como pasajes de la mitología hindú relacionados con el triunfo del dios Visnú.

> *El monte Meru es un lugar mitológico considerado sagrado no solo para el hinduismo, sino también para otras creencias como el budismo. Según cuenta una de las versiones de la leyenda, este lugar estaba formado por un total de ciento nueve picos montañosos, y el más alto, el Kailãsh, era el lugar donde moraba el dios destructor y renovador del universo Shiva. Junto a él vivían, ojo, treinta y tres millones de deidades más, entre las que destacaron Bramá, y el ya mencionado Visnú.*

No obstante, a pesar de que la atención se la lleve casi siempre esta gran construcción, tenéis que saber que, en el patio interior del recinto, junto a su entrada oeste, existen dos pequeños edificios «gemelos» que, desde hace siglos, se conocen como «las bibliotecas». Tradicionalmente existe una versión sobre su uso que asegura que, en esos lugares, los escribas reales elaboraron los primeros documentos escritos en sánscrito (utilizando hojas de palma como soporte) donde se narraba la historia antigua de Angkor. Tristemente, varios equipos de investigadores han puesto en cuestión esta romántica teoría, asegurando que no existe evidencia física que permita sustentar que esas magníficas y bellas construcciones sean, en efecto, unas longevas librerías de piedra.



Bjørn Christian Tørrissen, CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons.

Fachada frontal del templo-monte de Angkor Wat con las torres del Bakan presidiendo la fotografía.

Para finalizar, una de las cuestiones que más interés han generado desde hace décadas a los arqueólogos e historiadores que han trabajado sobre el terreno es la que intenta explicar por qué un recinto tan importante y con tanta solera fue abandonado prácticamente de golpe. La visión clásica es la que alude a las invasiones de otros pueblos vecinos como los mongoles o los siameses (Siam es como se conocía antes a Tailandia), que hicieron entrar en decadencia al cada vez más débil Imperio jemer. Sin embargo, en los últimos tiempos ha ido cogiendo fuerza una hipótesis que destaca la enorme influencia que pudo tener el breve cambio climático conocido como la «Pequeña Edad de Hielo» (que se desarrolló entre el siglo XIV y mediados del XIX) y que se caracterizó por un enfriamiento inusual del hemisferio norte por la caída de la actividad solar. Dicho enfriamiento, entre otras cosas, provocó muchas hambrunas y epidemias por la destrucción sistemática de cosechas y campos de cultivo a lo largo y ancho de esa mitad del planeta. Por ello se cree que esta «crisis climática» que se vivió desde mediados del siglo XIV pudo afectar notablemente a la región de Angkor, provocando que varias campañas de cultivos se arruinasen por la caída de las temperaturas y el aumento de las lluvias, lo que trajo consigo una gran escasez de alimentos que pudo empujar a los monarcas jemeres a trasladar su corte

hacia el sur en busca de un clima mucho más favorable.



Markalexander100, CC BY-SA 3.0, vía Wikimedia Commons.

Una de las «bibliotecas» de Angkor Wat, la cual ha sido restaurada utilizando la técnica de la anastilosis.

Llegados a este punto, mientras ibais leyendo, quizá a alguno le haya sonado de algo este lugar al ver sus fotografías. Si ha sido así, probablemente se deba a que Angkor Wat y su santuario vecino, Angkor Tom, han servido de escenario de algunas de las películas más taquilleras y conocidas de las últimas décadas, como es el caso de la famosa *Tomb Raider* del año 2001, protagonizada por Angelina Jolie, en la que esta interpretaba a la heroína de la saga homónima de videojuegos de aventuras Lara Croft.

SECRETOS DESCUBIERTOS DESDE EL AIRE

Hace relativamente poco tiempo, entre 2012 y 2015, un equipo de investigadores destinados en la zona llevó a cabo una serie de prospecciones utilizando la técnica del LIDAR (acrónimo inglés que

significa «Light Detection and Ranging o Laser Imaging Detection and Ranging») que, entre otras cosas, permite determinar la distancia desde un emisor láser a un objeto o superficie utilizando un haz láser pulsado. De esta forma, empleando drones equipados con esta herramienta, se pudo escanear la zona selvática alrededor de Angkor Wat y se descubrieron cientos de edificaciones consumidas por la selva que probablemente formaron pequeñas ciudades que tuvieron como centro neurálgico dicho santuario.

22
LOS RESTOS DEL SAN TELMO Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA ANTÁRTIDA

Y para poner el broche de oro a este intenso paseo por la historia de la arqueología, nos toca viajar a una época no muy lejana (si la comparamos con las anteriores): los inicios del siglo XIX. En esta época las colonias españolas en América habían comenzado, por no decir, consolidado o culminado, sus respectivos procesos de independencia. España estaba gobernada en ese momento por Fernando VII que, tras traicionar y liquidar la importante obra constitucional de las Cortes de Cádiz, había optado por regresar al absolutismo como forma de gobierno. Estos años estuvieron marcados por las penurias y por la entrada en decadencia absoluta del antaño poderoso Imperio español, que se manifestó en todos los ámbitos de la vida del país, aunque se notó especialmente en la economía, pues la rebelión y la pérdida de casi todos los territorios americanos fue un golpe durísimo para las ya maltrechas cuentas del Gobierno fernandino. Esta ruina se manifestó también (y esto es lo que nos importa en este caso) de forma bastante gráfica en el precario estado de la armada española de inicios del siglo XIX.

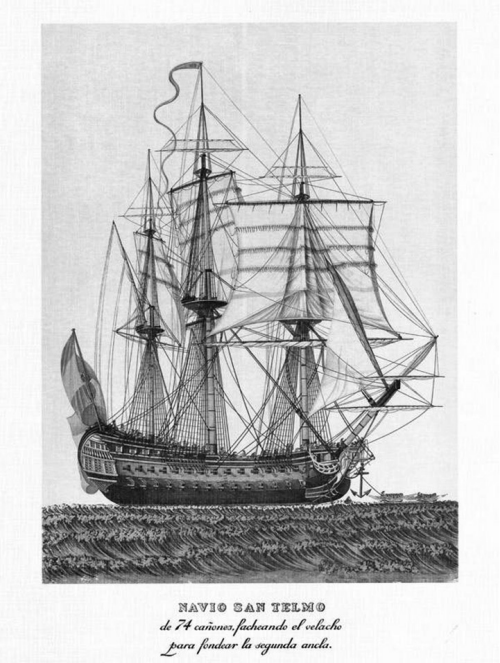
Pues es aquí donde toca presentaros al San Telmo, un imponente navío de guerra de cincuenta y dos metros de eslora, dos puentes, setenta y cuatro cañones y con capacidad para una tripulación formada por más de seiscientos cuarenta hombres que fue diseñado por el ingeniero naval Romero de Landa y construido en 1788 en los Reales Astilleros de Esteiro, situados en la localidad gallega de Ferrol. No obstante, lo que nos interesa de este buque nos lleva al año 1819, momento en el que, como ya he dicho al principio, las cosas en los virreinatos españoles en América estaban especialmente revueltas. Y es que, por orden del propio Fernando VII, para prestar apoyo logístico y, de paso, echar un cable a las tropas realistas en América, el 11 de mayo de ese año se envió desde Cádiz hacia el puerto de El Callao, en la costa del Perú, una escuadra llamada División del Mar del Sur, liderada por el veterano y experto brigadier de origen limeño Rosendo Porlier.

El convoy estaba formado por cuatro buques y mil cuatrocientos hombres aproximadamente, y a cuya cabeza se situó el San Telmo, que partió con seiscientos cuarenta y cuatro marineros a

bordo. Tras él iban la fragata Prueba, la fragata mercante Primorosa Mariana y, por último, el Alejandro I, un buque de guerra con algunos «defectillos» comprado a Rusia unos años antes. Porque, sí, como he dicho, las penurias económicas y la premura que exigía tener barcos disponibles para partir hacia territorios coloniales hizo que no quedase otro remedio que comprar a la desesperada alguna embarcación a otros países. Lo gracioso (y triste) del asunto es que, poco tiempo después de salir la expedición del puerto, este buque ruso tuvo que dar la vuelta y regresar a Cádiz urgentemente por varias averías graves que lo abocaban, en caso de no hacerlo, a un naufragio casi seguro. Vamos, que se podría decir sin faltar a la verdad que los rusos timaron a Fernando VII, que se apuntó otro dudoso tanto en su cuestionable marcador como gobernante.

Sea como fuere, nuestro protagonista y los otros dos buques siguieron su camino e hicieron sendas escalas en Río de Janeiro y en Montevideo, alcanzando los tres a finales de agosto el conocido como mar de Hoces, que separa los continentes de América y la Antártida. Fue tras este hito cuando un fuerte temporal, muy frecuente en esas fechas en aquella zona, les pilló por sorpresa obligándolos a desviar su ruta más hacia el sur para evitar en la medida de lo posible naufragar. Esta decisión los alejó peligrosamente del cabo de Hornos, paso natural en la ruta marítima del Atlántico hacia el Pacífico. Fue durante esos días de navegación incierta, concretamente el 2 de septiembre, cuando el San Telmo fue divisado por última vez desde el castillo de proa del Primorosa Mariana. Probablemente fue empujado aún más hacia el sur por la marea y el viento tras sufrir graves destrozos en su timón y verga mayor que lo dejaron a la deriva. Sí, he dicho «verga mayor», pues es un concepto que en náutica hace referencia a las perchas perpendiculares a los mástiles propios de los navíos de vela.

A partir de ese momento, alejándose de sus compañeros de travesía, acabó la certeza y comenzó el misterio del San Telmo. Pero, tranquilidad, no me he puesto el traje de Iker Jiménez, pues todo tiene su explicación. Mirad, durante las semanas siguientes, las autoridades españolas en Perú esperaron la llegada del navío extraviado, sin embargo, eso jamás sucedió. No obstante, el 6 de mayo de 1822, casi tres años después de haber salido de Cádiz, el propio Fernando VII tomó la decisión de firmar el acta que daba de baja de servicio al navío y a sus seiscientos cuarenta y cuatro tripulantes. Y aunque pueda sonar contradictorio, la publicación de este documento fue un enorme alivio para las familias de los marineros, pues tener esta acta firmada por el rey significaba el acceso a las pensiones de viudedad a las que, eso sí, solo acabaron accediendo las mujeres de los oficiales del San Telmo. Las del resto de la tripulación, no. De hecho, poco o nada se sabe a día de hoy de la identidad de la gran mayoría de los que iban a bordo, que han permanecido sumergidos para siempre, y nunca mejor dicho, en las tinieblas del anonimato. Pero ¿qué fue entonces del San Telmo?



Museo Naval de Madrid, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Ilustración del San Telmo realizada por Alejo Berlinguero (siglo XVIII) y que se custodia actualmente en el Museo Naval de Madrid.

Pues apenas unos meses después de su desaparición, el capitán británico William Smith, al mando del bergantín Williams, tocó tierra por primera vez, supuestamente, en la Antártida, descubriendo las que bautizó como islas Shetland del Sur. Este hecho quedó convenientemente documentado, y él y su tripulación se convirtieron de forma oficial en los «primeros» exploradores en descubrir este nuevo continente. Irónicamente, al principio las autoridades gubernamentales inglesas no se creyeron este hallazgo, e hicieron que Smith se embarcase en varios viajes más para consolidar y demostrar su descubrimiento. Así, entre finales de 1819 y entrado ya 1820, Smith descubrió más territorios del continente helado, como la isla del Rey Jorge, y reclamó la soberanía británica de las ya descubiertas islas Shetland del Sur.

No obstante, durante su cuarto viaje, Smith encontró algo mucho más interesante, al menos para la historia que os estoy contando. Según el cuaderno de bitácora de esta expedición, en la costa norte de la isla Livingstone, perteneciente a las Shetland del Sur, fueron divisados los restos de un buque de guerra naufragado que el marino inglés identificó como español, debido a la presencia en su proa de un mascarón con la forma de un león rampante, un elemento muy típico que solía adornar los navíos de la armada española. Sin embargo, en ese momento el propio Smith, por orden del Almirantazgo británico, ocultó esta información por miedo a que, si se demostraba que el buque español había llegado antes al lugar, el asunto acabase con una reclamación territorial de la Antártida por parte de la corona española, algo que no hubiera

sido para nada descabellado teniendo en cuenta la situación política y económica de la monarquía de Fernando VII por aquel entonces.

El caso es que unos años más tarde, otro británico, James Weddell, sucesor de Smith en las expediciones a la Antártida, navegó también por la zona y dejó escrito lo siguiente: «Varias piezas de un naufragio fueron halladas en las islas del Oeste, en apariencia pertenecientes a un buque de setenta y cuatro cañones. Probablemente sean los restos de un buque de guerra español perdido cuando hacía el pasaje hacia Lima tiempo atrás». Más claro, agua. Aunque ojo, *cuidao*, aquí estamos hablando de fuentes secundarias, es decir, testimonios de terceras personas que, como es obvio, hay que tomar con cierta cautela, pues no se puede dar plena veracidad a una narración que en su propia esencia es ya subjetiva.

Dicho esto, y aunque pueda sonar sorprendente, así se quedó la cosa hasta prácticamente la actualidad. Pero esas palabras escritas por el explorador británico sirvieron de excusa perfecta para poner en marcha varias expediciones hispano-chilenas a finales del pasado siglo lideradas por el prestigioso arqueólogo Manuel Martín-Bueno, catedrático de esa misma disciplina en la Universidad de Zaragoza. Estas expediciones se plantearon con un único fin: dar con el paradero exacto del navío español y, de esta forma, intentar arrojar algo de luz sobre su desgraciado final. En este sentido, hay que decir que el equipo, durante sus tres campañas desarrolladas entre 1993 y 1995 en la costa de la isla Livingstone, concretamente en los alrededores el cabo Shirreff, descubrió restos de suelas de botas de cuero, hebillas y pedazos de cinturones cuya datación coincidía cronológicamente con las fechas del naufragio. La explicación de estos hallazgos fue que los marineros que consiguieron sobrevivir en un primer momento al hundimiento consiguieron llegar a nado a tierra firme, donde, tras no recibir rescate alguno, acabaron pereciendo de frío o de hambre en las heladas costas antárticas. Pero antes, parece ser, pudieron establecer algún tipo de campamento donde aguantaron a duras penas durante unas semanas o quizá meses, cazando focas y aves marinas presentes en el lugar para alimentarse. Esta hipótesis fue reforzada por la aparición, muy cerca de donde se hallaron las suelas y cinturones, de numerosos huesos de estos animales con marcas de corte.



Museo Naval de Madrid, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Fotografía del buque oceanográfico español Hespérides durante sus campañas de investigación en la Antártida.

Además, a estas pistas esperanzadoras que halló el equipo de Martín-Bueno en tierra se les sumaron las que encontró el famoso buque oceanográfico español Hespérides, capitaneado por Emilio Regodón. Este buque, gracias al uso de técnicas como la prospección subacuática **magnetométrica** (que detecta piezas metálicas en el fondo marino), consiguió registrar varios resultados positivos en sus observaciones en la zona donde Smith y Wedell supuestamente divisaron los restos del pecio español. Dichos restos, en palabras de los investigadores, corresponderían a objetos como cañones, anclas u otros elementos hechos de metal que alguna vez pudieron formar parte del desafortunado San Telmo. Tristemente, para poder confirmar lo anterior, habría que llevar a cabo inmersiones de entre cincuenta y setenta y cinco metros, las cuales, por la dificultad logística (las temperaturas del mar Antártico son realmente bajas y solo podrían hacerse con submarinos autónomos) y, sobre todo, presupuestaria (desde mediados de los noventa no se ha vuelto a poner pastuqui para continuar con las investigaciones), llevan más de dos décadas sin acometerse.

La magnetometría puede detectar anomalías y variaciones locales en el campo magnético de la Tierra. En arqueología, los objetos que se usan para detectarlas, tanto en tierra como en el mar, son el magnetómetro de protones y el gradiómetro, que permiten localizar bajo la superficie objetos o estructuras hechas de metal como, por ejemplo, el hierro. El gran inconveniente que tiene esta técnica de prospección arqueológica es su elevado coste, pues los equipos necesarios para llevar a cabo sus análisis del lecho marino son especialmente caros.

Por ese motivo, al no haber encontrado aún ningún distintivo ni elemento que haya podido ser identificado como genuinamente español —caso de una medalla, una insignia u, obviamente, alguna pieza del propio navío—, los arqueólogos enrolados en este proyecto han sido muy prudentes en sus conclusiones; máxime cuando se tiene constancia de que en esa zona y en esa época de la historia fueron bastante frecuentes los naufragios de barcos balleneros mientras faenaban, de forma que todos los vestigios descubiertos hasta la fecha pueden corresponder a uno de ellos.

A pesar de todo, a día de hoy lo que parece claro es que, de confirmarse en algún momento estos indicios, debemos, como mínimo, recordar con orgullo la expedición del San Telmo liderada por Rosendo Porlier, pues conviene decir que, aunque un hallazgo o descubrimiento geográfico se produzca por casualidad y no se documente —como el que probablemente llevó a cabo la tripulación del San Telmo—, estas circunstancias no invalidan tal descubrimiento. También es preciso recalcar que con esto no se está buscando engordar el orgullo patriótico de nadie ni, por supuesto, iniciar una reclamación territorial, que a estas alturas de la película sería más bien absurda y chocaría con el Tratado Antártico que, desde 1959, regula las relaciones internacionales en dicho continente, sino simplemente recordar y honrar la memoria de esos seiscientos cuarenta y cuatro marineros que, a pesar de su fatal destino, escribieron, sin saberlo, una página dorada en la historia de la exploración y la navegación.

UN ENIGMA RECIÉN RESUELTO EN LA ANTÁRTIDA

Tras varias expediciones fallidas previas, a principios de 2022 un equipo de arqueólogos consiguió encontrar los restos hundidos del Endurance, el legendario buque capitaneado por el explorador británico Ernest Shackleton con el que viajó en 1914 al continente helado para acometer una gran hazaña: cruzarlo a pie de extremo a extremo. Sin embargo, antes de poder llegar al punto de inicio de la travesía, el barco encalló y acabó hundido arrastrado por la corriente, perdiéndose entre las heladas aguas del lugar. Hasta ahora, cuando, tras ciento siete años desaparecido, ha sido localizado en un estado de conservación asombroso.

BIBLIOGRAFÍA

GENERAL:

BAHN, P., y Fagan, B. M., *Arqueología: Toda la historia*, Barcelona, Blume, 2019.

BRAVO, G., *Historia del mundo antiguo: Una introducción crítica*, Madrid, Alianza, 2008.

FAGAN, B., *Breve historia de la arqueología*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018.

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M., *Prehistoria: el largo camino de la humanidad*, Madrid, Alianza, 2007.

PLÁCIDO SUÁREZ, D., *Historia de España, vol. 1: Historia Antigua*, Barcelona, Crítica, 2009.

RENFREW, C., y Bahn, P., *Arqueología. Teoría, métodos y práctica*, Madrid, Akal, 2011.

ESPECÍFICA:

AIMI, A., *et al*., *Lambayeque: Nuevos horizontes de la arqueología peruana*, Lima, Ledizioni, 2016, pp. 132-137.

ALVA, W., «El Señor de Sipán en el Museo Arqueológico de Alicante», *Revista Museos*, 3 (2007), pp. 198-203.

— y Aimi, A., Perassi, E., *Sipán: El Tesoro de las Tumbas Reales*, Fondo Italoperuano Glunti Arte Mostre Musei, 2008, pp. 114-137.

ARRIAZA, B., «Tipología de las momias "Chinchorro" y evolución de las prácticas de momificación», *Revista Chungara*, 26 (1994), pp. 12-22.

— y Standen, V., *Muerte, momias y ritos ancestrales: La cultura Chinchorro*, Serie de Patrimonio Cultural, Universidad de Tarapacá, 2002, pp. 5-55.

— y Standen, V., *Catálogo Momias Chinchorro: Cuerpos con momificación artificial*, CHIDE - Universidad de Tarapacá, 2009, pp. 14-98.

BAHATTIN, Ç., «Karahan Tepe: a new cultural centre in the Urfa area in Turkey», *Documenta Praehistorica*, 38 (2011).

BAHRANI, Z., *et al*., *A story of archaeology in the Ottoman Empire (1753-1914): The Venus of Milo, Genesis of a modern myth*, Cambridge University Press, 2011, pp. 219-234.

BLECH, M., «Escultura ibérica, ayer y hoy: La Bicha de Balazote», *Instituto Arqueológico Alemán de Madrid*, 67 (1994), pp. 304-308.

CASARES RAMÍREZ, D., «Breve introducción a los métodos y técnicas en arqueología subacuática», *Estrac Critic*, 7-8 (2014), pp. 160-169.

CAZENAVE DE LA ROCHE, A., «Pesquisas sobre el descubrimiento de la Antártida: tras las estelas del San Telmo y el Williams (1819-1821)», *Magallánica, Revista de Historia Moderna*, 6 (2019), pp. 277-317.

CELESTINO, S., y Rodríguez, E., «Las estancias de los dioses: la habitación 100 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 43 (2017), pp. 179-194.

— y Rodríguez, E., «Un espacio para el sacrificio: el patio del yacimiento tartésico de Casas del Turuñuelo», *Complutum*, 30 (2019), pp. 343-366.

— y Rodríguez, E., Lapuente, M., «La arquitectura en adobe de Tarteso: El Turuñuelo de Guareña (Badajoz), un ejemplo excepcional para el conocimiento de la arquitectura tartésica», Congreso Internacional de Arquitectura de Tierra Cuenca de Campos, 2015, pp. 41-50.

CONNOLLY, R. C., «Lindow man: Britain's prehistoric bog body», *Anthropology Today*, 5 (2019), pp. 15-17.

ELSNER, J., «The Lycurgus cup. New light on old glass», *Proceedings of a conference on Byzantine glass at the British Museum* (2010), pp. 103-111.

EXPÓSITO MARTÍN, J., «Impacto medioambiental, turístico y social del descubrimiento del Señor de Sipán en Lambayeque», *M+A Revista Electrónica de Medioambiente UCM*, 18 (2017), pp. 4-24.

FLETCHER, R., *et al*., «Angkor Wat: An introduction», *Antiquity. Cambridge Journals*, 89 (2015), pp. 1388-1401.

FREESTONE, I., *et al*., «The Lycurgus Cup: A Roman Nanotechnology», *Gold Bulletin*, 40 (2007), pp. 270-277.

GARCÍA Y BELLIDO, A., «La Bicha de Balazote», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 21 (1931), pp. 249-255.

GARRIDO PENA, R., «Ötzi, el "hombre de hielo" en el Museo Arqueológico Nacional (Madrid)», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 39 (2019), pp. 289-300.

GARZÓN RODRÍGUEZ, J., «Angkor Wat. Reflejo de un Imperio», *ArtyHum: Revista de Artes y Humanidades*, 24 (2016), pp. 3-9.

GESTOSO, G., «El escarabajo de Nefertiti y el barco naufragado de Uluburun», *Antiguo Oriente: Cuadernos del Centro de Estudios de Historia del Antiguo Oriente*, 9 (2011), pp. 265-269.

HELT NIELSEN, N., *et al*., «Diet and radiocarbon dating of Tollund Man: New analyses of an iron age bog body from Denmark», *Radiocarbon*, 60 (2018), pp. 1533-1545.

HOODER, I., *et al*., «Çatalhöyuk: 2014 archive report», *Çatalhöyuk Research Project* (2014), pp. 80-106.

—, «Assembling Çatalhöyuk», *Maney Publishing* (2015), pp. 111-126.

JEFTANOVIC, A., «Las momias más antiguas del mundo», *El País Semanal* (9 de octubre de 2018), en <https://elpais.com/elpais/2018/10/01/eps/1538404415_892915.html>.

JENNINGS, J. D., *The prehistory of Polynesia*, Australian University Press, 1979, pp. 27-308.

JOY, J., *Lindow man*, British Museum Press, 2009, pp. 3-9.

KARUL, N., *Buried buildings at pre-pottery Neolithic Karahantepe*, Istanbul University, 2021, pp. 21-31.

KRAUSS, R., *et al*., «Chronology and development of the Chalcolithic necropolis of Varna I», *Documenta Praehistorica*, 44 (2017), p. 17.

LAGARDA MATA, F., *Menorca Arqueológica II: La Naveta des Tudons y otros monumentos cercanos (Ciutadella de Menorca)*, Sobradiel FLM-Editor, 2010, pp. 10-24.

MANNING, S. W., *et al*., *Absolute age of the Uluburun shipwreck: a key Late Bronze Age time-capsule for the East Mediterranean*, Oxbow Books, 2009, pp. 163-188.

MARTÍNEZ-BAHAMONDE, R., «El navío San Telmo: Los primeros en pisar la Antártida. Una reparación histórica», *UPV-ETIS Bilbao* (2019), pp. 1-10.

MASON, P., «Siete maneras de ser Moai», *Boletín Museo Chileno de Arte Precolombino*, 10 (2005), pp. 9-27.

MAZZEO, J. J., «El viaje del navío San Telmo y sus posibles restos en Base Artigas», *Instituto Antártico Uruguayo* (1994), pp. 2-9.

MCMAHON, G., y Steadman, S., *The Oxford Handbook of Ancient Anatolia (10000-323 BCE)*, Oxford Handbooks Online, 2011, pp. 953-967.

MUÑOZ COSME, G., y Vidal Lorenzo, C., «Templos de Angkor. Más de cinco siglos de historia», *Revista Loggia*, 11 (2001), pp. 96-103.

OSUNA GUERRERO, R., «Tabla cronológica del Antiguo Egipto», Facultad de Ciencias Económicas UNED (2022), pp. 4-6.

PERNTER, P., Egarter-Vigl, E., y Ruhli, F., «Radiologic proof for the Iceman's cause of death (ca. 5300 BP)», *Journal of Archaelogical Science*, 34 (2007), pp. 1784-1786.

POTTS, K., «An investigation of Pa sites in the southern areas of New Zealand», University of Otago (2013), pp. 18-34.

PRICE, M., «Rituals performed at this German "Stonehenge" may link mysterious monument to

its U.K. counterpart» *Science* (28 de junio de 2018), en <https://www.science.org/content/article/rituals-performed-german-stonehenge-may-link-mysterious-monu ment-its-uk-counterpart>.

PRICKETT, N., *Fortifications of the New Zealand wars*, Department of Conservation New Zealand Government, 2016, pp. 2-27.

PULAK, C., «The Uluburun shipwreck: an overview», *International Journal of Nautical Archaeology*, 27 (1998), pp. 188-224.

REELER, C., «An analysis of the structure and function of prehistoric Maori Pa sites. Applications and Quantitative Methods in Archaeology. Proceedings of the 25th Anniversary Conference», *University of Birmingham Archaeopress*, 81 (1999), pp. 34-39.

ROSE, M., «World first zoo in Hierakonpolis, Egypt», *Archaeology Archive of Archaeological Institute of America*, 63 (2009).

SOJA, E., *Postmetrópolis: estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008, pp. 73-116.

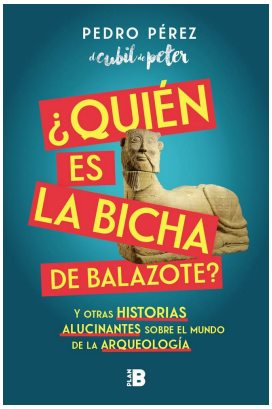
SPINDLER, K., *et al*., «A medical report from the stone age», *The Lancet*, 354 (1999), pp. 1023-1025.

STEWART, L., *Bog bodies: Archaeological narratives and modern identity*, Victoria University of Wellington, 2020, pp. 11-15.

TORRES, A., Obrador, T., y De Nicolás, J., «Ba'al-Hammon, Caelestis y el dios del plenilunio en el santuario con mesa de Son Catlar (Ciutadella)», *CEPO*, 2 (2017).

VARAS, A., *Breve historia del Antiguo Egipto*, Madrid, Nowtilus, 2018.

¿Es verdad que existe una tumba de auténticas «amazonas»?
¿Se fabricó un «ordenador» en la Antigua Grecia?
¿Quién «descubrió» realmente la Antártida?
Y sobre todo… ¿quién es la Bicha de Balazote?



En este libro Pedro Pérez, profesor de Historia y creador de los canales divulgativos *El Cubil de Peter* y *El Cronista de Alejandría*, nos viste de arqueólogos para llevarnos de viaje por las épocas más alucinantes y los lugares más cautivadores que te puedas imaginar. Recorreremos Europa para esclarecer el enigma que se esconde detrás de una momia que apareció congelada en los Alpes, daremos el salto a América para descubrir la lujosa tumba de un rey prehispánico, nos sumergiremos en las cálidas aguas de Oceanía para conocer los primeros asentamientos del pueblo maorí, pisaremos Asia para desentrañar algunos secretos del gigantesco templo de Angkor Wat y nos trasladaremos al norte de África para visitar una de las maravillas más desconocidas de la civilización egipcia: Hieracómpolis. Y mucho, pero mucho más…

Para hacer historia, primero hay que explorarla.
Atrévete a empezar este fascinante viaje por el tiempo.

«Vais a devorar este libro».
José A. Lucero (*La cuna de Halicarnaso*)

Pedro Pérez es licenciado en Historia por la Universidad de Oviedo, donde también ha cursado el Máster del Profesorado de Educación Secundaria, Bachillerato y Formación Profesional. Actualmente ejerce como profesor de Geografía e Historia en las etapas de Secundaria y Bachillerato, en las que combina clases magistrales con algunas metodologías de aprendizaje como la *flipped classroom* o los *breakouts* educativos (*escape rooms*). Es el creador de los canales de YouTube *El Cubil de Peter* y *El Cronista de Alejandría*, que cuentan entre ambos con más de 250.000 seguidores. En ellos comparte gran diversidad de contenidos sobre historia y arqueología, muchos de ellos relacionados con las materias que imparte como docente. Además, es autor del libro de divulgación juvenil *Un día en el Imperio Romano* (Alfaguara) y ha trabajado como coordinador de la sección de historia del programa de RNE *Una noche en el laberinto*, como colaborador en programas de televisión como *El condensador de fluzo*, de La2 de RTVE, y como articulista en la versión digital de la revista *Muy Historia*.



Primera edición: septiembre de 2022

© 2022, Pedro Pérez Cayetano (@elcubildepeter)
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: lookatcia.com
Imagen de portada: © Santiago Relanzón / MAN

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17809-73-7

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinlibros
Twitter: penguinlibros
Instagram: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

¿Quién es la Bicha de Balazote?

Prólogo de José Antonio Lucero: vais a devorar este libro

Introducción

Oye…y esta espada tan guay ¿de cuándo es?

1. Karahan Tepe, ¿el nuevo primer santuario de la historia?

2. Chinchorro, la cultura de las extrañas momias de madera

3. Çatalhöyük, la milenaria urbe sin calles

4. El Círculo de Goseck: ¿un observatorio solar milenario?

5. El impactante descubrimiento del Oro de Varna

6. El enigma de Ötzi, la momia congelada de los Alpes

7. La macabra sorpresa de las tumbas reales de Ur

8. Hieracómpolis, una maravilla «desconocida» del Antiguo Egipto

9. El majestuoso tesoro submarino de Uluburun

10. La Naveta des Tudons: ¿el edificio más antiguo de Europa?

11. El asombroso túmulo de las «amazonas» escitas

12. La identidad tras el rostro de la Bicha de Balazote

13. La impactante «hecatombe» tartésica de El Turuñuelo

14. El Mecanismo de Anticitera: ¿un «ordenador» en la Grecia clásica?

15. El turbio secreto tras el Hombre de Tollund y el Hombre de Lindow

16. La curiosa historia del descubrimiento de la Venus de Milo

17. La majestuosa tumba del Señor de Sipán

18. La copa de Licurgo: ¿nanotecnología en la Antigua Roma?

19. Los alucinantes enterramientos de Sutton Hoo

20. Los *pā,* las primeras fortalezas de los maoríes

21. El gigantesco santuario pétreo de Angkor Wat

22. Los restos del San Telmo y el descubrimiento de la Antártida

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Pedro Pérez

Créditos